







1807: X

S. XIX

2134

EL MUNDO DE LA LINGÜÍSTICA

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

REVISADO POR LA COMISIÓN NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Para información de los interesados en adquirir el libro, dirigirse a:  
Dpto. de Edición y Difusión, Instituto Venezolano de Investigaciones Lingüísticas y Lingüísticas, Caracas, Venezuela.

PRECIOS: \$ 10.000 (diez mil) en efectivo

FOR EL S. DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Tratado de Gramática del Español, de R. B. W. Lewis, 1967.  
Traducción de R. B. W. Lewis, 1967.

FOR D. TORRES DE RIVERA

QUINTA EDICIÓN

TOMO II

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE VENEZUELA  
EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE VENEZUELA



# EL NUEVO ROBINSON

*HISTORIA MORAL.*

REDUCIDA Á DIÁLOGOS

Para instruccion i entretenimiento  
de niños i jóvenes de ambos  
sexôs.

*ESCRITA EN ALEMAN*

POR EL SEÑOR CAMPE:

Traducida al Ingles, al Italiano, i al Fran-  
ces, i de este al Castellano con varias  
correcciones.

POR D. TOMAS DE IRIARTE.

QUINTA EDICION.

TOMO II



CÁDIZ: EN LA IMPRENTA DE LA CA-  
sa de Misericordia. Año de 1807.

276139

EL NUESTRO HONORARIO  
EL  
HISTORIA MORAL

REDUCIDA A DIÁLOGOS  
Para instrucción y entretenimiento  
de niños i jóvenes de ambos  
sexos.

ESCRITA EN ALEMÁN

POR EL SEÑOR CAMPBELL

Traducida al inglés, al Italiano, i al Fran-  
cés, i de este al Castellano con varias  
correcciones.

POR D. TOMÁS DE VIZARRTE.

QUINTA EDICION.

TOMO II

EN LA IMPRENTA DE LA CA-  
sa de Misericordia. Año de 1807.



# EL NUEVO ROBINSON

## HISTORIA MORAL.

---

### TARDE DUODÉCIMA.

*Carlitos.* ¿<sup>V</sup> esta tarde, Señor, no empezará Vm. á contarnos otra historia?

*El Padre.* En efecto todos vosotros habeis conocido en mi semblante que vengo dispuesto á referiros hoi algun cuento que os instruya i divierta; i ya que nos hemos congregado á la sombra de este árbol, entretanto que vamos texiendo nuestros canastillos para adestrarnos en el oficio de cesterero, voi á contaros unas aventuras.... ¿Á que no adivinais de quien?....

— De *Robinson*. — ¡Qué parados os habeis quedado!

*Carlitos.* Pues ya se vé: si *Robinson* ya se murió....

*El Padre.* Vamos despacio, *Carlitos*. ¿Qué sabemos si habrá vuelto en sí? — ¿No te acuerdas que ya en otra ocasion le tuvimos por muerto, i sin embargo aun estaba vivo?



Es verdad que le dexamos con una convulsion mortal, inclinada la cabeza, enteramente privado, i mas muerto que vivo; pero luego fué sacudiendo aquella especie de letargo; recobró poco á poco los sentidos, i se le despejaron las potencias.

*Todos.* Bien, bien. — Sea en hora buena. —

Nos alegramos mucho, mucho.

*El Padre.* Un profundo suspiro fué la primera señal que dió de respiracion. Abrió los párpados, i miró con desatentados ojos á todos lados para reconocer donde se hallaba. Por el pronto dudaba de su existencia; pero certificándose luego de que estaba vivo, no pudo dexar de contristarse, pues en aquella deplorable constitucion mas quisiera haber ya fallecido.

Sentíase mui débil, aunque sin dolor alguno que le atormentase, observando que el causon que ántes le consumía, se había resuelto en un benigno i general sudor; i para guardarle se mantuvo quieto i bien arropado con las pieles, hasta que al cabo de media hora empezó á experimentar total alivio.

No tardó en mortificarle una ardiente



sed; i al querer apagarla, advirtió que, inficionada ya el agua, no estaba para bebida; pero acordándose de los limones, se animó á partir uno, i con chupar el zumo de él logró humedecerse i refrescarse, despues de lo qual i sin dexar de transpirar, se entregó á un blando sueño que le duró hasta el amanecer.

¡Quán agradables le parecieron aquellas horas de descanso i de mejoría comparadas con los dolores que el dia precedente le habían afligido! Lo fuerte del mal había ya pasado, sin dexar mas reliquia que una suma languidez; i empezando á abrirsele el apetito, se desayunó con una patata asada, que sazonó con agrio de limon para hacerla ménos insípida. Entónces los pobres llamas de quienes no se había acordado en dos dias, le ofrecieron el mas tierno espectáculo: porque los vió echados á sus pies, i uno de ellos le miraba tan atentamente que nadie diría sino que le estaba preguntando por su salud. No es poca fortuna que aquellos animales puedan pasarse muchos dias sin beber; pues á no ser así, mui mal les hubiera ido durante la indisposi-



cion de su Amo; á que se agrega que, no hallándose él todavía con bastantes alientos para levantarse i darles agua, algunos dias mas habían de carecer de bebida.

Entretanto la llama madre se acercó á *Robinson*; i ya que este la hubo á la mano, se esforzó quanto pudo para ordeñarla, por que no se la secase la leche. Bebióla el enfermo; i sin duda contribuyó mucho á su restablecimiento aquella leche recién ordeñada, pues, como que necesitaba de algun mantenimiento substancial, desde luego le sentó mui bien, haciéndole despues conocido provecho.

Durmió sosegadamente hasta la caida de la tarde, i despertando entónces, como se sintiese con necesidad de tomar alimento, apeló á su único recurso, que eran las patatas con agrio de limon; i volvió á quedarse traspuesto.

Este sueño tan seguido i tranquilo, i la natural robustez de nuestro convaleciente contribuyeron con tanta eficacia al recobro de su perdido vigor, que á la mañana siguiente pudo ya ponerse en pie, i dar algunos pasos, aunque vacilantes.



No sin fatiga i lentitud salió de su gruta; i llegando al patio que la servía de desahogo, elevó los ojos al cielo, á tiempo que los benignos rayos que el sol despedía desde su oriente, penetrando por entre las frondosas ramas de los árboles vecinos, le daban en el rostro, i con su templado calor le vivificaban deliciosamente. Figurábasele que entónces renacía; i sin acertar á contenerse, empezó á exclamar de esta manera. ¡Amable Señor, perenne manantial de la vida! Incesantes gracias te sean dadas por el bien que ahora me concedes de poder contemplar el luminoso astro del día, i admirar en él las portentosas obras de tus manos. Aquí me tienes humildemente agradecido de que no me desamparaste quando me desamparaba el mundo entero, de que me has restituido á la vida, sin duda para darme tiempo de procurar mi enmienda, i para que aprovechando en tan importante obra los mínimos instantes, me halle en qualquier hora dispuesto á pasar de este mísero destierro al eterno destino del hombre, donde has de dar á cada uno el pago de sus buenas ó malas operaciones.



De estos afectos de su alma respecto al Criador, pasó naturalmente a la contemplacion de las criaturas. Ya fixaba la vista en la inmensa bóveda del azulado cielo, ya en la frescura i verdor de las plantas todavía aljofaradas del rocío, ó ya en su pobre rebaño de llamas, que apiñándose junto á él no solo le daban muestras de leal agasajo, sino alegre parabien de su restablecimiento. Aquella interior conmocion, no ménos tierna i deleitosa que la que siente en su ánimo quien al cabo de diversos viages i larga ausencia vuelve al seno de su amada familia, de tal modo le comprimó el corazon, que no pudo dilatársele hasta que prorrumpió en lágrimas de gozo.

El aire del campo, el uso de leche aguada, i la tranquilidad de espíritu ayudaron á su perfecta curacion; i en pocos dias consiguió reparar las fuerzas, i hallarse en estado de volver á las faenas acostumbradas.

Su primer cuidado fué pasar á reconocer las vasijas de barro para observar el éxito de su nuevo experimento; i no bien destapó el horno, quando se halló con la



extraña i plausible novedad de que todas estaban casi tan bien bañadas como si un alfaharero hubiese dirigido la maniobra. Fuera de sí con el alborozo que este completo acierto le infundía, ni siquiera reflexionó de quan poco le había de servir ya su descubrimiento, faltándole lo principal, que era la lumbre. Pero así que lo advirtió, se quedó inmobil i cabizbaxo: tan presto miraba de hito en hito las vasijas, tan presto las frias cenizas del hogar; i arrojó al fin un profundo suspiro.

Reprimiendo, sin embargo, por entonces su pesar, i conteniéndole en los justos límites, se dixo á sí propio. La misma Providencia benéfica que antes te depuró lumbre, tiene á su disposicion bastantes arbitrios para volver á suministrarla; i si lo juzga conveniente, no te dexara sin ella.

Dos cosas le consolaban ademas de esto: la una, saber que ya sería excusado tomar precauciones para evitar el frio: i la otra, esperar que aunque desde su niñez estaba acostumbrado á alimentarse de carne, no le costaría gran dificultad vi-



vir privado de ella i mantenerse de frutas, i de leche de llamas.

*Carlitos.* Pero bien podía comer carne ahumada, sin necesidad de asarla ni cocerla.

*El Padre.* I ¿con qué había de ahumar esa carne?

*Carlitos.* Tiene Vm. razon: no había caído en ello.

*El Padre.* Con todo, no le pesó de haber fabricado los pucheros de barro, pues á lo ménos le servirían de tarros para la leche; i aun dió á una de aquellas vasijas el destino que voi á deciros. Conociendo que serían mas sabrosas las patatas si las aderezase con manteca, i necesitando para hacerla un cubeto, que él no podía fabricar, quiso suplir esta falta con una olla grande, en la qual recogió toda la nata que le pareció suficiente. Hizo despues una rodaja de madera con un agujero en el centro, i en él un palo; i con este instrumento empezó á batir la nata sin cesar de arriba á baxo i de abaxo arriba, hasta que la verdadera manteca quedó separada de lo demas de la leche. Lavó inmediatamente aquella en agua clara;



i la amasó, echándola un poco de sal. Ya le tenemos mui ufano del logro de su nuevo intento; pero al querer gozar el fruto de su aplicacion é industria, reflexiona que le es forzoso renunciar el gusto de comer las patatas por no tener lumbré para asarlas: consideracion que, en la viveza i acaloramiento de la execucion de su empresa, ni por asomo le había ocurrido. Ahora tiene manteca; pero le falta lo que había de mezclar con ella. La mira; la apetece; se desalienta; se contrista; i burladas sus esperanzas, se halla reducido al anterior estado, i expuesto á las mismas necesidades. Es cierto que podía sustentarse de ostras, de leche, de cocos, i de carne cruda ó machacada; mas ¿por ventura tenía la menor seguridad de que alguna contingencia no le privaría de estos auxilios? Lo mas sensible era que no discurría medios para mejorar de fortuna en adelante, ni para asegurar la que tal qual lograba entónces.

¿Qué obra útil ha de emprender ahora?

— Ha executado hasta aquí todo aquello de que sus manos eran capaces, careciendo de las mas precisas herramientas, i



ya se le figuraba que nada le resta que hacer sino pasar la vida sepultado en el ocio i en el sueño: infeliz destino, que aun solo imaginado, le repugna i le parece insoportable: tal era el hábito que había adquirido de trabajar i aprovechar el tiempo. Mui á menudo solía despues repetir que la principal cosa á que había debido la correccion de muchas malas inclinaciones había sido la dura necesidad de acudir con su incesante afan en todos sus menesteres miéntras vivió solitario, *La ocupacion continua (añadía) es madre de muchas virtudes, como la pereza habitual lo es de todos los vicios.*

**Juan.** Decía mui bien; por que quando uno está ocioso, no le ocurren mas que picardigüelas.

**El Padre.** I por esta razon se aconseja á los Niños que desde mui temprano se acostumbren al trabajo, en la suposicion de que todos somos de grandes los que hemos sido de Niños: flojos ó aplicados, eficaces ó lentos; virtuosos ó malos. Seguid, hijos mios, esta regla; i jamas tendréis que arrepentiros.

Nuestro desventurado *Robinson*, que



andaba de una parte á otra buscando en que emplear el tiempo para evitar la holgazanería, descubrió por fin una ocupacion mui importante. — ¿Acertaréis qual era?

*Juan.* Yo, en su lugar, ya sé á lo que me hubiera aplicado.

*El Padre.* Pues comunícanos tu pensamiento.

*Juan.* Hubiera intentado curtir las pieles de los llamas, para que lo áspero de ellas no me maltratase, i raspar la lana, por que incomodaría muchísimo en una tierra donde hace tanto calor.

*El Padre.* Pero ¿qué amaños había allí para esa maniobra? Bien se conoce que nunca has entrado en un *tenería*, ni visto trabajar á los curtidores, ni sabes como encalan las pieles: como las pelan con un instrumento que llaman *garatusa*, como las descarnan i labran en la tabla con un cuchillo, i como curten unas en la tina con agua caliente i zumaque, i sientan otras en el noque, que es á modo de un estanque, en donde las benefician con cascaca ó corteza de encina hecha polvos, i las dexan reposar mas de diez ó once me-





ses. Tampoco sabes tú como adoban los Zurradores las pieles ya curtidas, suavizándolas con azeite, dándolas lustre, i tiñéndolas del color que quieren. En la misma ignorancia que tú se hallaba *Robinson*; i no teniendo ingredientes ni instrumentos algunos de los indispensables para los oficios de curtir i zurrar, debía desde luego desistir de la pretension de vestirse de pieles bien adobadas.

*Nicolas.* Pues ¿quál fué la otra ocupación que escogió?

*El Padre.* Meditaba noche i dia sobre si le sería posible construir alguna especie de barquita ó canóa.

*Juan.* ¿I para qué?

*El Padre.* Para una empresa tan ardua, i de tanta importancia como la de procurar volver á vivir entre sus semejantes, i libertarse de aquella solitaria prision que, desde que le faltaba la lumbre, se le iba haciendo cada dia mas triste, mas intolerable.

Sacaba por conjeturas que no distaría mucho de su Isla el Continente ó Tierra-firme de América; i como llegase á tener una barca, por pequeña que fuese,



ya estaba resuelto á arrostrar qualquier peligro, i pasar allá, si posible fuese. Mui lleno de semejante imaginacion, salió un dia en busca de algun árbol cuyo tronco pudiese ahuecar para hacer la deseada canóa; i recorriendo á este fin ciertos parages de la Isla por donde hasta entónces no había andado, observó al paso varias plantas que le eran desconocidas, i que determinó experimentar, para ver si podrían servirle de sustento. Halló entre otras, unas quantas cañas de maiz....

*Nicolas.* ¿Cómo aquellas que tenemos en la huerta?

*El Padre.* De la misma especie. — Admiró lo avultado de las mazorcas, en algunas de las quales contó mas de doscientos granos mui crecidos, apiñados unos con otros, i en carreras que parecían sartas de corales. Pensó desde luego que de aquel grano podría sacarse algun alimento, i aun pan. Pero ¿cómo le había de moler? ¿cómo había de separar de la harina el salvado? I sin lumbré ¿cómo era posible cocer el pan? A pesar de todas estas consideraciones, recogió algunas mazorcas, con intencion de sembrar los granos. —



¿Qué sé yo (decía) si con el tiempo llegaré á sacar de esto algun provecho?

Poco mas adelante descubrió un árbol frutal, que tampoco conocía, del qual pendían unas frutas ó mazorcas bastante grandes; i abriendo una de ellas, halló dentro como unas quantas almendras mui extraordinarias. Aunque no le parecieron agradables al paladar, guardó en el morral una porcion de las que creyó estaban mas maduras.

*Juan.* ¿I qué almendras serían esas?

*El Padre.* Granos de cacáo, de que se hace el chocolate.

*Nicolas.* ¡Bueno! con eso podrá ya tomar chocolate.

*El Padre.* ¿Tan pronto? — Vamos despacio.

En primer lugar ignora *Robinson* si aquello es cacáo. Luego sería menester tostarle, machacarle, i molerle con azucar, que él no tiene: i no hablemos de canela, vainilla, ni otros ingredientes que suelen añadirse para dar gusto mas aromático al chocolate; por que el carecer de estas superfluidades era nada en comparacion de la falta de lumbré.

Llegó finalmente *Robinson* á ver otro



árbol mui corpulento, i para él no mé-  
 nos extraño que el del cacáo. El fruto  
 abultaba como el coco; pero no tenía aquel  
 duro casco interior, ni aquella cubierta  
 estoposa que le sirve de corteza; i todo  
 él se podía comer, siendo de un sabor  
 exquisito. Era el árbol de distinta figu-  
 ra que el que produce los cocos; pues no  
 constaba, como este, de un tronco segui-  
 do i arriba una frondosa copa á manera  
 de palma, sino que, á semejanza de nues-  
 tros frutales, se dividía en varias ramas  
 pobladas de hoja. Mucho tiempo despues  
 llegó á saber que aquel era *el árbol del*  
*pan*, llamado así por que su fruto, ya sea  
 conforme se coge de la rama, ó ya mo-  
 lido i reducido á masa ( que es lo mas  
 comun ) sirve de pan á los Salvages.

Advirtió que el tronco de este árbol,  
 á causa de su mucha vejez, estaba ya al-  
 go hueco por un lado, en vista de lo qual  
 le pareció mui á propósito para hacer de  
 él la barquilla proyectada, si lograba der-  
 ribarle i ahondar lo bastante aquella con-  
 cavidad. — Pero ¿cortar un árbol tan  
 útil, en la duda de si acertaría ó no, á  
 fabricar la canóa!.... Consideracion fué



esta que le acobardó mucho, haciéndole titubear, i despues de haber pesado largo rato las razones que se le ofrecían en pro i en contra, tomó bien las señas del sitio en que estaba el árbol, i se retiró sin determinar cosa positiva sobre el caso, verdaderamente digno de mas maduro exámen.

Prosiguiendo su camino, encontró lo que había estado anhelando mucho tiempo: un nido de papagayos: feliz hallazgo, que le causó gran complacencia. Acércase mui quedito; i alarga el brazo para introducir la mano en el nido. Los papagayitos mas medrados, i que habían pelechado ya, se le escapan volando: solo uno, ménos listo que sus compañeros, se dexa asir de *Robinson*, el qual, mas ufano con esta presa que si hubiese descubierto un tesoro, se restituye sin dilacion á su morada.

*Luisita.* ¿I qué había de sacar de tener ese papagayo?

*El Padre.* Quería enseñarle á pronunciar algunas palabras para tener el gusto de oir una voz semejante á la del hombre. Nosotros como vivimos entre las gentes,



i á todas horas logramos la fortuna de ver i oir racionales, i de conversar con ellos, graduamos de fútil i pueril aquella inocente satisfaccion que *Robinson* esperaba gozar con oir el guirigai de un loro; pero si nos ponemos en su lugar, conocerémos que lo que en nuestra situacion presente nos parece un ligero asomo de diversion, debía ser un verdadero deleite para aquel triste solitario.

No bien llegó á su estancia, quando se ingenió como pudo para hacer una xaula en que aposentar á su nuevo huésped, la colocó al lado de su lecho; i se acostó tan contento como si acabase de adquirir un amigo.



## TARDE DÉCIMA-TERCIA.

*El Padre.* **P**ara convocaros hoi, hijos míos, no he querido aguardar á que llegue la hora acostumbrada; por que, ántes de continuar la relacion de mi historia, tengo que consultar con vosotros un punto de suma importancia, i oir vuestro dictamen.

*Basilio.* Aquí estamos ya todos juntos á la disposicion de Vm.

*Ramon.* ¿I sobre qué hemos de dar nuestro voto?

*El Padre.* Sobre una cuestión en que ha estado *Robinson* cavilando toda la noche, i que no le ha dexado dormir ni un instante.

*Carlitos.* ¿Qué será?

*El Padre.* La duda se reduce á si ha de derribar, ó no, el *árbol del pan* que vió ayer tarde, supuesto que no sabe si acertará, ó no acertará á hacer de aquel tronco una canóa.

*Juan.* Yo me hubiera guardado mui bien de tocar al árbol.

*Basilio.* Pues yo, le hubiera echado al sue-



lo.

*El Padre.* Ya tenemos dos pareceres encontrados: uno de que se corte, i otro de que se conserve. Oigamos qué opinais los demas.

*Ramon.* Yo estoi por lo que ha dicho Juanito.

*Carlitos.* I yo tambien, Papá: no hai que llegar al árbol.

*Henrique.* Cortarle, cortarle; por que el pobre *Robinson* necesita de una canóa.

*Nicolas.* Por fuerza: eso mismo digo yo.

*El Padre.* Tantos votos hai por una parte como por otra; con que así, los que votan por que se corte el árbol, pasen á mi derecha; i los que son del sentir contrario á mi izquierda.— Mui bien: ya están los dos partidos frente á frente. Atendamos ahora á las razones que cada uno de ellos alega para fundar su dictamen. Hablará primero Juanito; i nos expondrá por qué opina á favor de la conservacion del árbol.

*Juan.* Por que dá una fruta mui preciosa, i de lo que hai poco en aquella Isla.

*Basilio.* Es un árbol viejo i carcomido; i no puede ya durar mucho la utilidad de



coger esa fruta.

**Juan.** ¿I de qué lo sabes tú? Aunque esté empezado á agujerear por un ladito, ¿quántos árboles vemos que tienen un hueco mui grande en el tronco, i no por eso dexan de dar fruto por muchos años?

**Nicolas.** Que inxerte *Robinson* algunas púas de aquel árbol, como lo hizo con los cocos; i así quando le derribe, le quedarán otros árboles de pan.

**Ramon.** Sí! ¿No hai mas que inxertar? I ¿tan pronto producen los árboles? Puede ser que pasen quatro ó cinco años antes de dar fruta.

**Henrique.** Pero ¿no valdrá mas que tenga *Robinson* una barca para volver á vivir entre los hombres, que no quedarse para siempre solo en la Isla, comiendo pan del fruto de ese árbol?

**Juan.** Si la barca pudiera hacerse al instante, sí, Señor; pero con una sola hacha de piedra que tiene ¿cómo ha de cortar un tronco tan grueso? ¿I cómo le ahondaría?

**Basilio.** Si él tiene paciencia, i trabaja sin desmayar, se ha de salir con ello: yo lo fio.



*Ramon.* Pero no teniendo vela para el barco ¿qué viage ha de hacer?

*Nicolas.* Que lleve remos.

*Carlitos.* Mucho adelantará con eso. I ¿si un remo se le rompe, ó se cansa de remar?— ¿No te acuerdas de lo que sucedió quando estuvimos embarcados en aquella chalupa cerca de *Travemunda* en el mar Báltico, i como se quebró el remo de uno de los marineros? Papá nos dixo entónces que, si se hubiera tronchado por mas arriba, de modo que no pudiese servir, con solo el otro remo que quedaba no hubieran podido los marineros llevarnos á tierra.

*Basilio.* Ya; pero aquella era una chalupa grande en que ibamos diez i ocho personas. Con dos remos que tenga *Robinson*, se podrá manejar, i salir de su destierro.

*El Padre.* Ya veis, hijos míos, que la quies-  
tion no es tan fácil de resolver. Ninguna de las razones que habeis alegado se le pasó por alto á *Robinson*; i se llevó toda la noche reflexionando cada una de ellas (por que exâminar si conviene hacer una cosa, ó dexarla de hacer, es lo que se llama *reflexionar*.) Desde que experi-



mentó las funestas conseqüencias de su atropellada determinacion de salir á correr por el mundo, dexando la casa de sus Padres, se había propuesto como lei inviolable no emprender la menor cosa ántes de reflexionar maduramente sobre ella; i observando esta lei en la ocasion presente, despues de considerar la questão en todas sus partes, halló que substancialmente se reducía á averiguar, *si es prudencia perder un provecho menor pero seguro, por un interés mayor pero dudoso.* Ocurrióle á este propósito la fábula del Perro que llevaba el pedazo de carne por el rio....

*Carlitos.* Esa la sé yo de memoria. Vera Vm. como la digo:

« Quien lo ageno codicia,  
Hasta lo suyo pierde; i con justicia.

Cierto Can que pasaba un rio á nado  
Con un trozo de carne entre los dientes,  
Viéndole en los cristales transparentes  
Al vivo retratado,  
Creyó que era otro Cán con otra presa.  
Robársela intentó, i erró la empresa;  
Por que soltó engañado  
La segura comida,



**I** no pudo lograr la apetecida.  
**El Padre.** Mui bien. En prosa, ó en verso, *Robinson* sabía esa fábula como tú; pero consideró por otra parte que los Labradores siembran el grano de que pudieran aprovecharse, i se desposeen de aquel bien presente por la esperanza de recobrarle con muchas creces en una abundante cosecha.

Sí (decía:) la codicia del perro era imprudente, por que ansiaba una sombra que de ninguna manera podía alcanzar. No así la esperanza del Agricultor, el qual procede mui racional i acertadamente, por que lleva la mira de conseguir un beneficio efectivo, aunque algunos accidentes puedan frustrársele.

¿El caso en que yo me hallo no es este último? Trabajando diariamente con teson ¿no puedo prometerme que llegaré á fabricar de este árbol una canóa? I quando haya salido de mi primer empeño con felicidad, ¿es opuesto á razon que espere yo salir de aqueste desierto, i pasar en mi barquilla á alguna comarca habitada de hombres?

Estos discursos, como propios para li-



sonjear su deseo dominante, le hicieron tan viva impresion, que al momento se levanta, toma su hacha, corre acia el árbol, i empieza la corta.

Si alguna taréa larga i penosa emprendió *Robinson*, fué la que principió entónces. Otro se hubiera desanimado; se le hubiera caido el hacha de las manos al primer golpe, i hubiera tenido aquella empresa, si no por imposible, á lo ménos por extravagante; pero nuestro héroe, aunque su obra le costara otro tanto mas de fatiga i de tiempo, ni por pienso desistiría de ella, pues (como ya sabemos) se había impuesto el inalterable precepto de no desmayar, por mas dificultades que ocurriesen en la execucion de un designio sólidamente premeditado.

Se había llevado la mañana entera trabajando sin interrupcion; i todavia era tan pequeña i tan somera la cortadura hecha en el tronco á fuerza de repetidos hachazos, que con una mano podía cubrirla i llenar su hueco: de lo qual inferiréis desde ahora quan largo tiempo habia de necesitar para derribar un árbol tan



grueso, i darle figura de lancha.

Persuadido, pues, á que esta sería obra de muchos años, tuvo por necesario establecer algun método en sus ocupaciones, repartiendo las horas, i señalando taréa determinada para cada parte del dia; pues le había enseñado la experiencia que nada facilita tanto el desempeño de las obligaciones diarias de una vida laboriosa como la arreglada distribución del tiempo. Voi á explicaros con qué orden le repartía *Robinson*.

Levantábase al romper el alba, i se iba luego á la cercana fuente, en donde se lavaba rostro, manos, pecho i pies; i á falta de tohalla, esperaba á que se los enxugara el aire, ayudándose para ello él mismo con dar una veloz carrera al tiempo de volver á su habitacion. Allí se vestía; i subía despues á la cima del cerro á cuya falda tenia la cueva. No oponiéndose entónces á su vista el menor obstáculo, recorría de una ojeada las diversas maravillas de la naturaleza comprehendidas en aquel dilatado horizonte; i quando sentía elevado su espíritu con tan grandioso espectáculo, se coloca-



ba en aquella postura que le parecía mas humilde, adorando é invocando sincera i cordialmente al Autor de todo lo criado, sin descuidarse en implorar el celestial patrocinio á favor de sus Padres, á quienes había abandonado; pero nunca olvidado. Baxaba luego á ordeñar sus llamas, cuyo rebaño había ido aumentando poco á poco hasta un corto número de cabezas; desayunábase con parte de la leche recién ordeñada; i guardaba la restante en la que él llamaba su despensa. Estas eran las ocupaciones en que empleaba la primera hora del dia.

Prevenido entonces de armas para su defensa, i de herramientas para el trabajo, se encaminaba ( si era hora del reflujo ) á la ribera del mar, en donde recogía ostras para medio-dia; i si no, se iba en derechura acia el árbol que había empezado á cortar para hacer la canóa. Seguía le ordinariamente su hato de llamas, que pacía en los contornos miéntras él trabajaba.

A cosa de las diez subía de punto el calor, de suerte que le precisaba á suspender su taréa. Volvía Robinson á la



playa así para buscar ostras, si más temprano no las había hallado, como para bañarse (cosa que por lo comun executaba dos veces al día;) i ántes de las doce ya estaba de vuelta en su mansion con el rebaño.

Ordeñaba segunda vez los llamas; hacía una especie de requeson, i disponía prontamente una comida tan parca, que se reducía á requeson mojado en leche, algunas ostras, i medio coco. Su fortuna era que en aquel caluroso clima no tenía la mitad del apetito que generalmente se experimenta en los países frios; pero estando acostumbrado desde niño á sustentarse de carne, no podía ménos de apetecerla; i para satisfacer este deseo recurría al ya conocido arbitrio de mortificarla maceándola.

Durante la comida se divertía en hablar con su papagayo, i repetirle una i otra vez ciertas palabras, esperando llegaría el día en que rompiese á pronunciar algunas de ellas.

*Henrique.* ¿I con qué le mantenía?

*El Padre.* Los papagayos quando estan sueltos, se alimentan principalmente de co-



cos, bellotas, pepitas de calabaza, i otros vegetales semejantes; pero los que están domesticados se habituan á comer casi lo mismo que los hombres; i así podía mui bien *Robinson* mantener el suyo con leche i cocos.

Por la siesta descansaba una hora, ya á la sombra, ya donde corría mas puro el aire, ó ya en su gruta cercado de los llamas, i con su papagayo al lado. Ratos había en que, sentado, i encarándose con estos animalitos, les dirigía la palabra, qual suele una niña hablar con sus muñecas mui creida de que ellas la oyen i atienden. Sentíase con tan vivas ansias de comunicar sus ideas i sus afectos á algun racional, que á veces se olvidaba de que eran incapaces de entenderle los brutos que le rodeaban: i quando oía que su papagayo (á quien había puesto por nombre *Pol*) acertaba á repetir con claridad una sola palabra, se enajenaba de gozo, como si hubiese percibido alguna voz humana: i olvidándose de Isla, de llamas i papagayo; en tal grado se dexaba alucinar de la imaginacion, que se figuraba estar viviendo ya



entre hombres. Mas al volver en sí, desvanecida la halagüeña ilusion, i al verse todavía solitario en aquel mísero destierro, desahogaba su pena, exclamando con un profundo suspiro. ¡ *Pobre Robinson!* —

A eso de las dos de la tarde....

**Nicolas.** Pero ¿por qué relox sabía siempre la hora que era?

**El Padre.** Se ingeniaba como la gente del campo, observando la elevacion del sol, i conjeturando que sería poco mas ó ménos tal ó tal hora. — A las dos de la tarde (como iba diciendo) volvía al árbol para proseguir la principal de todas sus faenas, i en ella empleaba cada vez dos horas consecutivas, al cabo de las quales se encaminaba de nuevo á la marina á buscar ostras, ó á bañarse, si el calor era excesivo.

Dedicaba las restantes horas del dia al cultivo de su huerta; ahora sembrando maiz i patatas, con la esperanza de que, si volvía á tener lumbre, serían el mas socorrido alimento; ahora enxertando puas del árbol del pan; ya regaba los tiernos enxertos; ya plantaba una cerca ó seto de plantas vivas para cerrar la huerta;



ó ya podaba los árboles, que á manera de empalizada, defendían el recinto que delante de su gruta servía de patio, doblando i sujetando al mismo tiempo las ramas, para que, en llegando á crecer, formasen un cenador en forma de covacha.

Con harto sentimiento de *Robinson*, el día mas largo en aquella Isla no pasaba de trece horas, i en medio del estío anochece á las siete. Aprovechaba en sus labores la parte principal del día; i una hora ántes de obscurecer, quando no ocurría obra de mayor importancia, se adestraba en hacer el ejercicio.

*Ramon* ¿Qué ejercicio?

*El Padre.* El de disparar flechas con el arco; i arrojar dardos con la mano, para hallarse ágil i en estado de defensa quando por desgracia se encontrase con algun *Salvage*, ó alguna fiera, enemigos que siempre le tenían bastante rezeloso. Fué adquiriendo por grados tal manejo en ambos ejercicios, que aun á larga distancia apénas erraba tiro que dirigiese á un blanco del tamaño de una moneda regular.

A boca de noche, unas veces alum-



brándole la luna, i otras el escaso resplandor de las estrellas, cenaba moderadamente sus acostumbrados manjares; i ántes de retirarse á descansar de los afanes del dia, recogía el espíritu para reflexionar sobre sus acciones, preguntándose á sí propio. ¿En qué has pasado este dia? Ya que has recibido hoi nuevos beneficios ¿has levantado la consideracion á la divina fuente de que dimanar? ¿Se ha llenado tu corazon de tierno amor i gratitud al bienhechor supremo? ¿Le has dado en tus aficciones pruebas de confianza? ¿Te has olvidado de él en tus felicidades? ¿Has desechado todo mal pensamiento que te haya ocurrido? ¿Has procurado reprimir los desordenados deseos que se han excitado en tu pecho? En una palabra ¿te has enmendado realmente?

Siempre que sobre estas preguntas i otras semejantes podía su conciencia darle favorable testimonio, quedando tranquila, entonaba un himno en alabanza del Autor de la gracia, que le había ayudado á adelantar algo en la senda de la virtud; i al contrario, quando hallaba motivos para no estar satisfecho de su



conducta ;quán amargamente se lamentaba de haber desperdiciado el día! ( pues como perdido consideraba aquel en que había pensado, ú hecho cosa que no pudiese ménos de reprobar en el exâmen de la noche. ) Al lado de la raya con que anotaba el día en uno de los árboles que le servían de calendario, ponía una cruz por señal de su culpa, prometiéndose con este recuerdo vivir mas precavido para no cometer otra igual.

De esta suerte, hijos míos, hacía *Robinson* lo posible para corregirse; i os aconsejo toméis su exemplo, si quereis, como es justo, acostumbrar el ánimo á la práctica de las virtudes. Destinad cada noche un rato de silencio i meditacion para daros cuenta á vosotros mismos de vuestro proceder durante el día, i si en pensamientos, en palabras ó en acciones, advertis algo que vuestra conciencia no pueda ni deba aprobar, apuntadlo en un quadercito para acordaros de ello varias veces, i para que, conociendo en que deslices habeis incurrido, tengais en adelante mayor cuidado de evitarlos. Procurando así la correccion de qualquier



defecto, irán cada dia en aumento vuestra interior alegría i felicidad. —

Mucho celebro, queridos mios, que os mostreis tan dóciles, i que cada uno de vosotros por su parte se vaya retirando ( como veo que lo hacéis ) á distinta calle de árboles, para poner en práctica á solas el provechoso consejo que acabo de daros.



## TARDE DÉCIMA-QUARTA.

*El Padre.* **A**yer os expliqué mui por menor el método de vida que *Robinson* se propuso. Ya habían corrido tres años cables sin que él hubiese innovado cosa alguna. Pero en tanto tiempo, i con tal constancia en el trabajo ¿quánto os parece había adelantado la obra de su cañón? Escasamente llevaba cortada la mitad del tronco del árbol, i con dificultad creía poder derribarle en ménos de otros tres años de igual perseverancia.

Sin embargo; no se desalentó por eso, ni era posible dexase de la mano la tarea; pues ni quería ni podía estar ocioso. — Ocurrióle un dia la reflexiõn de que en tanto tiempo que habitaba aquella Isla solo había visto una parte mui reducida de ella; i se echó en cara como una flaqueza suya, el temor que hasta allí le había impedido recorrerla toda de punta á punta. ¿Quién sabe (se decía á sí propio) si acaso habría yo descubierto cosas que ahora me servirían de mucho?



Esta consideracion bastó para determinarle á no dilatar su jornada mas que hasta el dia siguiente; i al momento empezó á disponer todo lo necesario para la caminata, dexándolo pronto ántes de acostarse. Al amanecer cargó de víveres para quatro dias uno de los llamas; i tomando sus armas, i encomendándose á la proteccion divina, se puso en camino con la mayor confianza. Su designio fué enderezar su viage lo mas arrimado que pudiése á la orilla del mar, i apartarse de los bosques para no exponerse á encontrar fieras.

Nada notable le sucedió el primer dia. Andubo una seis leguas; i quanto mas caminaba, mas iba advirtiendo que el sitio de su mansion era el ménos fértil de la Isla. En muchos parages vió árboles que juzgaba le darían frutos de sano i grato alimento; pero no fué entónces, sino mucho mas adelante, quando llegó á comprehender el uso de ellos i sus nombres.

Uno de aquellos árboles era el que llaman *morera del papel*, cuya corteza parecida á la del *abedul*, subministra la materia de que los Japones fabrican pa-



pel excelente, i los Moradores de la Isla de Otahiti una hermosa tela para vestidos de verano. — Ya os enseñaré despues una muestra que me han enviado de Inglaterra. — Pasó *Robinson* la primera noche sobre un árbol para reguardarse de las fieras, i al romper el alba prosiguió su peregrinacion.

Quando hubo caminado un rato, se halló en la punta meridional, arenosa en parages; pero al tomar acia una lengua de tierra, que salía un poco al mar, retrocede de improviso, pálido el rostro, los miembros trémulos; mira al rededor; i al fin se queda pasmado, inmóvil, i como herido de un rayo.

*Juan.* ¿I qué era?

*El Padre.* Sus ojos ven lo que no hubiera imaginado. Vé huellas de hombres estampadas en la arena.

*Nicolas.* ¡Como! ¿I eso le horroriza? Parece que debía alegrarse de ello.

*El Padre.* Ahora sabrás la causa de su temor. Apénas divisó las huellas humanas, léjos de figurarse que fuesen de hombre alguno de la clase de los civilizados, benignos, compasivos, i propensos á socor-



rer, en quanto de ellos depende, á sus semejantes, imaginó, poseido de temor, que eran señales ciertas de habitar allí hombres bárbaros, crueles, prontos á acometerle, á degollarle, á tragársele: en una palabra, no se le ofreció fuesen Europé-  
os cultos, sino Salvages *Canibales* ó *Caribes*, habitantes de aquellas Islas, los quales, como ya os he dicho, tenían la abominable costumbre, que justamente os ha horrorizado, de alimentarse de carne humana. Llamánse generalmente *Antropófagos* los que tal atrocidad cometen.

*Ramon.* Razon tenia para estremecerse tanto.

*El Padre.* Pero mas cuerdo i mas prudente hubiera sido si le hubiesen habituado desde tierna edad á no perturbarse ni dexarse sobrecoger del pavor á vista de los peligros por grandes que fuesen; i así hubiera conservado en aquel momento mas serenidad i firmeza de ánimo. Todos podemos conseguir esto, si ponemos desde la niñez incesante cuidado en adquirir robustez i vigor, así de cuerpo como de espíritu.

*Juan.* Pero no acabo de comprehender como



se lograría eso.

*El Padre.* Fortificando el cuerpo con un método de vida sóbria, arreglada, laboriosa, conforme á la intencion de la naturaleza, i conservando el alma sin mancha, mediante una piedad sólida é ilustrada. Precavidos en esta forma, podremos sobrellevar las molestias del mundo, hacer frente á los reveses de la fortuna, i ver los peligros sin que nos agiten ni atribulen. I ¿de qué modo adquiriréis para esto, hijos mios, la necesaria fortaleza de cuerpo i de ánimo? — Si coméis con templanza, usando de alimentos sanos, sencillos, naturales, i sazonados con poca delicadeza; si os abstenéis de golosinas que suelen ser venenos disfrazados, tan perjudiciales á la salud como agradables al paladar; si evitais la ociosidad no ménos perniciosa para el cuerpo que para el alma; si acostumbrais vuestro entendimiento al estudio i á la reflexi3n, i vuestros miembros á un trabajo que sin que os debilite, os tenga en habitual movimiento; si con todo cuidado i voluntariamente os abstenéis de ciertos gustos que deseais con ansia, i cuyo logro está en vuestra mano; si



en otras ocasiones os dedicais á executar cosas que os repugnen, i de que os sea fácil exímiros; si tomais por sistema no valeros de otros para hacer aquello que podais executar por vosotros mismos, sirviéndoos de vuestro propio juicio para buscar en él, sin necesidad de recurrir á nadie, consejos i expedientes que os saquen de qualquier aprieto; i últimamente si os esmerais en adquirir i conservar el precioso tesoro de una conciencia pura, que os afiance la proteccion i benignidad del Omnipotente.

Las adversidades podrán tal vez cogeros desprevenido; pero nunca debilitar vuestra entereza, ni alterar la serenidad de vuestro ánimo, quando vivais persuadidos de que baxo la tutela de la Providencia divina, tan sábia, tan justa i poderosa, nada puede sobreveniros que dexede redundar en vuestro mayor beneficio.

Ya habréis notado que los progresos de *Robinson* en la virtud no eran todavía los suficientes para haberle exáltado á aquel grado de firmeza que tanto habría contribuido á su tranquilidad i á su dicha. Acaso tendría en esto mucha parte la vi-



da sosegada i libre de peligros que pasaba algunos años había. El hombre ( jamas olvidéis esta verdad ) quando permanece en un estado constantemente pacífico, quando descansa en una completa seguridad, no adquiere aquel vigor, aquel denuedo que caben en su corazon; i si entónces le acontece hallarse de improviso en algun lance estrecho, se muestra débil, tímido, consternado, llegando á veces la demasiada quietud aun á hacerle vicioso. De aquí es que debemos contemplar como singular favor del cielo los trabajos i penalidades que de tiempo en tiempo suele enviarnos, por mas grandes que nos parezcan, i recibirlos como oportunos medios de conocer, exercitar i fortalecer nuestro brio i constancia. — Pero ¡cómo se asustó i amilanó el pusilánime *Robinson* con ver inesperadamente una huella humana! Mira á todas partes con ojos espantados; i al menor ruido de cada hoja que se mueve, siente una terrible alteracion. De turbado no acierta á tomar resolucion alguna; pero al fin, dándole fuerzas el mismo temor, huye á todo correr, como si álguien le siguiese para ma-



tarle. Era mucho el pavor que se había apoderado de él para que siquiera una vez volviese la cabeza á mirar atrás. Mas, parándose de repente, se le convierte el miedo en horror. ¡Qué espectáculo! Ai, hijos míos, preparaos á ver el mas espantoso de quantos podéis imaginar; las tremendas conseqüencias del depravado estado del hombre abandonado á sí propio i destituido enteramente de educacion. Descubre un hoyo redondo, i en medio de él las cenizas de una hoguera recién-apagada. Al rededor de este hoyo.... — ( Me estremezco al contaros semejante caso — ) advierte sembradas aquí i allí manos, calaveras, pies i varia osamenta descarnada de cuerpos humanos, que le representaban el mas horrendo objeto, como reliquias de un banquete repugnante á la misma naturaleza.

*Basilio.* ¡Qué maldad de hombres!

*El Padre.* ¿I habrá quien los llame hombres? Sólo tienen de ellos la figura: criánse sin la menor educacion racional, feroces, como animales carniceros; i ni el hastío, ni la compasion los retrahen de la perversa costumbre de degollar á sus



semejantes para saciar i regalar su gula. En tiempo de *Robinson* (segun creo haberoslo dicho alguna vez) eran Antropófagos muchos habitantes de las Antillas i de otras Islas al Poniente, llamados *Caribes*. Estaban hechos á matar i soasar á los prisioneros de guerra, juntándose á comerlos en horribles convites que celebraban con bárbaros regocijos de bailes i de músicas, ó mejor diré ahullidos de la ferocidad repleta.

*Carlitos*. ¡Qué hombres tan canallas!

*El Padre*. Detestémos, querido Carlitos, la atrocidad de sus costumbres, i no sus personas; pues carecen de toda instruccion. Si tú hubieses tenido la desgracia de nacer entre aquellos Salvages, no es dudable que, á su exemplo, sin asomo de vergüenza, desnudo, estúpido i arisco, correrías ahora como ellos por los bosques, te pintarrajarías todo el cuerpo i la cara con variedad de colores, i especialmente de encarnado; traerías agujereadas las orejas i la ternilla de la nariz, adornándotelas con plumas de páxaros conchas de mar, i otras buxerías ridículas, asistirías á los abominables banquetes de



tus depravados Padres con tanto gusto como ahora desfrutas nuestras mas regaladas comidas. Alegráos todos, hijos míos, i alabad á Dios de venir de Padres nacidos i criados en un pueblo culto, donde aprendieron desde la infancia á ser humanos, justos, atentos i benéficos, i á no omitir medio alguno para ser tambien de sociable trato, compasivos, i dispuestos á todo lo bueno. Lastimáos de la infeliz suerte de aquellos mortales entregados á sí propios, que pasan todavía una vida silvestre, como fieras esparcidas por los montes.

*Nicolas.* ¿I se encuentran hombres de esa especie en algun otro parage?

*El Padre.* Sí: mui léjos de aquí, en una Isla llamada la *Nueva Zelanda*. Algo de eso os lei el hibierno pasado en una relacion de viages. Los Salvages que habitan aquella Isla son Antropófagos; pero es regular que sus Conquistadores lleguen á domesticarlos i á desarraigal de ellos tan inhumana costumbre.

*Nicolas.* Harán una obra de caridad.

*El Padre.* Como iba diciendo, *Robinson* apartó los ojos de aquel terrible espectácu-





lo. Sintióse removido; i hubiera caído desmayado, á no haberse desahogado la naturaleza con provocar quanto tenía en el estómago. Luego que se recobró algun tanto, se puso en tan precipitada fuga, que apénas le podía seguir su llama; pero el fiel animal corría tras él sin pararse. Era tal el miedo de *Robinson*, que, olvidándose del llama, los pasos de este se le figuraban ser los de algun Caribe que le perseguía. En aquella angustia aceleraba cada vez mas la carrera para libertarse del imaginado Antropófago; i por quedar mas desembarazado para correr mejor, arrojó lanza, arco, flechas i hacha, sin pensar en que entónces era cabalmente quando mas podría necesitarlas. Toda su confianza estribaba ya en la fuga, sin dirigirse á parte determinada, ni atender al camino que llevaba. Creia mejor el mas fácil, i ya había perdido el tino sin saber donde estaba; pero despues de haber dado durante una hora mil vueltas i revueltas, vino á parar cerca del mismo puesto desde donde había empezado á huir. Nuevo susto, nueva perplexidad. Desconoce el sitio, sin pa-



sarle por la imaginacion que fuese el mismo que acababa de ver, i le considera como segundo indicio de la horrible crueldad de que procuraba evadirse. Tira aciá otra parte, i prosigue su fuga hasta que, faltándole enteramente el aliento, cae sin sentido. Aquí le alcanzó su llama, i el animalito, rendido de puro cansancio, se tendió á su lado. Quiso la casualidad fuese aquel parage el mismo donde *Robinson* había arrojado las armas; i tambien fueron ellas lo primero que sus ojos vieron al abrirse, pareciéndole aquella dicha un sueño, como todo quanto le habia pasado. Ni sabia porque estaban allí las armas, ni tampoco por qué estaba él mismo. En tanto extremo le habia embargado el terror las potencias.

Levantóse para dexar quanto antes aquel puesto, pero algo ménos aturrido, no incurrió en la imprudencia de olvidar las armas; ántes bien las recogió con firme resolucion de no volver á dexar los únicos instrumentos de su defensa. Sentíase tan débil, que le fué imposible acelerar el paso, por mas que le espoleaba el temor. En lo restante del dia



ni siquiera sintió apetito; i solo una vez se detuvo á apagar la sed en un manantial. Creia poder llegar con sol á su morada; pero no le fué dable, pues al anochecer se halló á cosa de media legua de ella en un parage que él llamaba su *campo*, i era una llanura bastante espaciosa que había destinado para apacentar parte de su ganado, siendo allí mejor la yerba que en las cercanías de su ordinaria estancia. Llamábale su *campo* por que en él había pasado varias noches del anterior verano, á fin de libertarse de una plaga de mosquitos que le molestaba en su habitacion. No bastándole las fuerzas para llegar hasta ella, se determinó á quedarse allí, no obstante lo arriesgado que era pasar la noche en medio de una dehesa sin resguardo alguno.

Rendido de fatiga i con el ánimo todavía sobresaltado, se acomodó lo mejor que pudo para descansar; pero estando aun entre duermes i vela, le sobrevino nuevo motivo de espanto que por poco no le quita la vida.

*Juan.* ¡Dios le ampare! Á cada paso tenemos un susto.



*Nicolas.* ¿I qué era?

*El Padre.* Oyó una voz que venía como del cielo, la qual le decía mui claramente: ¡Robinson! pobre Robinson! ¿Cómo has venido aquí? ¿Donde has estado?

*Ramon.* ¡Ai Dios mio! ¿Quién le hablaba allí?

*El Padre.* Levántase Robinson precipitadamente, temblando, i no sabiendo que hacerse. Oye repetir las mismas palabras; i volviendo con sumo trabajo los ojos acia el lado de donde venía la voz, halló — ¿qué os parece que halló?

*Nicolas.* ¿Quién puede saberlo?

*El Padre.* Halló lo que hallaría muchas veces un cobarde, si ántes de asustarse, exáminase con algun cuidado las mismas cosas que le amedrentan. — Halló en fin, que no tenia el menor fundamento para sobrecogerse, i que no era una voz del cielo, sino la de su amado papagayo, que estaba posado en una rama.

*Todos.* ¡Ha, ha, ha! Es gracioso chiste!

*El Padre.* Sin duda el pobre páxaro se aburrió de verse solo, i como estaba hecho á seguir á Robinson muchas de las veces que había ido á aquella dehesa, fué á



buscarle allí, i pronunció las mismas palabras que su amo le había repetido á menudo.

Siguióse al temor el gozo de haber descubierto la causa. Alarga *Robinson* la mano, llamando á *Pol*, vuela i se viene á ella el páxaro; i miéntras mutuamente se hacian tiernos agasajos; no cesaba el loro de repetir. ¡*Robinson! pobre Robinson! ¿Donde has estado?*

No por eso dexó el amo de estar inquieto i rezeloso, de modo que casi no cerró los ojos en toda la noche. Continuamente se le representaba el atroz espectáculo que le había horrorizado; i por mas esfuerzos que procuraba hacer, no podía alejarle de su fantasía. ¡A qué extremos no arrastra la imaginacion quando está herida! ¡En qué densas tinieblas no se ofusca la razon agitada de una pasion vehemente! Mil proyectos á qual mas disparatados ocurrieron á *Robinson* para precaverse en lo sucesivo. ¿Creeréis que llegó á términos de resolverse á destruir, apenas rayase el dia, todas sus obras, sin dexar ni aun vestigio de lo que tanto trabajo le había costado? Había de arra-



sar el cercado, la huerta, el bosque, el establo, abandonar sus llamas, i en suma sacrificarlo todo por atender á su propia seguridad. Quería que no quedase rastro por donde se conociese haber tocado allí manos de hombre.

*Juan.* ¿I para qué?

*El Padre.* Para que, si acaso venían los Salvajes á dar alguna vista á aquella parte de la Isla, no pudiesen conocer, ni aun siquiera barruntar, hubiese en ella habitante alguno.

Dexémoslo aquí batallando con sus sobresaltos i raras ideas, ya que no podemos aliviarse, i ahora que vamos á descansar, comparemos nuestra dicha con los riesgos de que el infeliz se considera amenazado, i demos gracias al Ser Supremo que dispuso naciésemos en un pais donde vivimos entre hombres cultos é inclinados á amarnos i socorrernos, i donde podemos entregarnos al sueño sin temer la ferocidad de Salvajes inhumanos.

*Carlitos.* Buenas noches, Papá.

*Teodora.* Viva Vm. mil años. ¡Qué divertido ha sido el cuento de esta tarde!



## TARDE DÉCIMA-QUINTA.

*El Padre.* ¡Con quanta razon se dice vulgarmente que conviene *consultar con la almohada las cosas importantes!* Robinson nos subministra un claro convencimiento de la verdad de esta máxîma.

Ya os acordaréis de las extrañas resoluciones que le sugirió su gran miedo. Mucha cuenta le tuvo diferir la execucion de ellas para la mañana siguiente; pues no bien el primer albor de la aurora dissipó las sombras de la noche, quando ya vió las cosas en diferente aspecto. Lo que la víspera consideró necesario i prudente, le pareció ya ocioso i desacertado. En una palabra, dió de mano á los proyectos dictados por la debilidad, i concibió otros dignos de que la recta razon los aprobase.

Puede servirnos de enseñanza su exemplo para que en los negocios importantes que dan espera no paseis inmediatamente de la resolucion á la execucion; sino que dexeis correr á lo ménos un dia de por medio entre esta i aquella, siem-



pre que posible sea.

Conociendo entónces *Robinson* que su pavor en el pasado trance había sido excesivo, se dixo á sí propio. Hace ya bastante tiempo que estoi aquí, i sin embargo ningun salvage se ha acercado hasta ahora á mi mansion; de lo que debo inferir que no residen Indios bravos en esta Isla. Verosímilmente viven en otra, de donde algunos pasarán á esta de quando en quando á celebrar sus victorias con tan horribles banquetes. Tambien es probable desembarquen solo en la punta meridional, i que se vuelvan despues á su residencia sin haber tenido curiosidad de internarse. Conozco que la divina Providencia quiso aportase yo cabalmente á una parte de costa que es la ménos fértil de la Isla, i en esta que parece desgraciada ha consistido mi principal seguridad.

¿Por qué no he de esperar yo que el Omnipotente me continúe su proteccion contra todos los peligros, quando hasta hoi me ha sacado tan visible i sábiamente de otros gravísimos? Con esta consideracion alentó su confianza, i se encami-



nó á la vivienda para poner en práctica los nuevos designios que acababa de formar.

*Juan.* ¿I quales eran esos?

*El Padre.* Quería tomar algunas medidas para estar mas seguro, lo qual era mui justo i acertado: pues aunque debemos ponernos en manos de la Providencia, persuadidos de que si arreglamos nuestra conducta conforme á sus leyes, nunca nos abandonará en las necesidades i conflictos, no por eso nos es licito omitir cosa alguna de quanto pueda contribuir á nuestra conservacion i bien estar. Nos ha dado Dios la racionalidad, i ha dotado nuestra alma i nuestro cuerpo de tan diversas facultades para que procuremos concurrir todas á hacernos mas seguramente felices.

Lo primero que *Robinson* dispuso fué plantar á la parte exterior i á corta distancia de la empalizada de árboles que guarnecían el recinto de su habitacion un bosque espeso que le ocultaba por todos lados, é impedía se pudiese ver desde léjos.

Con esta idea plantó sucesivamente



cerca de dos mil estacas de aquella especie de sauce que había visto prender i crecer fácil i prontamente; i con todo cuidado dexó de ponerlas en linea, evitando la simetría, para que pareciese una espesura natural, i no plantío ordenado con arte.

Luego determinó hacer un camino subterráneo desde lo interior de su gruta hasta la espalda de la montaña, á fin de tener en caso necesario una salida para escaparse, quando, por desgracia intentasen los enemigos asaltar aquel retirado asilo.

Penosa i larga era tambien esta obra; i ya conoceréis que dedicándose á ella, le fué preciso suspender la construccion de la canóa.

Para abrir este tránsito subterráneo hizo lo que los Mineros, que primero abren un pozo, i despues una galería.

*Juan.* ¿I qué es eso de galerías?

*Ramon.* ¿No lo sabes ya? Los Mineros para beneficiar una mina cavan i ahondan ante todas cosas la tierra perpendicularmente, esto es, de alto á baxo, como se practica quando se desea encontrar agua,



i á este hoyo perpendicular llaman *pozo*. Quando han llegado á cierta profundidad, empiezan á cavar horizontalmente, ó acia un lado, i á este espacio horizontal dan el nombre de *galería*. Continúan así de pozo en galería, i de galería en pozo hasta que llegan á una veta ó *filon* del metal que buscan.

*El Padre.* Mui bien explicado; pero debeis advertir que, cavando así de lado, ú horizontalmente, se desmoronaría presto la tierra, cayendo sobre los Mineros, si al paso que van adelantando, no la sostuviesen; lo qual executan con travesaños de madera que cargan sobre piés derechos. Así lo hizo *Robinson*, guiándose por la luz natural.

Iba amontonando junto á la arboleda que servía de parapeto á su morada toda la tierra que sacaba del camino subterráneo, i allí la apisonaba, hasta que levantó un terraplen de unos diez pies de altura, i ocho á lo ménos de ancho. De trecho en trecho había dexado aberturas ó troneras para que entrase la luz, i aun había dispuesto algunas escaleras para subir i baxar cómodamente, si acaso se veía



algun dia obligado á defender su fuerte desde lo alto de aquella especie de muralla.

Así quedaba al parecer bastante seguro de qualquier ataque repentino i de corta duracion. Mas si obstinado el enemigo le sitiaba, ó bloqueaba por algun tiempo; qué recurso tendria *Robinson*, aislado dentro de su fortaleza?

Considerando, pues, que no era imaginario; sino mui posible, semejante bloqueo, juzgó indispensable precaverse tambien de este peligro, para no verse algun dia reducido al estrecho de rendirse por hambre, ó morir de ella; i resolvió tener siempre en el recinto de su mansion á lo ménos una de las llamas en disposicion de dar leche, reservando allí mismo para pasto del animal cierta porcion de yerba que no se encentase sino en alguna urgencia. Determinó igualmente hacer provision de queso, frutas i ostras, que pensaba renovar diariamente, ó cada dos ó tres dias, segun fuese viendo lo que este repuesto se conservaba.

Otro proyecto le habia ocurrido; pero le fué preciso desistir de él, previen-



do que su ejecución sería mui penosa. Hubiera deseado que el agua del manantial inmediato, que formaba un arroyuelo, corriese por dentro del patio de su albergue, para no carecer de ella en caso de sitio; mas como era necesario allanar un repecho bastante largo; i esta no era obra para un hombre solo, tuvo por mas conveniente abandonar tal desig-  
 -nio; i volver á continuar la construccion de su esquite.

De esta suerte se pasaron algunos años sin haber acaecido cosa digna de con-  
 -tarse, hasta que sobrevino un rarísimo acontecimiento que influyó en la suerte de nuestro Amigo mas que todo quanto le había pasado hasta entónces en su Is-  
 -la. Voi á referiros mui por menor el su-  
 -ceso.

En la mañana de un dia claro i se-  
 -reno, trabajando *Robinson* en ahondar su canóa, observó que á lo léjos se levanta-  
 -ba un denso humo; i siguiendose la cu-  
 -riosidad al temor que le asaltó al prin-  
 -cipio, se apresuró, movido de uno i otro  
 -impulso, á subir á la cumbre de la co-  
 -lina al pie de la qual estaba su gruta,



para descubrir la verdadera causa de aquella humareda. No bien hubo llegado á lo alto, quando se quedó tan sobrecogido como consternado al ver cinco ú seis cañóas amarradas á la orilla, i unos treinta Salvages que con ridículas mudanzas i feroces gritos bailaban al rededor de una grande hoguera.

Aunque ya debía *Robinson* prometerse llegaría tarde ó temprano á ser espectador de escena semejante, con todo no faltó mucho para que el espanto le privase otra vez de sentido. Vuelto en sí, se alentó presto en esta ocasion: baxó precipitado para ponerse en estado de defensa; i ya armado, imploró con toda confianza el auxilio del cielo, hallándose firmemente resuelto á defender su vida hasta el último trance. La compasion misma le fortificó en este animoso designio i le infundió bastante serenidad i valor para subir por su escala de cuerda, i situarse de nuevo en la eminencia de la colina desde donde quería observar todos los movimientos de los enemigos.

Justamente escandalizado i lleno de indignacion; divisó claramente dos infeli-



ces, á quienes los Bárbaros llevaban arrastrando desde sus canóas acia la hoguera. Inmediatamente presumió irian á degollarlos, i no tardó en conocer que no se engañaba en ello; pues uno de aquellos monstruos (no acierto á decirlo) mató á uno de los cautivos, sobre el qual se echaron al punto otros dos, sin duda para desquartizarle i disponer su exécrable convite. Durante esta horrenda execucion permanecía el otro miserable prisionero siendo testigo de ella, i aguardando por instantes sufrir igual sacrificio. Pero quando mas afanados estaban los agresores, i el infeliz observaba la carnicería que hacían en su compañero, se aprovechó de un instante oportuno en que nadie le miraba, i esperanzado de libertarse de la muerte, se puso de repente en fuga, corriendo con increíble rapidez acia donde tenía *Robinson* su residencia.

El gozo, la confianza, el miedo i el horror se apoderan alternativamente del ánimo de nuestro *Robinson*, asomándose á su semblante ya pálido, ya encendido. Sentía no poco regocijo i esperanza al



advertir que el prisionero aventajaba mucho terreno á los que le perseguían. Entre tímido é irritado los veía encaminarse á su habitacion, sin que los separase de ella otro obstáculo que una angosta ense- nada que el desventurado fugitivo tenía que pasar á nado para no dar en manos de sus enemigos. Al llegar á la orilla se arrojó al agua sin titubear, i la atravesó con tanta velocidad como había manifes- tado en la carrera. Dos de los que le perseguían mas de cerca se echaron tam- bien á nado; i los demas Salvages se volvieron á su inhumano festejo. ¿Con qué júbilo advertía *Robinson* que aque- llos dos distaban mucho de ser tan bue- nos nadadores como el que querían al- canzar! Ya estaba este corriendo de nue- vo, quando aquellos braceaban todavía en medio de la ensenada. Aquí se infla- mó *Robinson* de un zelo i valor qual jamas los había sentido. Los ojos le cen- telleaban; el corazon le incitaba á socor- rer al desventurado. Toma su lanza, i sin dudar un punto baxa de la colina, i saliendo del bosque, se presenta entre el perseguido i los perseguidores, i á



gritos dice al que huía: Detente, detente.— Vuelve este la cara; asústase de ver á *Robinson* cubierto de pieles; creele un númen celestial; duda si postrarse á sus pies, ó huir de él. Pero *Robinson* extendiendo los brazos, le dió á entender por señas que estaba allí para defenderle; i volviéndose acia los enemigos, se puso en marcha contra ellos. Quando estuvo á tiro del primero, esfuerza su valor, hiere con la lanza al *Salvage* desnudo, i le dexa tendido en el puesto.

Estando todavía el otro á unos cien pasos de distancia, se detiene sorprendido; pone un flecha en su arco; asestála, y despídela contra *Robinson* que se le iba acercando. Dale el tiro en el pecho; mas por fortuna venía ya sin fuerza, á que se agregó haber resistido las pieles, que sirvieron de coraza, rechazando la saeta sin que *Robinson* recibiese ni la herida mas leve.

No dió tiempo nuestro Heroe á su enemigo de repetir el tiro; i acometiéndole ántes que pudiese flechar segunda vez el arco, le postra en tierra.

Vuélvese acia donde estaba el mismo



de quien era libertador, i le vé todavía inmóvil en el propio sitio entre el temor i la esperanza, dudoso de si lo que acaba de suceder contribuiría á su conservacion, ó de si le tocaba tambien morir de los terribles golpes de aquel ente desconocido. Llámale el vencedor, convidándole por señas á que se acerque á él: obedece desde luego el Indio: párase un breve rato: vuelve á andar: detiene otra vez: acércase á paso lento con un miedo declarado, i en ademan de humilde suplicante; é instado nuevamente por señas i por las mayores demostraciones de amistad, se va aproximando á su libertador, bien que postrándose á cada seis pasos para darle gracias i tributarle el debido rendimiento.

Quítase *Robinson* la máscara que traia puesta; mírale con semblante afable i humano; i entónces el *Salvage*, deponiendo todo rezelo, corre acia su bienhechor, humíllase, besa la tierra, le toma un pie, i le pone sobre su propio cuello, sin duda para manifestarle quería ser su esclavo. Pero *Robinson*, ansioso de adquirir un amigo, i no un siervo, le dió pronta i



si benignamente la mano; le levantó, i procuró acreditarle por quantos medios le ocurrieron, que debía prometerse toda la amistad imaginable.

Quedaba aun otra cosa por hacer. El primer Savage que había caído herido no lo estaba mortalmente; i volviendo en su acuerdo, empezó á arrancar algunas yerbas, i aplicarselas á la herida para restañar la sangre. Advirtiolo Robinson, i se lo hizo advertir al que tenía á su lado. Díxole este algunas palabras, i aunque no las entendió, le fueron sumamente gratas por la novedad, como que en tantos años ningun eco de voz humana había llegado á sus oídos. El Indio mirando ahora al hacha, ahora á Robinson, señalándola con el dedo, i alargando despues la mano, daba á entender que deseaba le prestase aquella arma para rematar á su enemigo. Robinson, que mui á su pesar derramaba la sangre humana, no pudo ménos de conocer la necesidad de acabar de matar al moribundo, por lo qual dió su hacha, i apartó los ojos del cruel, aunque inexcusable oficio á que se destinaba. Corre el Indio adonde yacía



el herido; i degollándole de un golpe, vuelve mostrando la fiera sonrisa de la venganza satisfecha. Luego con mil muecas i extravagantes ademanes rinde á los pies de *Robinson* como un trofeo, no solo el hacha, sino tambien la pálida i ensangrentada cabeza del vencido.

Dióle á entender por señas *Robinson* que se apoderase de los arcos i flechas de los muertos, i le siguiese. El Indio por su parte procuró tambien denotarle convenía, ántes de retirarse de allí, enterrar en la arena los dos cadáveres con el fin de evitar que si los compañeros volvian á buscarlos, pudiesen descubrir algo por aquellos fatales vestigios.

Habiendo manifestado *Robinson* aprobaba esta cautela, procedió el Indio á la execucion sin mas auxilio que las manos, i con tanta actividad, que en ménos de un cuarto de hora dexó sepultados los dos cuerpos; despues de lo qual se encaminaron á la habitacion, i subieron á la colina.

*Carlitos.* Pero diga Vm. Papá; ¿no incurrió *Robinson* en el delito de asesinato?

*Henrique.* ¡Oh! Los que acababa de matar



eran Salvages, i no importaba.

*Carlitos.* Sí; pero, al cabo, eran hombres.

*El Padre.* Sin duda que eran hombres, querido Carlitos: i fuesen Salvages, ó gente civilizada, no por eso dexaban de ser racionales. Lo que importa es saber si *Robinson* tenía derecho para quitarles la vida. ¿Qué te parece á tí Juanito?

*Juan.* Me parece que hizo bien.

*El Padre.* ¿I por qué?

*Juan.* Por que eran inhumanos, i querían degollar á un infeliz, que acaso no les había hecho ningun mal.

*El Padre.* ¿I cómo podía *Robinson* saber eso? Quizá merecía la muerte el Salvage perseguido, i nosotros ignoramos si por ventura eran aquellos algunos Ministros de Justicia autorizados por sus Superiores. Fuera de eso ¿quién había nombrado por su Juez á *Robinson*?

*Nicolas.* Pero si no los hubiese muerto, hubieran ellos descubierto donde habitaba nuestro Amigo, i despues informarían á sus compañeros.

*Ramon.* I entónces hubieran venido todos juntos, i acababan con nuestro pobre *Robinson*.



*Teodora.* I de mas á mas se le hubieran comido.

*El Padre.* El lance era apretado; i habeis dado en el hito. Debió hacer lo que hizo por su propia seguridad; no hai duda. Pero pregunto: ¿tiene uno derecho de quitar á otro la vida por conservar la suya?

*Juan.* Sí, Señor.

*El Padre.* ¿I por qué razon?

*Juan.* Por que Dios quiere que conservemos nuestra vida lo mas que podamos; i así quando alguno nos la quiera quitar, es preciso i justo impedírselo, ganándole por la mano.

*El Padre.* En eso no cabe disputa, hijos mios. La defensa de nuestro propio individuo es legítima segun todas las leyes divinas i humanas, entendiéndose solo en el caso de que nos veamos en tal estrecho que no nos quede absolutamente otro recurso de salvar la vida que el de privar de ella á un agresor injusto. Mas si, pudiendo libertarnos, bien sea por la fuga, ó bien por auxilio de otro, ó con reducir á nuestro enemigo á estado en que no le quede arbitrio de ofen-



ernos, le quitamos la vida, entónces cometerémos una muerte digna de castigarse por la Justicia como gravísimo delito.

No os olvideis jamas, queridos míos, en dar gracias á Dios de que habitamos países en que el Gobierno ha tomado tan acertadas providencias para la seguridad de nuestras personas, que entre mas de cien mil individuos rara vez acaece que uno de ellos se vea en la triste situacion de usar el derecho de una defensa sangrienta i legítima para salvar su vida.

Basta por hoi. — Mañana quando nos juntemos, veré si se me ofrece algo que contaros.



## TARDE DÉCIMA-SEXTA

*El Padre.* De qué os hablaré hoi?

*Todos.* ¡De *Robinson*, de *Robinson*!—

*El Padre.* La suerte de *Robinson* en que tanto nos interesamos, amados hijos míos, es todavía mui incierta. Subió como os dije ayer, á la colina detras de su habitacion con el *Salvage* á quien acababa de redimir, cuidadosos ambos de lo que podría sobrevenirles. Las circunstancias eran críticas i peligrosas; porque debia temerse que los *Salvages*, despues de su horrible comida, volviesen á seguir las huellas de sus dos compañeros, i los buscasen por todas partes hasta dar con ellos, i con la víctima que se les había escapado. Entónces indefectiblemente descubrían la morada de *Robinson*, i reuniendo sus fuerzas, la allanaban, i quitaban la vida á nuestro Amigo y á su nuevo Huésped.

Todas estas imaginaciones ocurrieron á *Robinson* miéntras desde lo mas alto de la colina, i detras de un árbol miraba de hito en hito á los *Salvages* que con descompasados ahullidos i bailes manifestaban el



alborozo que el abominable festín les infundía. Delibera sobre el partido que ha de tomar. ¿Si huirá? ¿Si se encerrará en su fuerte? — Elevando la consideracion al Omnipotente, Protector de la inocencia, se sintió con bastante espíritu i resolucion para abrazar este último partido. Porque no le descubran, se escurre por detrás de unas matas hasta llegar á su escala de cuerda; i diciendo por señas á su Compañero que le imite i le siga, baxan ambos prontamente.

Sorprehendióse el *Salvage* á vista de la acomodada disposicion de la vivienda de su Libertador, como que jamas se había ofrecido á sus ojos cosa mas bien ordenada. No puedo ponderaros su admiracion sino comparándola á la que experimenta un Labrador que nunca ha salido de su aldea, i de repente se halla en un palacio.

Procuró *Robinson* darle á entender lo mucho que debían rezelar del furor de aquellos Bárbaros coligados, é indicarle que si venían á acometerle, estaba determinado á defenderse hasta el último punto, i perecer ántes que entregarse. Comprehendióle el Indio; i esgrimiendo á un lado i otro repetidas veces el hacha, que



todavía tenía empuñada, volvía los furibundos ojos acia donde estaban sus Enemigos como para incitarlos á la peléa, con lo qual procuraba acreditar á su Libertador estaba pronto á defenderse valerosamente. Apláudele *Robinson* tales muestras de intrepidez, ármale con una lanza, i ademas con un arco i flechas; i le pone de centinela en una especie de tronera que había abierto en su empalizada para descubrir lo que pasaba en el campo.

Cosa de una hora despues oyeron súbitamente á lo léjos unos extraordinarios i tremendos gritos, dados por una caterva de Salvages. Prepararónse entrambos al combate, mirándose uno á otro, i con varias señas se animaron mutuamente á la mas vigorosa defensa. Cesaron los gritos;— pero no tardaron en repetirse aun mas penetrantes, mas cercanos— Siguióse un profundo silencio.— Ya se aproxíman todavía mas....

*Carlitos.* ¡Ai, Papá mio! Si vienen echo á correr.

*Henrique.* ¡Qué cobardía!

*Ramon.* No te asustes, Carlitos, que *Robinson* se defenderá. A mí no me pone en



cuidado.

*Carlitos.* Ya verás como nos le matan.

*Juan.* !Oh! ¿Si callareis?

*El Padre.* Mui cerca se oyó una voz ronca i espantosa, repetida por el eco de la colina. Ya nuestros dos valientes están en planta: ya tienen flechados los arcos; i el primer Salvage que asome, caerá herido de un tiro mortal. Mirando sin pestañear acia el parage del bosque donde había sonado la voz.... — Basta: dexemoslo aquí.... —

*Juan.* ¿I por qué se está Vm. callando tanto tiempo? —

*Nicolas.* ¿Para que nos dexa Vm. parados á lo mejor del cuento?

*El Padre.* Para daros nueva ocasion de exercitaros en el arte de vencer la vehemencia de vuestros deseos. Todos estais ansiosos é impacientes de saber el éxito de la sangrienta refriega en que parece iba á entrar *Robinson*. Si absolutamente quereis que os la relate, estoi pronto á satisfacer ese anhelo; pero veamos: ¿os convendríaís voluntariamente en esperar hasta mañana á saber el suceso? ¿Podréis sin gran repugnancia moderar vues-



tra curiosidad por ahora?... Sin embargo, será lo que quisieréis. No tengais reparo en explicaros francamente. Vaya: determinad si lo he de decir ahora, ó despues.

*Henrique.* Obedecerémos.

*Ramon.* Basta que Vm. nos lo insinúe.

*Juan.* Harto trabajo nos cuesta el vencer-  
nos.

*Nicolas.* Tendremos paciencia hasta mañana.

*Carlitos.* ¡Ah! pobre Robinson! ¡Dios le asis-  
ta! (\*)

*El Padre.* Vuestra conformidad me sirve del mayor gozo. Conversad ahora agradable i útilmente, unos continuando en trabajar por via de diversion vuestras cestitas de mimbres, ó vuestros cordones de seda; otros en trazar el dibuxo del fortin que hemos determinado construir quanto ántes en el patio grande: i espero que léjos de fastidiaros de tales ocupaciones, se os haga mui breve el tiempo que falta para la hora de cenar.

---

(\*) Han de saber los Jóvenes nuestros lectores que los Niños de quienes aquí se trata



## TARDE DÉCIMA-SEPTIMA.

*El Padre.* **D**examos ayer á *Robinson* i á su aliado hechos unos argos en observar lo que pasaba en los contornos; i no desistieron de ello hasta cerca del anocheecer; pero no habiendo divisado enemigos, ni oido el menor grito en algunas horas, les pareció mui verosímil que cansados los Salvages de sus inútiles diligencias, habrían vuelto á sus canóas, i retirádose á su Isla. Dexaron, pues, las armas, i sacó *Robinson* algo que cenar.

Como aquel dia tan señalado en la historia de nuestro Héroe era Domingo, quiso en algun modo perpetuar la memoria de él, como tambien la de los sucesos que le hacian notable, dándo al Sal-

---

*estaban ya de antemano tan hechos á vencer su inclinacion aun á las diversiones mas apetecibles, que casi nada les costaba dexarlas todas, quando se les prevenía las suspendiesen. Á los Niños que sigan su exemplo no les tendrá mala cuenta.*



vage libertado el nombre de *Domingo*.

Hasta entónces no había *Robinson* tenido lugar de mirarle con cuidado. Era un jóven de veinte años, bien dispuesto, de color tostado i reluciente, de pelo negro, largo, i no en figura de pasas como el de los negros; la nariz pequeña sin ser roma; delgados los labios, i los dientes blancos como el marfil. Traia pendientes de las orejas diferentes plumas i conchas (adorno que no estimaba en poco;) i venía enteramente desnudo.

*Robinson*, que era honesto en sumo grado, no quiso tomar alimento (aunque le apretaba el hambre) ántes de haber formado de una piel una especie de delantal con que cubrió á su nuevo húesped. Executado esto, le hizo seña de que se sentase á su ládo. *Domingo* (ya no le llamaremos de otro modo) se acerca á *Robinson*, i con todas las demostraciones imaginables de respeto i gratitud, se arrodilla delante de él, se postra, i coloca sobre el cuello el pie de su libertador, como ya lo había executado anteriormente.

Apenas cabía en el pecho á *Robinson*



el gozo de haber logrado al cabo de tanto tiempo un compañero i un amigo fiel, i bien hubiera querido acreditarle esta satisfaccion con mil muestras de cordialidad; pero ignorando el genio del Indio, creyó prudente i necesario para su propia seguridad mantenerle en cierta sujecion respetuosa, admitir sus rendimientos como debido homenaje, i en una palabra, hacer con él por algun tiempo el papel de Soberano. Así, pues, le manifestó por señas que había determinado recibirle baxo su proteccion; bien que obligándose él á obedecerle con hacer quanto le mandase, i abstenerse de aquello que él, como su Amo i Rei, le prohibiese.

Al darle esta instruccion, pronunció la palabra *Cacique*; pues se acordó por fortuna de haber oido una vez que los Salvages de América se servían de tal bocablo para denotar sus principales Xefes ó Caudillos.

Por esta voz, aun mas que por las señas con que la acompañó, comprehendió *Domingo* lo que su Amo quería expresarle; i en prueba de que aceptaba la con-



dicion que le imponía de la obediencia, repitió muchas veces en alta voz la palabra *Cacique*, indicando con un ademán la persona de *Robinson*, i echándose de nuevo á sus pies. Además, para explicar la amplitud que atribuía á la autoridad real, dió á *Robinson* la lanza, i aplicó la punta al pecho, reconociendo con demostracion semejante que su Señor tendría respecto á él un derecho absoluto de muerte i de vida. Ofrecióle *Robinson* la mano como indicio de proteccion; i le mandó volviese á tomar asiento para cenar con él. En prueba de respeto se colocó *Domingo* en el suelo, ocupando entretanto *Robinson* un banco natural de césped.

Ved aquí, hijos míos, un remedo del origen del reinar. Hombres que se aventajaban en sabiduria, en valor i en fuerzas á los demás, fueron los primeros Reyes del mundo. Los mas débiles, bien fuese para precaverse de los insultos de las fieras, que en los primitivos tiempos abundaban mas que ahora, ó bien para resguardarse de las injusticias de los hombres violentos imploraron el patrocinio



de los mas fuertes. En cambio les prometieron estarles enteramente sometidos, i contribuirles cada año cierta porcion de sus frutos i ganados, con el fin de que sus protectores, desembarazados del cuidado de procurar por sí mismos lo necesario para la propia subsistencia, se dedicasen sin distraccion á zelar la seguridad de sus súbditos. Esta anual retribucion, á que los vasallos se obligaron respecto á su Rei, se ha extendido despues baxo los nombres de *tributos*, *impuestos*, *contribuciones*, *cargas públicas*. De aquí, pues, han dimanado así la autoridad i rentas de las diferentes especies de Soberanos, como la subordinacion i correspondencia de los Vasallos.

Ya tenemos á *Robinson* verdaderamente Rei, siendo la Isla su Reino; los llamamos á los frutos, su tesoro; *Domingo*, su vasallo (vasallo único; pero apreciable;) i el papagayo, su único cortesano, aunque casi inútil. Sin embargo, Su Magestad Isleña se dignaba de familiarizarse con el nuevo súbdito en quanto se lo permitía la dignidad.

Despues de haber cenado, se sirvió el Mo-



marca de providenciar todo lo que juzgó oportuno se observase en quanto á acostarse. No era prudente que *Domingo*, que en tan breve tiempo había llegado á ser juntamente su *Vasallo*, su *primer Ministro*, su *Generalísimo*, i su *exército entero*, su *Mayordomo mayor* i *Mayordomo de semana*, su *Sumiller* i *Ayuda de cámara*, no era prudente (repito) que este hombre desconocido durmiese desde luego en la misma cámara que S. M. quien tubo por conveniente apartarle de su gruta, i enviarle á pasar la noche en el sótano; porque ¿cómo había de confiar su propia vida i el secreto del camino subterráneo á un Extrangero cuya fidelidad, todavía no experimentada, era mui dudosa? Tubo, pues, orden *Domingo* de mullirse una cama de yerba fuera de la cueva, miéntras que la Real persona de S. M. tomaba la acertada precaucion de llevarse á su alcoba todas las armas.

Despues no tubo á ménos exercer á vista de todo su pueblo el oficio mas humilde i rústico: accion quizá única en su clase, que os causará extrañeza; i dificultaríaais darme crédito, sino constase clara i expresámente en los anales del reinado de nuestro



Príncipe, donde todo el mundo ha podido verlo mucho ántes de ahora. *Robinson*, Monarca i Dueño absoluto de toda la Isla, no tubo el mas mínimo rubor de abatirse en presencia de *Domingo* á un ministerio no sé si diga servil. Fuése acercando bonitamente al rebaño que tenía encerrado en el cercado que le servía de aprisco, i con sus propias manos reales se puso á ordeñar las llamas, dando esta leccion á su primer Ministro, en quien pensaba para lo succesivo descansar de tan grave cuidado. Esta particularidad os parece graciosa, i os ha hecho reir. — Pero vamos al asunto.

*Domingo*, miraba atentamente, sin alcanzar á que se dirigía lo que estaba haciendo su Amo; por que ni á él, ni á sus estúpidos paisanos les había jamas ocurrido que la leche de los animales pudiese ser alimento tan sano como nutritivo. En su vida la había probado; pero quedó gustosísimamente sorprendido quando á instancias de *Robinson* se resolvió á llevarla á los labios.

Ambos se hallaban necesitados de descanso despues de los sustos i afanes pa-



decidos. Para conseguirlo mandó *Robinson* á su vasallo se retirase; i ántes de acostarse dió al cielo gracias por las mercedes que le había dispensado en un mismo dia, no solo librándole de tantos peligros, sino tambien proporcionándole una criatura de su especie, un compañero, i acaso un amigo.

## TARDE DÉCIMA-OCTAVA.

*Juan.* ; **Q**ue curiosidad tengo de saber lo que emprenderá ya *Robinson* con su compañero *Domingo*!

*Basilio.* Ahora que se le ha agregado un ayudante, se saldrá con muchas cosas que ántes no podía executar.

*El Padre.* Ireis conociendo, hijos míos, cada vez con mas evidencia las grandes utilidades que resultan al hombre de vivir en sociedad, i con quanta razon debemos alabar al Autor soberano que se dignó de grabar profundamente en nuestros corazones la propension á solicitar la union i amistad con nuestros semejantes.

La primera diligencia que practicó *Robinson* á la mañana siguiente fué ir con



*Domingo* á reconocer el sitio donde los Salvages habian celebrado el dia anterior su bárbaro festejo. Al paso alcanzaron á ver el parage en que yacian sepultados los dos Salvages á quienes habian muerto; i *Domingo*, llamando la atencion de su Amo, le descubrió bien á las claras un gran deseo de desenterrar los cadáveres para satisfacer su depravado apetito. Pero *Robinson* le significó con una mirada toda la indignacion i horror que le causaba tan abominable antojo, i levantando su lanza en ademan de amenaza, le denotó que le traspasaria con ella, si le acontecia volver á apetecer manjar semejante. Bien comprehendió *Domingo* lo que se le advertia; i aunque se sometió sin resistencia á la voluntad de su Amo, no alcanzaba por que se le prohibia una comida que desde niño habia usado, i que de ninguna manera le parecia repugnante.

No tardaron en llegar al parage del festin. — ¡Qué espectáculo! Empapada en sangre la tierra: huesos esparcidos.... — Vuelve á otra parte los ojos *Robinson*; i manda á *Domingo* que abra un hoyo; i



entierre aquellas feas reliquias de una atroz voracidad.

Mientras *Domingo* executaba este mandato, revolvia i escarbaba *Robinson* con sumo cuidado las cenizas, esperanzado de hallar entre ellas algun resto de fuego; pero fué inútil esta diligencia, pues estaba todo apagado: desgracia que sintió *Robinson* muchísimo, por que despues de haberle concedido el cielo don tan precioso como el de un compañero, nada le quedaba ya que anhelar sino el poder encender lumbre. *Domingo*, al verle pensativo i cabizbaxo mirando tristemente las ya frias cenizas le hizo muchas señas que *Robinson* no pudo entender. Toma el Indio entónces la resolucion de apoderarse del hacha, parte como un rayo, ocúltase en el bosque; i dexa á su Amo lleno de confusiones por no atinar qué intencion seria la que el Salvage llevaba.

Apesadumbrado, i mirándole hasta que le perdió de vista, decia *Robinson* entre sí: ¿Qué es esto? ¿Si me abandonará el ingrato? ¿Llevarse asi mi hacha! ¿Acaso llegará á tanto su perfidia que intente enseñorearse de mi vivienda para echar-



me de ella por fuerza? ¿O querrá cometer la barbarie de entregarme traidamente á sus feroces paisanos? ¿Qué horrible maldad! — Ciego de cólera, empuña su lanza, i parte en alcance del ingrato, del traidor para castigarle, i precaver sus iniquos atentados. Quando iba precipitando mas el paso, descubrió á *Domingo* que volvía á todo correr. Párase sorprendido *Robinson*; i atónito advierte que el pretenseo reo traia en el aire un puñado de yerbas secas de que salía humo, i que luego se inflamaron. Vió que, dexándolas en el suelo, acercó prontamente otras yerbas i ramas secas, con las quales levantó una clara i ardiente llama. Tan alegre como absorto conoció *Robinson* entónces el motivo de la repentina ausencia de *Domingo*; i sin poder reprimir su gozo, abrazó á este con la mayor ternura, i allá en lo interior de su corazon le pidió mil perdones de la temeraria cavilacion con que le había ofendido.

*Nicolas.* Pero ¿en donde encontraria *Domingo* ese fuego?

*El Padre.* Habiendo entrado en el bosque,



tomó dos maderos secos, que restregó uno con otro, dándose tan buena maña i tanta prisa, que al fin se encendieron. Inmediatamente los envolvió en yerbas tambien mui secas; lo cogió todo junto i llevándolo por el aire echó á correr. La rapidez de aquel movimiento soplabá el fuego, que prendió en la yerba como en una yesca, i vino á levantar llama.

*Ramon.* Me parece que *Robinson* en este lance se hizo bastante reprehensible.

*Juan.* Pues ¿en qué lo fué?

*Ramon.* En esto: en que, careciendo de suficiente indicio de la traicion del pobre *Domingo*, tuvo de él una malísima sospecha sin detenerse á reflexionar. Nunca se ha de desconfiar asi de la gente.

*Juan.* Ello era posible que sucediese lo que temia, i por lo mismo debia no descuidarse con el tal *Domingo*.

*Ramon.* Atiende. No le culpo yo de haber crejido posible alguna deslealtad de parte del salvage, ni tampoco de haber corrido tras él para impedir qualquier funesta tentativa que quizá hubiese premeditado; pues no solo era lícita, sino aun



necesaria esta precaucion con un hombre desconocido. Lo que si le afeo es el haber partido tan de ligero, no haber siquiera dudado un instante si aquella injuriosa sospecha seria, ó no fundada, i haberse dexado llevar ciegamente de la ira, sin que ni por asomo le ocurriese creer á *Domingo* libre de dañada intencion. No ha de llegar tan allá nuestra desconfianza de los demas hombres, miéntras no tengamos de antemano pruebas ciertas de su infidelidad. *En los casos dudosos, aunque es bueno preveer el mal, no hemos de inclinarnos á creer sino el bien.*

*El Padre.* Esa es una excelente máxîma. Medítadla bien, hijos mios, para seguirla en lo succesivo.

*Robinson,* como dixè, no cabia en sí de puro gozo al ver, no solo desvanecido su mal juicio, sino que habia ya vuelto á encontrar la lumbre que tan ansiosamente anhelaba, i de que por tanto tiempo habia carecido. Asi no se cansaba de contemplar el movimiento undulante de las llamas, i en fin, tomando un tizon bien encendido, se apresuró á volver con *Domingo* á su vivienda.



Hizo inmediatamente una buena lumbrada; i despues de arrimar á ella algunas patatas, corre á su rebaño, escoge, mata i desquartiza un recental, i poniendo un cuarto en el asador, manda á *Domingo* que le de vueltas.

Mientras este desempeña su incumbencia, corta *Robinson* un pedazo de pecho de llama; monda algunas patatas; quebranta i muele maiz entre dos piedras para convertirle en harina; échalo todo en uno de sus pucheros, sin olvidar la sal, con suficiente porcion de agua; i por fin pone el puchero á la lumbre.

*Teodora.* Ya se yo que queria hacer.—

Sopas.

*El Padre.* Cabalmente. Ocho años habia que no las probaba; i ya os figurareis quanto las apetecería.

Viendo estaba *Domingo* este aparato, sin acabar de comprehender qué saldria de aquello. No le era nuevo el uso de asar la carne, pero desconocia todo lo demas, ignorando hasta el efecto que debia hacer el fuego en el agua del puchero. Quando esta empezaba á hervir, se ausentó *Robinson* un momento para entrar en su



gruta, i *Domingo* entretanto observaba aquel movimiento del agua, que por no penetrar la causa, le parecia mui extraño. Creció de repente su admiracion al notar que saltaba el agua á borbotones, vertiéndose por todas partes; i se persuadió á que en el fondo de la vasija habria algun animal que ocasionaba semejante daño. Acudiendo á impedir se derramase toda el agua, metió en ella prontamente la mano para coger el animal; i dió entonces un grito tan horroroso que retumbó en todo el contorno de la habitacion.

Asustose *Robinson* al oirle; i lo primero, ó por mejor decir, lo único que le ocurrió fue que los salvages habian llegado de sorpresa, i que ya *Domingo* habria caido en sus manos. Por una parte el terror, i por otra el amor natural de la conservacion del propio individuo le instaban á evadirse por el camino oculto i subterráneo para salvar la vida; pero luego desechó este pensamiento considerando era bastardía abandonar á su vasallo, ó mas bien á su amigo. Sin mas deliberacion se dió prisa á salir de



la gruta con sus armas, resuelto á derramar, en caso necesario, hasta la última gota de sangre para sacar segunda vez á *Domingo* de poder de aquellos feroces adversarios.

*Ramon.* Asi es como yo te quiero, amigo *Robinson*.

*El Padre.* Abalánzase con el hacha en la mano.... Pero ¡qué admiracion! Halla á *Domingo* solo, gritando, pateando i haciendo gestos como un furioso. Sobreco-gido *Robinson*, se quedó inmovil sin saber que pensar; hasta que al fin, despues de varias explicaciones, apurado el caso, vino á sacar en limpio que todo aquel clamor nacia de que *Domingo* se habia escaldado la mano.

No le costó poco á su Amo sosegar-le; i para que sepais ahora lo que el mismo *Robinson* no llegó á descubrir hasta un año despues, quando ambos se hallaban ya en estado de entenderse bien uno á otro; para que sepais digo, por qué alborotó *Domingo* tanto, y por qué hizo tales contorciones, debo enteraros primero de lo que suele creer la gente rústica que no ha tenido instruccion en



su juventud, siempre que la sucede algun accidente cuya causa ignora.

Estos pobres simples creen por lo comun que algun ente invisible, ó algun espíritu, es la causa de todo aquello que no aciertan á explicar. Segun ellos, este espíritu obra siempre conforme á los mandatos de un hombre á quien está sujeto: i á las personas en quienes reside semejante poder, teniendo á sus órdenes uno ó mas espíritus, llaman *hechiceros* i *hechiceras*.

Por exemplo, si enferma una de las reses del ganado de un ignorante aldeano, sin que este conozca la causa, incurrirá en la necedad de imaginar hai en el pueblo algun *hechicero* ú *hechicera* que ha *embruja*do al animal; esto es, que le ha ocasionado aquella enfermedad por medio del *espíritu maligno*, ó dirá que le han *maleficiado*.

*Carlitos*. Sí, sí, Papá: eso es lo que decia el otro dia la *Melchora* de casa, por que de repente empezó una baca á dar menos leche de la que solia.

*El Padre*. Carlitos, procura desengañar quanto antes á esa inocente muchacha,



que ganará mucho en salir de su error.

Asi como hai mentecatos que incurren en tales supersticiones, hai tambien embusteros que convierten esta credulidad en provecho suyo propio, valiéndose manosamente de ella para estafar á los bobos, é infatuarlos mas i mas con fingirse inteligentes en la imaginaria ciencia de los *sortilegios*. Prometen á rostro firme deshacer el *encanto*, obligando al hechicero i al espíritu maligno á soltar la presa ( se entiende como se les de alguna recompesa anticipada. ) Venden á cambio de dinero efectivo palabras vanas, visages ridículos, manoteos infructuosos, i fórmulas sin substancia. Sucede que la enfermedad se pasa naturalmente; pues héte el embaidor triunfante, i el hombre crédulo á quien engañó mas dispuesto á ser en lo sucesivo víctima de semejante charlataneria. Al contrario si permanece en la enfermedad, el embelecador, valiéndose de efugios, de parola i trápala, ofuscará i atolondrará al pobre simple, que en qualquiera otra ocasion volverá mui confiado á recurrir al fingido arte.



Ademas de los *Hechiceros*, *Bruxos*, i *Encantadores*, corren por el mundo *Saludadores*, *Adivinos*, *Agoreros*, *Zahories*, i una caterva de impostores semejantes, á cuya facultad de obrar i pronosticar prodigios extraordinarios hai quien dé asenso, aun en los pueblos cultos; si bien se van ya desterrando poco á poco tales preocupaciones al paso que la ilustracion que las naciones van adquiriendo se comunica de los sabios i magistrados á los idiotas del vulgo.

Igualmente insensata es la creencia de que hai sujetos que solo con la vista hacen daño á los racionales é irracionales, teniendo en ella, segun quieren suponer, tal actividad é influxo nocivo, que *fascinan*, *aojan*, ó (lo que significa lo mismo *hacen mal de ojo* á quien miran.

No os hablaré de los *Duendes* ó *Trasgos*, que se dicen inquietan con miedos nocturnos las casas, despertando la familia, i haciendo mil travesuras i juguetes, que á veces solo exísten en la débil imaginacion i poco seso de quien todo lo cree sin exámen, i á veces son invenciones de algun picaron astuto que quie-



re reirse á costa de los amedrentados vecinos, ó pretende lograr por este medio algunos fines particulares.

Pero los que se figuran que hai todos estos entes dañinos, tambien se persuaden que hai personas dotadas de ciencia oculta que evita ó remedia algunos de los perjuicios causados por aquellos; i asi el que no duda que hai *mal de ojo*, ya tiene lo mas adelantado para no dudar que hai quien le cura, y que se conocen muy especiales preservativos contra él, como por exemplo el ridículo amuleto de la *higa* que se acostumbra poner á los niños en figura de mano cerrada, las hastas i las uñas de ciertos animales, i otras mil baratijas que adoptó la supersticiosa gentilidad, i que debe abominar todo cristiano.

Quanto mas limitado i en tinieblas tienen los hombres el entendimiento, mas propensos se hallan á esta vergonzosa credulidad; i por consiguiente inferireis que entre los salvages debe estar difundida i acreditada generalmente, atribuyendo ellos á los espíritus malos quantos sucesos adversos les sobrevienen. En



este caso se hallaba *Domingo*. Jamas habia oido decir, i menos sabido por propia experiencia, la posibilidad de hacer hervir el agua, ni tampoco habia experimentado sus efectos con probar á meter en ella la mano; por lo qual no se le alcanzó de que provendria el agudo i repentino dolor que sintió apenas tocó el agua caliente; i creyó desde luego que alli habia *sortilegio ú mágica*, i que *Robinson* era un *hechicero consumado*.

Ahora pues, hijos míos, estad sobre aviso, i no os llameis despues á engaño. Mas de una vez advertireis ciertos efectos cuyas causas no acertareis á descubrir al principio. Encontrareis charlatanes, jugadores de manos, saltimbanquis, que con sus operaciones ( ó mejor diré artimañas i embolismos ) convertiran al parecer un páxaro en un raton; cortaran por exemplo, la cabeza á una gallina, i os la enseñarán despues viva i sana; en suma, haran mil cosas de este jaez, sin que logreis saber como las han hecho, aunque no les quiteis ojo. Si entonces os viniese la tentacion de pensar que hai en ello *sortilegio*, i que aquellos hombres son



máxicos ó encantores, acordaos de *Domingo*, i no le imiteis en juzgar sobrenatural lo que es en realidad naturalísimo. Para precaveros aun mas de tal debilidad, os haremos en un rato desocupado algunos de estos juegos de habilidad, i al mismo tiempo os enseñaremos á executarlos, para que asi podais discurrir lo que serán los demas poco mas ó ménos.

Ya he dicho que costó mucho á *Robinson* aquietar á *Domingo*, i reducirle á que se restituyese á su puesto para proseguir en dar vueltas al asador. Resolvióse, por fin, á ello el Indio; pero entre horrorizado i curioso, mirando siempre el puchero, i fixando la vista en *Robinson*, á quien consideraba como criatura sobre humana, no podia dexar de respetarle, i aun temerle: opinion en que se confirmaba al observar lo blanco de la tez i lo largo de la barba de su Amo, que tanto le diferenciaban de *Domingo* i de sus paisanos; tostados i lampiños.

*Nicolas.* ¿Pues qué? ¿No tienen barbas los Salvages de América?

*El Padre.* En efecto no las tienen: i si bien



se creyó mucho tiempo que se las hubiese negado naturaleza, dicen se ha notado de poco acá que el carecer de ellas consiste en el gran cuidado que tienen de arrancarse el bozo al paso que les vá apuntando, i aun hai Naciones que hasta las cejas se arrancan.

Pero ya la sopa, las patatas i el asado estaban prontos; i por no tener cucharas con que comer aquella, la vertió *Robinson* en dos escudillas para tomarla como caldo. No hubo forma de reducir á *Domingo* á que la probase, pues no dudaba fuese algun brevage encantado, i se estremecia solo de ver que *Robinson* le tomaba con gusto; pero comió del asado i de las patatas.

Ya supondreis que estos manjares sazonados al fuego parecieron deliciosos á *Robinson*, con lo qual olvidó las pasadas aficciones i desdichas, contemplándose, no en una Isla desierta, sino trasladado repentinamente al pais mas habitado. Asi la Providencia en un instante con inesperadas satisfacciones sana las mismas llagas que abre en nosotros para nuestro mayor bien, aunque la sensacion del dolor



nos las represente como los mas incurables males. Excuso deciros que en este feliz momento se acordó *Robinson* del Autor de todas las felicidades, i le tributó las mas reverentes gracias.

Quando hubieron acabado de comer, se retiró á meditar á solas mui seriamente sobre la afortunada mudanza acaecida en su situacion. Todo quanto le rodeaba se le ofrecía con aspecto mas plácido i risueño. Ya no viviría solitario, pues tenía compañero; i aunque por entónces no podía conversar con él, bastaba la compañía de aquel hombre para consolarle en parte, i prometerle los mayores auxílios. No careciendo á la sazón, como ántes carecía, de fuego, usaría de alimentos sanos, i gratos al paladar. — ¿Quién te quitará ahora (se decía á sí propio) vivir satisfecho i sin afanes? Goza en paz de los varios beneficios que te ha dispensado el cielo. Tienes frutas en abundancia, i un rebaño para proveer mas que suficientemente tu mesa de quanto desees. Desfruta la tranquilidad i el regalo, i desquítate de las penalidades i estrecheces que has sufrido años enteros. Trabaje pa-



ra tí *Domingo*, que es mozo i robusto; i pues te debe la vida no sin riesgo de la tuya, páguete deuda de tanto valor con servirte.

Ocurrióle aquí una reflexión que trastornó todas sus idéas.—

Pero ¿qué sería (continuó; si vieses desaparecerse en un momento toda esta gran prosperidad? ¿Si *Domingo* se muere? ¿Si se vuelve á apagar el fuego?—Solo de imaginarlo le daban temblores, i se le helaba la sangre.

¿Quanto se agravaría tu desdicha (proseguía) si habituado á una vida cómoda, agradable i descansada, llegases á imposibilitarte de sobrellevar de nuevo la misma situacion dura, triste i trabajosa en que ya te has visto, i sin remedio alguno tuvieses que volver á ella!—Aquí arrojó un profundo suspiro.—

¿Á qué cosa debes tú principalmente el haberte corregido de tantas debilidades i defectos como en otro tiempo tenías? ¿Por ventura no lo debes á la vida sóbria i laboriosa que tu estrecha constitucion te ha precisado á observar? Í ahora, abandonándote á la blandura i delicadeza ¿te ha-



bías de exponer á perder la salud i las fuerzas del cuerpo i del ánimo, que con la templanza i el trabajo has adquirido? ; No lo permita Dios! — Al pronunciar estas palabras se levantó arrebatadamente, i empezó á pasearse en su patio con acelerados i desmedidos pasos. Entretanto *Domingo* recogió i guardó los relieves de la comida, i obedeciendo la orden de su amo, fué á ordeñar las llamas.

*Robinson* continuaba hablándose á sí propio. — Si desistieses de la aplicacion i frugalidad, presto olvidarías los infortunios que has sabido vencer, i la benéfica mano que te ha ayudado á salir de ellos. No tardarías en hacerte ingrato, orgulloso, i acaso impío. Pidió luego á Dios le preservase de tan grave delito; i escuchad, queridos míos, la firme i acertada resolucíon que tomó.

Para merecer (dixo) nuevos beneficios del cielo, observaré la mayor sobriedad, prefiriendo los alimentos sencillos, por mas abundantes i diversas que sean mis provisiones. Perseveraré en mis taréas con la misma constancia, aun quando sean ménos urgentes. En cada semana comeré un dia



los mismos manjares crudos con que hasta aquí me he mantenido, i pasará el último día de cada mes en la propia soledad á que me he visto reducido desde que habito esta Isla, lo qual se compondrá con enviar á *Domingo* á mi campo por todo aquel día.

Despues de haber formado tan virtuosos i recomendables designios, experimentó la dulce i pura satisfaccion, fruto seguro de los esfuerzos que hace el ánimo para llegar á lo mas perfecto; i al preveer las felices conseqüencias de estos sacrificios voluntarios, la serenidad de su semblante denotaba la deliciosa complacencia de que le rebosaba el pecho. Pero demasiado le había acreditado la experiencia lo mudable del corazon humano, para que dexase de conocer quanto importaba precaver toda inconstancia; i así juzgó oportuno fixar una señal bien notable que, puesta siempre á la vista, le recordase muchas veces al día sus loables propósitos. Á este efecto, gravó con su hacha en el peñasco que estaba encima de la entrada de su gruta estas dos palabras. *Trabajo: sobriedad.*



Quiero daros hasta mañana, hijos míos, por asunto de vuestras reflexiones la consideracion de estas instructivas circunstancias de la vida de nuestro Amigo Robinson.

Dedicaos á exâminar si entre ellas hallais alguna que imitar útilmente; i quedemos en que me habeis de comunicar vuestras ideas, i en que yo os he de participar tambien las mias.



## TARDE DÉCIMA-NONA.

*El Padre.* ¡Qué anhelo! ¡qué tropelía!  
— Ya me hago cargo de que es esta la hora en que solemos hablar de las aventuras de *Robinson*. Mui afanados he advertido á ustedes hoi, caballeros, i se ha cuchucheado bravamente. Sin duda trahemos entre manos algun proyecto importante.— Pero mirad que me estais incomodando. Vaya, no os acerqueis tanto á mí.— Dexadme subir en este alto.— Ahora, pues, ¿de qué se trata?

*Todos.* Suplicamos á Vm.— Querido Papá, suplicamos....

*El Padre.* ¿Qué cosa?

*Todos á un tiempo.* Quisieramos....— Yo deseo....— Si Vm. nos permitiera....—

*El Padre.* Chiton. No nos entenderémos si hablais todos á un tiempo. Explíquese uno despues de otro. Empezá tú, Henrique.

*Henrique.* Yo, i Nicolas, i Juan rogamos á Vm. nos permita no comer mañana á medio-dia.

*Ramon.* I Basilio, i Carlitos, i yo no almor-



zar sino pan seco, i no cenar cosa alguna.

*El Padre.* ¿Por qué?

*Juan.* Quisieramos nosotros tambien aprender á vencernos como *Robinson*.

*Nicolas.* I acostumbrarnos á sufrir algo el hambre, para sentirla ménos quando tengamos que padecerla.

*Ramon.* Sí, i ademas nos alegrariamos de que se nos permitiese no acostarnos mañana á la noche, i pasarla en vela.

*El Padre.* ¿I á qué fin?

*Ramon.* Mire Vm. — Alguna vez podrá llegar el caso de trasnochar; i entónces se nos hará mas cuesta arriba.

*El Padre.* Mucho me alegro, hijos míos, de que conozcais quanto conviene privaros de intento una ú otra vez de algunas cosas gratas, para aprender á sobrellevar mas fácilmente la privacion forzada de ellas. Así se fortifican á un tiempo el cuerpo i el ánimo. Por esto os concedo lo que me pedís; pero con condicion de que lo habeis de executar voluntaria i alegremente; i de que si acaso os parece mui difícil, lo direis con franqueza.

*Todos.* ¡Oh! no.... — No nos será mui di-



ficil.

*El Padre.* Vaya en-hora-buena. Pero ¿qué? ¿Me he de quedar yo en zaga? Atended. Bien sabeis que desde mis primeros años me dexaron acostumbrar á cosas harto perjudiciales, que para mí se han convertido ya en otras tantas necesidades, aunque todas imaginarias. Me hicieron tomar té i café, i me dexaron beber vino i otros licores. Insensiblemente me he habituado á fumar cigarros i tomar tabaco de polvo. Ahora, pues, todas estas superfluidades, usadas diariamente, debilitan el cuerpo, i nos sujetan á tan continuas necesidades que á cada instante echamos ménos alguna cosa cuya privacion nos incomoda, i aun nos hace padecer, pues suelen acometerme dolores de cabeza á que probablemente no estaria expuesto si desde mi juventud me hubiese abstenido de bebidas cálidas. Estas consideraciones i el exemplo de *Robinson* me determinan á renunciar al uso freqüente de todo esto. Así desde mañana vereis como empiezo á poner tasa en vino, licores, té i café, hasta acostumbrarme á no beberlos sino mui de tarde en tarde,



ó en dias i años de ciertas personas, i en otras celebridades, i siempre con moderacion.

Habiendo radicado en mí la edad progresivamente estos habituales apetitos, se me hará duro reprimirlos; pero quanto mayores sean las dificultades, mayor será tambien la satisfaccion que me resulte de vencerlas. Las gentes glosarán esto de varias maneras. (\*) Ese hombre quiere singularizarse (dirán unos) i hacerse un remedador de Diógenes, que se privaba de todo aquello que no era absolutamente necesario para la conservacion de la vida. Es un hipocondriaco (dirán

---

(\*) ¿Si se verificará este proposito? (dixeron algunas gentes, meneando la cabeza, quando oyeron hablar de todas estas resoluciones.) Se verificará en efecto (replicó el Padre:) i la experiencia acreditó que tenia razon. Cada individuo de la familia ganó en robustez á proporcion de lo mas ó ménos que observó el género de vida mas conforme á la sencilla Naturaleza. (Nota del Autor añadida en la segunda Edicion Alemana.)



otros) que se complace en atormentarse á sí propio. — Compadezcámoslos. — Quando se trata de una cosa inocente, legitima i útil, no hai que titubear, hijos mios: hagamosla sin detenernos á inquirir lo que pueda decirse en contra. Dexamos á los demas hablar como se les antoje, i practiquemos con entereza lo que dicte la razon. No faltará quien me pronostique alguna enfermedad solo por que intento salir del estado de enfermo de cuerpo i ánimo; pero creed que quando uno tiene valor para volver á seguir la senda de la naturaleza, no ha de consultar indistintamente á todos; por que los mas van desviados de ella.

Me ha parecido oportuno insistir en este punto, para aseguraros que qualquiera es capaz de vencerse á sí mismo, quando lo emprende de veras; i que no hai hábito tan inveterado que no podamos desechar, si nos dedicamos seriamente á conseguirlo.

Así, pues, quedamos convenidos en que cada uno de nosotros pondrá en execucion lo que voluntariamente ha determinado. I ahora volvamos á nuestro *Robinson*.



Desde su llegada á la Isla no se habia hallado en tan feliz situacion como la que entonces gozaba, sin que le quedase más sobresalto que el temor de que volviesen presto los salvages á buscar á sus dos compañeros, lo qual verosímilmente le expondria á otra sangrienta refriega. Estremecióse al contemplar podia verse de nuevo reducido á la sensible alternativa de verter la sangre humana, ó de sufrir cruel muerte.

El caso le constituia en precision de atender á su seguridad, poniendose en estado de defensa. Mucho tiempo habia que anhelaba fortificar mas su habitacion; i mientras permaneció solo, juzgó imposible llevar á efecto semejante designio, pero teniendo ya compañía, le pareció debia emprender la obra. Subió, pues, á lo alto de la colina para formar el plan de fortificacion; i no tardó mucho en trazarle, por que desde allí registraba de una mirada todo el terreno. Ideó abrir al rededor de su vivienda por la parte de afuera de la cerca de árboles un fosso ancho i profundo, cuya orilla interior iria guarnecida de una fuerte estacada.



*Carlitos.* ¿Qué es estacada?

*Juan.* Poca memoria tienes. — Las estacadas son puntiagudas que Papá hincó en tierra una junto á otra al rededor de un rebellin de nuestro fuerte. La fila de todas ellas forma una estacada.

*Carlitos.* ¡Ai! es verdad... — Oigamos.

*El Padre.* Concibió el pensamiento de dividir en dos brazos el arroyo inmediato, de los quales el uno fluiria en el foso, i el otro atravesaria el patio para que en caso de sitio no le faltase agua.

No era fácil dar á entender por señas á *Domingo* todo este proyecto; pero apenas llegó á comprehender algo, quando fué corriendo á la orilla del mar, i volvió cargado de conchas grandes i de piedras chatas i cortantes, á propósito para usar de ellas como herramientas con que profundizar la tierra. Entrambos pusieron luego manos á la obra.

Ya os figurareis que no era corta empresa la que intentaban, puesto que para que el foso correspondiese algun tanto al propuesto fin debia tener á lo ménos seis pies de profundidad, ocho de ancho, i de largo como de ochenta á cien pasos.



¡Haber de trabajar sin tener para ello ni pico, ni pala, ni instrumento alguno de hierro! ¡Considerad qué apuro! Además se necesitaban al pie de quatrocientas estacas. Cortarlas, formarlas, solo con una hacha de piedra, era empeño mui árduo; i para colmo de tantas dificultades, no habia forma de dirigir el arroyo al fosso, si antes no se habria un canal que en cierto parage habia de pasar por debajo de un otero; i por consiguiente se hacia indispensable penetrar este de parte á parte socavandole.

Ni el conjunto de tales obstáculos bastó para retraher á nuestro Amigo de la determinacion ya tomada, pues con la vida sóbria i laboriosa habia adquirido para semejantes fatigas aquel valor de que carecen los hombres criados en el ocio i estragados por el deleite i continuo regalo. *Con Dios i con perseverancia:* esta era la sentencia, esta la invocacion que pronunciaba siempre que emprendia alguna maniobra penosa i de larga execucion: i bien sabeis que quando llegaba á resolverse, nunca desmayaba hasta llevar al cabo su intento.



Así lo acreditó en esta ocasión, trabajando él i *Domingo* diariamente de sol á sol con tanto gusto como eficacia; i no puede creerse lo que así adelantaron, en medio de hallarse destituidos de instrumentos adecuados.

La fortuna fué que en dos meses consecutivos no se dexaron ver los salvages, pues el viento contrario que reinaba les había impedido pasar á la Isla de *Robinson*, el qual, durante aquella temporada, pudo entregarse á su taréa sin necesidad de tomar precauciones contra qualquier acontecimiento.

Al paso que trabajaba, iba poco á poco enseñando el aleman á *Domingo*, con quien deseaba explicarse en esta lengua; i puso el discípulo por su parte tanto cuidado, que en breve tiempo hizo mas que medianos progresos. Seguía para ello *Robinson* cabalmente el mismo método con que os voi enseñando el latin i el francés. Siempre que era dable, le presentaba á la vista el objeto, i pronunciaba con toda claridad el nombre ó palabra que le significaba; pero quando las cosas eran de aquellas que no se podían ofrecer á la



vista, acompañaba el vocablo con ademanes tan expresivos, que no podía *Domingo* equivocarse, i aprendió de este modo en ménos de seis meses lo bastante para explicarse razonablemente en aleman.

¡Quanto subió de punto con esto la dicha de nuestro *Robinson*, que hasta allí habia vivido con *Domingo* como con un mudo! De aqui adelante podrán comunicarse mutuamente sus pensamientos, i llegar á ser amigos. Vease qué frívola habria sido hasta entónces la complacencia que hallaba *Robinson* en la charla insubstancial de su papagayo, comparada con la satisfaccion real i efectiva que á la sazón experimentaba.

Al paso que iba tratando á *Domingo*, descubría el candor i franqueza de este jóven, i especialmente la lealtad i amor á su Amo, i por lo mismo le iba tambien cobrando cada dia mayor inclinacion, de que le daba claras muestras con admitirle de noche sin el menor rezelo á dormir en su gruta.

En ménos de dos meses acabaron la obra del foso, viéndose en estado de no temer á los salvages, i aun de rechazar-



los en caso de invasion; pues ántes que alguno de ellos pudiese salvar el foso i la estacada, sería fácil á los dos sitiados traspasarle á lanzadas ó á flechazos; con lo qual juzgaron haber ocurrido suficiente-mente á su propia seguridad.

Hallándose un dia *Robinson* i *Domingo* cerca de la orilla del mar en una altura, desde donde podían tender la vista por el piélago, divisaron algunas islas que se manifestaban á lo léjos como una nube. Fixó *Domingo* acia aquella parte los ojos, empezando de repente á dar brincos i saltos, á deshacerse con movimientos i gestos tan descompasados i extravagantes, que *Robinson* temió le hubiese sobrevenido alguna súbita demencia. ¡Ánimo! ¡ánimo! (exclamó, continuando siempre en agitarse.) Preguntóle su Amo la causa de aquellos extremos; i él, casi sin poder hablar de gozo, le respondió con voz mal articulada. *Aquella es mi tierra; allí está mi Nacion.* Su semblante, ojos i ademanes denotaban el amor de la patria i el ansia de volver á verla: lo qual no agradó mucho á nuestro europeo; pues aunque era tan loable aquella propension, como



que acreditaba que *Domingo* amaba su patria, amigos i parientes, temía *Robinson* llegase á abandonarle, i volverse al pais nativo, siempre que se le proporcionase coyuntura favorable. Para salir de dudas quiso apurar sus intenciones, i trabó con él la siguiente conversacion, que os dará á conocer el recomendable carácter de *Domingo*.

*Robinson* ¿Con qué tendrías ganas de volver á ver á tus paisanos?

*Domingo*. Si, por cierto: mucho me alegraría de verlos.

*Robinson*. ¡Aun quizá desearias volver á comer con ellos carne humana.

*Domingo*. Eso no; antes bien les enseñaria á no ser tan feroces, á alimentarse de leche i carne de animales, i sobre todo á abstenerse de la de hombres.

*Robinson*. ¿Í si te comian á tí?

*Domingo*. No harán tal.

*Robinson*. Con todo, á muchos han comido ya, i á otros muchos comerán todavia.

*Domingo*. Si; pero solo á sus enemigos.

*Robinson*. ¿Acertarias tu á hacer una canóa para pasar allá?

*Domingo*. Sin duda.



*Robinson.* Pues bien: hazla, i parte quando gustes. — ¡Como! ¿Baxas los ojos? ¿Qué tienes? ¿Porqué te entristeces?

*Domingo.* ¿Qué ha de ser? — Que mi querido Amo está enojado.

*Robinson.* ¿Enojado?

*Domingo.* Si; porque quiere despedirme.

*Robinson.* Pues ¿no anhelabas ahora estar en tu patria?

*Domingo.* Así es; pero no yendo mi Amo conmigo; tampoco quiero ir allá.

*Robinson.* Tu nacion me reputaría como enemigo, i me devoraría. Mejor será que te vayas solo. — Pero ¿qué haces? ¿Porqué me has quitado el hacha de la cinta, i me la has puesto en la mano? ¿Porqué inclinas la cabeza, i me ofreces el cuello? ¿Qué quieres que haga?

*Domingo.* Que me mates. Antes quiero morir que verme despedido.

Al decir estas palabras vertía un torrente de lágrimas.

Enternecido *Robinson*, le abrazó diciéndole. Tranquilízate, querido *Domingo*; es mucho lo que te amo para desear separarte de mí. Lo que decía era solo por experimentarte, i descubrir si



tu amistad era igual á la mia. Estas lágrimas de gozo i de ternura, que me ves derramar, salen por fiadoras de mi sincero afecto. Ven acá: recibe este nuevo abrazo; enxuguemos nuestro llanto, i no nos separemos jamas.

Para distraher á su fiel *Domingo* del pesar que acababa de ocasionarle, volvió á hablarle de la canóa, haciéndole varias preguntas acerca de ella. Oidas sus respuestas, le tomó de la mano, i le conduxo á que viese la barca que algunos años antes habia empezado. Reconociéndola *Domingo*, se sonrió al hallar tan poco adelantada la obra respecto al tiempo empleado en ella; pues apenas estaba ahondada la tercera parte del tronco. Preguntóle *Robinson* qué era lo que desaprobaba; i *Domingo* le replicó que advertía mucho tiempo perdido, i mucho trabajo desperdiciado, i que un árbol como aquel se podía ahuecar mejor, i en pocos dias, con el auxilio del fuego. Al oir esto *Robinson*, se enagenó de gozo: ya veía acabada la canóa; ya bogaba en alta mar; ya, despues de una navegacion feliz, llegaba al conti-



nente; ya conversaba con europeos. ¡Qué halagüeñas ideas! — Quedaron en que se daría principio á la taréa el dia siguiente al amanecer.

*Teodora.* ¡Eh! Presto se nos va á acabar la diversion.

*El Padre.* ¿En qué te fundas?

*Teodora.* Quanto tenga *Robinson* un barquito, poco tardará en hacerse á la vela; i en volviendo por acá, ya no tendrá *Papá* historias tuyas que contarnos.

*El Padre.* ¿Í qué? ¿No renunciarias de buena gana este gusto, á trueque de que lograse nuestro pobre amigo el alivio de los males que padece en su Isla desierta.

*Teodora.* ¡Ah, sí! No habia caido en ello.

*El Padre.* Por otra parte ¿quién sabe lo que podrá sobrevenir, i si por ventura se verá precisado á suspender la construcción del batel, ó su partida? Todo lo venidero es incierto; pues suceden tales acasos que mui freqüentemente salen errados nuestros juicios, i malogradas las mas sólidas esperanzas. Toda persona cuerda rezela tales vaivenes de la suerte, viviendo prevenida para quanto pueda ocur-



rir.

Así lo práctico *Robinson*, como tan experimentado en lo que son contingencias i adversidades, i aunque el mas ardiente de sus deseos era el de volver á su patria, se contentaba por entonces con figurarse como posible esta dicha, confiando que, si le era conveniente, ya se la facilitaria la suma Providencia; pero siempre resignado con lo que esta dispusiese. Discurriendo así, se restituyó á su mansion;—i ya es hora de que nosotros nos retiremos también á la nuestra.



## TARDE VIGESIMA.

*El Padre.* Ahora bien, hijos míos: me parece estais todos de buen humor, en medio de haber cada uno cumplido fielmente la determinacion que ayer tomó de abstenerse hoi de una comida. Decidme con franqueza ¿cómo os sentis?

*Todos.* Mui bien. — Mui bien.

*El Padre.* Ya veis que no solo estoi vivo; sino que no me hallo indispuerto, aunque en todo el dia no he usado de otra bebida que agua i leche.

*Nicolas.* Si fuera menester, aun ayunaria yo mas tiempo.

*Todos.* Tambien yo. — Yo tambien. — Es una friolera.

*El Padre.* Tampoco es del caso tanta abstinencia, i aun podria perjudicaros á la salud. Pero, si quereis, os propondré otra clase de ejercicios que os serán mui útiles.

*Todos.* Sí, Papá. — Sí, Papá.

*El Padre.* Cada uno de vosotros ha hecho hoi bastante, principalmente habiéndose obligado á pasar una noche sin dor-



mir. Pero de aqui adelante deseareis trabajar no solo en fortificaros el cuerpo, sino tambien en dar elevacion al alma para distinguiros entre los hombres, i haceros capaces de contribuir eficazmente á la dicha de vuestros semejantes, i de fabricaros por este medio vuestra felicidad propia. Voi á proponeros el plan que hemos de seguir.

Para instruiros é instruirme, os leeré varias obras de los antiguos sabios, en cuya escuela se formaron aquellos hombres ilustres que tanta admiracion os han causado quando he recorrido con vosotros diversos pasages de la historia antigua. Sacaré, pues, de dichas obras, i escribiré cada semana en una tabla cubierta de papel uno de los útiles preceptos ó documentos que dieron muchos prudentes filósofos á sus discípulos, i os le explicaré, declarandoos como podreis en el discurso de la semana exercitaros con método sencillo i grato en la práctica del mismo precepto. Mas no os prometais conseguirlo sin que de quando en quando os cueste algunos sacrificios; pues á veces tendreis que armaros de paciencia para care-



cer de ciertas diversiones que os gustan con preferencia, i á veces habreis de sujetaros á cosas harto desagradables. ¿Cómo á de ser? No hai otros medios seguros de adquirir poco á poco aquel espíritu varonil que necesitamos para dominar nuestras desarregladas inclinaciones, i conservar firmeza de ánimo en toda especie de contratiempos i peligros. Por lo que á mi toca, como ya he dexado de ser mozo, no me ceñiré meramente á enseñaros el camino, ántes, para serviros de guia, le emprenderé, por mas arduo que parezca. En suma, no os aconsejaré cosa alguna deque al mismo tiempo no os dé el exemplo. ¿Qué tal os parece la proposicion?

**Todos.** Mui bien. — La aceptamos. — Con mucho gusto. (\*)

---

(\*) *En una nota añadida en la segunda edicion del original Aleman de la presente obra cita su Autor una prueba de los buenos efectos de este método de educar niños i jóvenes, acompañando las instrucciones saludables con el exercicio práctico, i haciendolos*



*El Padre.* Pues, hijos míos, empezaremos en breve; i volvamos ahora á nuestro *Robinson*.

Lo que ayer os anuncié como cosa posible, fué lo que en efecto sucedió.

*Teodora.* ¿I qué sucedió?

*El Padre.* Os decia que en los negocios de la vida suelen frustrarse de improviso las mas fundadas esperanzas; i así, por mas verosímil é inmediata que pareciese la partida de *Robinson* de su Isla, podria quizá sobrevenir algun obstáculo que le obligase á mantenerse en ella mas tiempo, obstá-

*acostumbrar á vencerse á sí mismos, primero en cosas leves, i progresivamente en otras de entidad, hasta que lleguen á adquirir valor i firmeza para acomodarse á todo. Asegura pues, el Señor Campe que, estando para mudar la dentadura algunos de los niños á quienes educaba, i habiendoles persuadido seria conveniente sacarles las muelas i dientes dañados, se sujetaron á esta dolorosa operacion tan voluntaria i alegremente, que, maravillado el dentista, declaró no haber visto jamas, ni aun en hombres hechos, tanta serenidad i resistencia.*



culo que se verificó al siguiente día.

En él empezaron las grandes lluvias, que, según había observado *Robinson* desde que habitaba en la Isla, se experimentaban constantemente dos veces al año; i siempre al tiempo de los equinoccios.

*Carlitos.* ¿I los equinoccios qué son?

*Basilio.* Los dos tiempos del año en que por toda la tierra son iguales las noches i los días.

*El Padre.* En la estación lluviosa, que por lo regular duraba de uno á dos meses, no se podía executar al descubierto obra alguna: tal era la violencia i la continuación de los aguaceros. Asimismo había notado *Robinson* á costa suya, que nada perjudicaba tanto á la salud en aquel clima como arriesgarse á salir i mojarse entonces. No hubo remedio: fué preciso suspender la construcción de la canóa, i buscar ocupación sin salir de la vivienda.

¡Qué feliz recurso para *Robinson* en aquellos días de lluvia, i en aquellas largas i obscurísimas noches tener fuego i luz, i poseer un amigo con quien, mientras ambos trabajaban, podía hablar confidencialmente i divertir sus melancolias!



Antes pasaba las tristes noches solo, mano sobre mano i en tinieblas; quando á la sazón, sentado con *Domingo*, ya se ocupaba en algo, ya conversaba con otro racional, i no le agobiaba el intolerable peso del fastidioso aburrimiento.

Por medio de *Domingo* se enteró de quantos arbitrios usaban los salvages para proporcionarse algunas conveniencias; i por su parte *Robinson* le enseñó mil cosas que ni por imaginacion habían llegado á noticia de los salvages. Asi acrecentaron ambos el caudal de sus nociones é industria; i con los mutuos auxilios de su respectiva capacidad pudieron executar varias obritas, impracticable para el uno i el otro, si hubiesen estado solos. Quedaron entónces íntimamente persuadidos de la utilidad que resulta á los hombres de vivir unidos, i dependientes unos de otros mediante los vínculos de la sociedad i del amor de sus semejantes, prefiriendo esto á andar errantes i dispersos cada uno por su lado sobre la faz de la tierra como las fieras.

Con cortezas estoposas de varias plantas sabia *Domingo* hacer esteras de texi-



do bastante fino i apretado para formar una especie de tela á proposito para vestidos, i habiendose impuesto *Robinson* en el modo de fabricarla, ayudó á su compañero hasta hacer suficiente provision de aquellas esteras para vestirse ambos. ¡Quánta complacencia tuvo *Robinson* en poder al fin dexar el trage incómodo de pieles sin curtir, con que hasta entónces se habia visto necesitado á cubrir su desnudez!

Tenia *Domingo* ademas la habilidad de hacer con la estopa de la cáscara exterior del coco, i con las cortezas de otras plantas semejantes al lino, cuerdas mui superiores á las que *Robinson* habia fabricado anteriormente; i poseia un método particular de hacer redes de hilo: agradable entretenimiento en que pasaron sin sentir muchas noches, que de otro modo les hubieran parecido interminables.

Entre estas ocupaciones sedentarias procuraba *Robinson* dedicarse á disipar las tinieblas del entendimiento de su amigo, i sobre todo á insinuarle poco á poco las verdaderas i sublimes ideas de la divinidad. Fácilmente podreis comprehender en



qué ignorancia i en qué errores crasos se hallaba *Domingo* por lo tocante á la Religion, si atendeis al dialogo siguiente entre él i su Amo.

*Robinson.* Dime, amigo *Domingo*: ¿sabes quien crió el cielo, la tierra, el mar, i los animales, i nos crió á tí, á mí, i á todos los hombres?

*Domingo.* ¡¿cómo que lo sé! El *Tupan* es quien crió todo eso.

*Robinson.* ¿Quién es el *Tupan*?

*Domingo.* El que produce el trueno.

*Robinson.* Pero ¿ese que produce el trueno quién es?

*Domingo.* Es un anciano antiquísimo que vivía antes de todas las cosas: Es mas antiguo que el sol, luna i estrellas. Todas las criaturas le dicen O! (con lo qual quería *Domingo* significar que todos los entes le invocaban.)

*Robinson.* ¿Adonde van tus paisanos quando mueren?

*Domingo.* Van acia donde está el *Tupan*.

*Robinson.* ¿Í el *Tupan* donde está?

*Domingo.* Reside en montañas mui encumbradas.

*Robinson.* ¿Hai por ventura algun hombre



que le haya visto en lo elevado de esas montañas?

*Domingo.* Solamente los *Ovokakéis* (es á saber los Sacerdotes) gozan la prerrogativa de subir hasta él. Dícenle O! i despues nos refieren lo que él les ha dicho.

*Robinson.* ¿Gozan alguna felicidad los que despues de la muerte van á permanecer cerca de él?

*Domingo.* Si, ciertamente, siempre que hayan muerto i devorado á muchos de sus enemigos.

Estremecióse *Robinson* al oír opiniones tan erróneas como bárbaras; i desde entonces se dedicó seriamente á dar á *Domingo* idéas racionales i sanas no menos de la Divinidad que de la vida futura. Enseñole que Dios es un ser infinitamente bueno, sabio i poderoso, que lo ha criado todo, que gobierna i conserva todas las cosas; que ni ha tenido principio, ni tendrá fin; que está presente en todas partes; que conoce nuestros mas ocultos pensamientos, oye todas nuestras palabras, i vé todas nuestras acciones; que se complace en el bien, i aborrece el mal; i que no quiere hacer bienaventurados en



la otra vida á otros que á los que se aplican de todo corazon i con todas sus fuerzas á ser cada dia mejores.

Escuchaba *Domingo* con respetuosa atencion estas consolatorias lecciones, estampándolas profundamente en la memoria: i como el zelo del Maestro en comunicar la instruccion competía con el deseo del discípulo en adquirirla, no tardó éste en convencerse de las principales verdades de la Religion, á lo menos en quanto alcanzó aquel á explicarselas. Desde entonces se contempló *Domingo* afortunado en haber sido conducido de su patria á la Isla donde se hallaba, i no dexó de hacer tambien la reflexion de que la divina Providencia le habia mirado con ojos misericordiosos quando dispuso diese en manos de sus enemigos: puesto que, á no ser por tal acaecimiento, nunca hubiera conocido á *Robinson*; i por consiguiente hubiera ignorado lo que debía creer á cerca del Ser infinitamente bueno i poderoso.

En lo succesivo cuidó siempre *Robinson* de hacer su oracion diaria en presencia de *Domingo*; i sería espectáculo mui



tierno ver con quanta alegría iba éste repitiendo las palabras de la humilde deprecacion de su Amo. En aquel género de vida eran ambos los mas felices que podian ser dos hombres enteramente separados del resto del linage humano.

Pasaron la melancólica temporada de las lluvias sin experimentar el menor tedio ni displicencia; i aclarando ya el cielo, aplacados los vientos, i desvanecidas las tempetuosas nubes, volvian *Robinson* i su compañero á respirar el aire suave i templado de la primavera, que les restauró las fuerzas: con lo qual se entregaron gozosos á la importante tarea que antes del temporal habian proyectado.

*Domingo*, como maestro carpintero de ribera, ahondó el tronco; valiendose del fuego. Este medio era tan eficaz i tan ejecutivo, que, por no haber dado en él desde luego, se creia *Robinson* el hombre mas rudo; pero se consolaba diciendose á si propio: i quando este arbitrio me hubiese ocurrido ¿habria yo podido ponerle en práctica, careciendo; como carecia, de fuego?

Omitiré especificaros los progresos dia-



rios de la obra, ya que la individual relacion de ella poco ó nada os ha de interesar ni instruir; i me ceñiré á deciros que esta barca que *Robinson*, estando solo, dificilmente hubiera construido en muchos años, se concluyó del todo con el auxilio de *Domingo* en dos meses. Unicamente faltaban una vela, que *Domingo* tomó por su cuenta, i los remos, que *Robinson* se encargó de labrar.

*Nicolas.* ¿I cómo podia hacer la vela, sino tenia lienzo?

*El Padre.* Es positivo que no sabia texerle, i que ni ménos tenia telar para ello; pero ya os dixe poseia la habilidad de hacer con cortezas de plantas ciertas esteras de que se valen los salvages en vez de lona, ú otro lienzo para velamen.

Ambos remataron su taréa casi al mismo tiempo. *Robinson* la de los remos, i *Domingo* la de la vela, i pronto ya el barco en el astillero, solo faltaba botarle al agua.

*Carlitos.* ¿I qué viene á ser eso?

*El Padre.* ¿Nunca has visto en la orilla del *Albis* como se echa al rio un navio nuevo?



*Carlitos.* Sí, sí: algo de eso he visto.

*El Padre.* Habras reparado que primero se construye la embarcacion en un tablado cóncavo, que es el *astillero*, descansando en los maderos llamados *picaderos*. Despues, quitados los *puntales* ó *escoras*, que mantienen el buque en la *grada*, resbala este sobre las *aimadas*, en que cargan ciertas vigas untadas de sebo, que llaman *anguilas*, sirviendo de basa en que estriban los puntales que por uno i otro lado sostienen el baxel para que no se incline á ninguna banda, i salga felizmente al agua. Pues esto es lo que se llama *echar* ó *botar al agua* un navio.

Por desgracia distaba de la orilla del mar unos mil pasos el parage donde se habia construido el barco, i ocurría la dificultad de conducirlo desde tan léjos. Tratabase de si le habian de llevar á hombros, arrastrarle ó llevarle rodando; i todas tres cosas eran impracticables á causa del excesivo peso del esquife. Quedaronse perplexos é indecisos sin saber como salir del apuro.

*Basilio.* Pues ¿tenia mas *Robinson* que hacer unas palancas á manera de aquellas con



que, sin ayuda de nadie, sacó fuera de su gruta dos crecidos peñascos?

*El Padre.* No habia echado en olvido el buen uso que podia hacer de un instrumento tan sencillo; i por tanto recurrió á él en esta ocasion; pero era tan lento el efecto de aquella máquina, que calculó necesitaria un mes entero para llevar la canoa hasta la orilla del mar. Por fortuna se acordó de otro medio no ménos sencillo, de que se valen en Europa varios obreros para conducir las cosas mas pesadas: quiero decir los *rodillos*.

*Henrique.* ¿Qué es *rodillo*?

*El Padre.* Es un pedazo de madera largo i redondo que por su misma redondez fácilmente rueda, i admite un movimiento progresivo. Colocanse estos rodillos debaxo de las moles ó cargas que se intenta llevar de una á otra parte. Empújase luego la carga, i cede sin gran resistencia, adelantándose acia el parage adonde la dirigen sobre los rodillos, que ruedan debaxo i como por sí propios.

No bien hubo *Robinson* probado este método, quando recibió la mayor complacencia al notar con que facilidad i



prontitud hacia caminar el barco; i no tardó dos dias, en verle ya botado al agua, con la satisfaccion de advertir era mui á proposito para navegar.

Solo faltaba ya llevar á bordo las provisiones de boca que cupiesen en la canoa, i embarcarse para hacer el viage que anhelaban ambos. Pero ¿adonde habian de ir?

Los deseos de *Domingo* eran de dirigirse á la Isla su patria; pero los de *Robinson* le llamaban acia el Continente, ó Tierra-firme de América, donde esperaba encontrar españoles, ú otros europeos. La Isla de *Domingo* solo distaba quatro millas, i el Continente se hallaba á doce ó quince. Si desde luego arribaban á la Isla, se alejaban de este algunas millas mas, aumentando asi los riesgos de la navegacion, en la qual escasamente poseia *Domingo* la práctica indispensable para bogar acia su Isla, i ninguna para conducir la embarcacion á Tierra-firme, al paso que *Robinson* ni aun alcanzaba tanto, por no haber navegado jamas en aquellos mares.

Finalmente las incertidumbres de Ro-



*binson* cedieron al ardiente deseo que le asistia de buscar hombres civilizados: i asi, á pesar de los inconvenientes, i de las instancias de *Domingo*, se decretó que en la mañana del dia siguiente se dispondria la partida, i al primer viento favorable se harian á la vela baxo el divino amparo, encaminandose acia donde *Domingo* creia encontrarían las mas cercanas costas del Continente.

Pero ya es tiempo de que tambien hagamos nosotros nuestros preparativos; no para navegar, pero si para velar esta noche, segun el propósito que con tanta valentía habeis formado.

Vámonos todos á nuestra especie de cuerpo de guardia, donde vuestra buena madre habrá cuidado de dexar algunas labores, en que nos ocuparemos para pasar mas agradablemente la noche. Dos de vosotros os apostareis de centinela en los dos extremos del jardin mas distantes entre si: i á cada quarto de hora iremos todos al son de pífanos i tambores á relevar las centinelas, ocupando otros dos su lugar, i tomando á su tiempo algun refrigerio con una ligera colacion



de fruta para poder llevar el peso de estas faenas militares.

## TARDE VIGÉSIMA-PRIMERA.

*El Padre.* ¡Qué bella noche de verano hemos pasado en vela! Acia una parte del cielo veíamos la luna; acia otra parte, aunque á lo lejos, nubes oscuras que despedían fuegos fatuos como si fuesen relámpagos. ¡Qué suave i templado el aire! ¡Qué tranquilidad manifestaba la naturaleza, qual si estuviese dormida! Con quanta razon deciais esta mañana que nunca habiais pasado un dia tan agradable como esta noche.

Pero volvamos á *Robinson* i á *Domingo*, que ya lo habian embarcado todo, i tenian viento favorable. Bien podeis despediros de ellos para siempre; porque ¿quién sabe si volvereis á verlos; ó, por mejor decir, si volveremos á tener noticias suyas?

*Todos.* ¡Ai Papá!—¡Quanto nos aflige esta partida!

*El Padre.* Á tales sinsabores estamos los



hombres expuestos; i es error lisonjearnos de vivir siempre con las personas que mas amamos. Tal vez nos vemos precisados á sufrir los tormentos de una separacion inevitable; i por esto es gran cordura prepararnos de antemano á recibir semejantes golpes de fortuna.

Luego que salió *Robinson* de su morada, se detuvo en la colina á meditar un breve rato, dexando ir adelante á su compañero. Recapacitó allá en su mente las varias situaciones en que se había hallado durante su soledad en aquel desierto; i al acordarse de los señalados auxilios con que la Providencia le habia asistido, sintió en lo íntimo de su pecho una conmocion extraordinaria. Prorrumpió en un torrente de lágrimas de gozo que la gratitud le sacaba á los ojos; i levantándolos al cielo, como tambien las manos, dirigió al Omnipotente la mas fervorosa deprecacion.

¡Padre celestial! (exclamó) ¿como acertaré yo á tributarte reverentes gracias por quanto en mi favor has hecho hasta ahora? Ya que no alcanzan palabras á expresar mi leal rendimiento, permí-



teme te lo signifique con acciones exteriores, ya arrodillado, ya postrado, ya revolcándome en el polvo de la tierra, ya anonadándome en tu presencia. Pero no hai cosa que se te oculte: tú me lees el interior: tu le ves qual reboza en tier- nos afectos de agradecimiento. Este cora- zon que te has dignado de reformar, i que no alienta sino por tí; este cora- zon tantas veces lleno de amargura, i que has consolado otras tantas; éste (¡ó Dios mio!) es lo único que puedo ofre- certe como en reconocimiento de tus in- numerables beneficios. Acéptale entero; i completa la obra principiada de su per- feccion. Recíbeme en tus brazos, que en ellos me entrego con plena confianza pa- ra que dispongas de mi segun tu volun- tad paternal: i haz principalmente que nunca me separe del camino de la vir- tud por donde tu bondad me ha guiado. Con no menos tranquilidad que confianza en tí voy á correr acaso nuevos peligros. Acompáñame, i concédeme tu eficaz pro- teccion, fortaleciendo mi espíritu en los trances á que tal vez se verá expuesto, i preservándole de tibieza, ó de ingra-



titud acia tí, ¡ó mi Criador, mi Conservador, mi Dios, mi todo!....

Aquí cedió la facultad de pensar á la fuerza del sentir; i cosido el rostro con la tierra, no quedó á *Robinson* mas aliento que para derramar nuevas lágrimas, hasta que, algo animado, se levantó, i recorrió otra vez con la vista el espacio de un territorio que en aquel momento le era tanto mas grato quanto iba entonces mismo á abandonarle. No de otra suerte que un hombre que dexa su patria sin esperanza de volver á ella, miraba *Robinson* por la última vez con tristes i humedecidos ojos cada uno de los árboles que le habian prestado abrigo, ú apacible sombra, cada una de las obras executadas por sus manos i con el sudor de su frente. Casi consideraba aquellos objetos como otros tantos amigos de quienes iba á separarse. Pero ¡qué pena no experimentó al advertir á sus llamas paciendo al pie de la colina! Tubo que apartar prontamente los ojos de su querido rebaño por no vacilar en la resolución de ausentarse.

Su entereza venció al fin los impul-



— sos de la ternura, apelando al valor. Abiertos i extendidos los brazos acia la comarca, como en ademán de abrazar-  
 — la juntamente con todo lo que en ella di-  
 — visaba, exclamó en alta voz. ¡Á Dios,  
 — testigos de mis pasadas penas: á Dios  
 — para siempre! — Pero sus sollozos le aho-  
 — garon este último *á Dios*: i volviendo á le-  
 — vantarse otra vez los ojos al cielo, enderezó  
 — resueltamente sus pasos acia la orilla del  
 — mar. Quando iba caminando, vió á su  
 — amado i fiel papagayo, que le acompa-  
 — ñaba volando á su lado de un árbol en  
 — otro; i sin poder resistir el deseo de lle-  
 — varsele consigo, alargó el brazo para pre-  
 — sentarle la mano, i le llamó por su nom-  
 — bre. Llega *Pol* mas ligero que una fle-  
 — cha; pósase en la mano de su Amo; su-  
 — be apresuradamente por el barzo, i  
 — pónesele sobre el hombro. En esto al-  
 — canzó *Robinson á Domingo*, que ya le es-  
 — peraba impaciente; i ambos se embarca-  
 — ron sin dilacion.

Un dia treinta de Noviembre á las ocho  
 de la mañana, dia en que se cumplian  
 los nueve años de la residencia de nuestro  
 — amigo en aquella isla desierta, se hicie-



ron á la vela con tiempo sereno i viento fresco i propicio. Mas apenas habian navegado algunos millares de pasos, quando encontraron un arrecife....

*Luisita.* Por Dios, Papá, díganos Vm. ¿qué es un arrecife?

*El Padre.* Los marineros dan este nombre á una serie de escollos contiguos unos á otros, ya los cubra el agua, ya descuelen sobre ella en algunos parages. Este arrecife; ó cordillera de peñascos se extendía desde un promontorio de la isla hasta mas de quatro leguas mar adentro; i pareciéndoles arriesgado pasar por encima de aquellas peñas; cambiaron ó torcieron la direccion de la vela, para evitar los escollos tomando un rodeo.

*Ramon.* ¿I cómo podian ellos saber hasta donde se extendia ese arrecife, si le cubria el agua?

*El Padre.* Lo inferian por las olas del mar, que se estrellaban en él; pues en los parages donde hai peñascos ocultos debaxo del agua, son mayores las olas, i se muestran mas blancas i espumosas, porque, deteniendolas los mismos peñascos, i repeliendo sus embates, las elevan i que-



brantan.

Apenas habian llegado á emparejar con la punta mas saliente del arrecife, quando fué de improviso llevada la canoa con tanta rapidez como si tuviese desplegadas muchas velas, i soplase en popa algun resaca de viento. Espantados los dos, se dieron a toda prisa á arriar enteramente su vela, creyéndose acometidos de alguna violenta ráfaga de viento; pero salió infructuosa esta maniobra, i la canoa cortaba las olas con la misma velocidad. Entonces conocieron se hallaban en medio de una corriente impetuosa que arrebatadamente los llevaba.

*Nicolas.* ¿Con que hai corrientes en el mar?

*El Padre.* No es ménos desigual i escabroso el fondo del mar que la superficie de la tierra; i debaxo del agua, al modo que sobre aquella, hai tambien montañas, cerros i valles. El agua acude naturalmente i corre con mayor aceleracion hacia los fondos mas baxos; i de aqui procede que se encuentran en alta mar corrientes tan caudalosas como en nuestro rio *Albis*, las quales son por lo comun sumamente rápidas. Peligran mucho las embarcaciones pequeñas si tienen la desgra-



cia de dar en estas corrientes, i suele ser difícil, quando no imposible, salir de ellas, ó á lo ménos dexar de verse freqüentemente alejadas á ciento ú mas leguas de su derrota.

*Ramon.* ¡Pobre *Robinson!* ¿Qué será de tí?

*Luisita.* ¿Por qué no se estaria quieto en su Isla? — Bien me daba á mí el corazon lo que le ha sucedido.

*El Padre.* De este viage sí que no debemos culparle; ni por haberle emprendido hemos de graduarle de ligero, ú temerario, pues se determinó á él con mui prudentes i fundados motivos. Debe conformarse con quanto ahora le acontece, considerandolo como cosa decretada por la Providencia, á cuyas disposiciones se entregó enteramente desde luego.

En vano se valieron de los remos para salir de la corriente; pues un ímpetu irresistible los llevaba con la celeridad de una bala disparada, hallandose ya tan distantes, que habian perdido de vista las costas baxas de la Isla. Parecía inevitable su desgracia, por que en ménos de media hora les faltaba ya poco para perder tambien de vista la cumbre de



la montaña mas elevada i aun quando cesase la corriente, les era ya imposible arribar á su Isla, puesto que para gobernar el rumbo carecian de *brújula*.

*Henrique.* ¿De qué?

*El Padre.* De *brújula*. Basilio, que por inclinacion quiere seguir la marina, te dirá lo que es.

*Basilio.* ¡Ojalá supiese yo tan bien como sé esto, todo lo que se requiere para ser un buen marino! *Brújula*, querido Henrique, es una aguja tocada en el iman, i colocada en una caja redonda....

*Henrique.* Pero ¿qué viene á ser una aguja tocada en el iman?

*Basilio.* Una aguja como una de las comunes de hierro, á que se suele dar figura de flecha ó saeta, i que se ha tocado i restregado en una especie de piedra llamada *iman*. Con tocarla asi, adquiere la aguja la admirable propiedad de que, puesta en equilibrio sobre un exe de cobre que llaman *estilo*, tiene siempre vuelta una de sus puntas acia la parte del norte. Por esta aguja se guian los navegantes para dirigir sus viages, quando



ya no ven mas que agua i cielo; pues de otro modo, presto perderian el tino sin saber acia que parte hacer vela.

*El Padre.* ¿Lo has entendido, Henrique?

*Henrique.* Así, así. Tratemos de la canoa, que peligra.

*El Padre.* No teniendo aguja *Robinson*, le era imposible volver á arribar á su isla si llegaba á perderla totalmente de vista.

¿Qué terrible situacion la que le amenazaba! Verse engolfado i extraviado en el inmenso océano á bordo de un ligero esquife, i sin mas víveres que para tres dias! ¿Puede discurrirse mas terrible conflicto? Entonces se manifestó claramente que una verdadera piedad i una conciencia irreprehensible son un tesoro inestimable en las adversidades. Sin este preciso recurso, ¿como hubiera soportado *Robinson* el grave peso de la desesperacion á que se hallaba reducido? Se hubiera arrojado, segun los impulsos de ella, á quitarse la vida para eximirse del cruel suplicio de morir de hambre.

Su compañero, cuya piedad no era tan sólida ni experimentada como habia llegado á serlo la de *Robinson* por el nú-



mero i por la duracion de las desgracias se hallaba ya en el último grado de despecho. Inhabil para trabajar, enteramente desalentado, dexa el remo, mira á su amo con ojos de rematada desesperacion, i le pregunta si se echará al mar para precaver de un golpe con breve muerte las insufribles ansias que le amenazaban. Háblóle primero *Robinson* afectuosamente, procurando confortar su valor: reprehendióle despues con blandura su ninguna confianza en la sabiduria i providencia de quien todo lo dispone para el mejor fin, i le recordó en pocas palabras quanto ya le habia enseñado sobre este punto. ¿Crees (le dixo) que solo en tierra estamos en manos del Omnipotente? ¿No es tambien dueño de los mares? ¿Acaso no podrá, si lo juzga conveniente, mandar á estas olas (tan fatales ahora para nosotros) que nos conduzcan á un seguro asilo? ¿Piensas que con arrojarte al mar te has de eximir de lo que haya decidido hacer de tí? Ten entendido, jóven inconsiderado, que tu alma inmortal estará durante la eternidad sujeta al infinito imperio de Dios, i que jamas po-



drá aspirar á ser dichosa, si rebelde á su soberano, intenta anticiparse á sus decretos irresistibles, rompiendo violentamente los vínculos que la unen con el cuerpo.

La verdad de estas saludables exhortaciones hizo tal efecto á *Domingo*, que se corrió de su flaqueza. Al instante tomó el remo; i ambos bogaron sin cesar, aunque sin la mas remota esperanza de que su diligente afan pudiese salvarlos. *Robinson* decia: cumplamos nuestra obligacion hasta el último aliento, pues nos toca hacer quanto de nosotros dependa para salvar la vida. Si perecemos aquí será con el consuelo interior de que se ha cumplido la voluntad del Ser supremo; i su voluntad, amigo mio (añadió en voz entera i con la mas noble energía) procede siempre de su sabiduría inmensa, aun quando nosotros, míseros gusanos de la tierra, no penetremos las causas de los sucesos.

La rapidez de la corriente, que impelia la canoa, era siempre la misma. Ya solo se descubren las cimas de las montañas de la Isla; ya únicamente se di-



visaba el pico mas elevado, que va á desaparecer: ya, en fin, se desvanecen las últimas esperanzas de salvarse. Pero quando todos los débiles auxilios humanos llegan á faltar, quando la angustia de los desgraciados es extremada, entonces, hijos míos, entonces obra la mano poderosa del que todo lo gobierna, i el hombre que parecia se ve libre del riesgo por medios exquisitos que jamas le habrian ocurrido. Asi se verificó en esta ocasion. Veia *Robinson* cercana é inevitable la muerte; pero en el momento mismo en que, rendido del cansancio, abandonaba los remos, notó repentinamente que la velocidad del movimiento de la canoa cedia un poco: reparó tambien que el agua era menos turbia: ademas observó, tendiendo la vista por la superficie del mar, que la corriente se dividia en dos brazos desiguales, i que el mayor de ellos tiraba impetuosamente acia el Norte, mientras el otro por donde el barco navegaba era ménos violento, i se inclinaba al Sur.

Enajenado de gozo, se vuelve al desalentado compañero, i le dice. ¡ánimo!



*Domingo!* Dios quiere que vivamos. Dióle á conocer en que fundaba sus esperanzas; i ambos volvieron entonces con regocijo i prontitud á tomar los remos que el desfallecimiento les habia hecho abandonar. Estimulados de la dulce é inopinada confianza de librarse de la muerte, dedicaron los mayores esfuerzos á desandar la corriente, i con gran satisfaccion vieron que su trabajo no era ya inútil. *Robinson*, como acostumbrado á costa de repetidas calamidades á observarlo todo con cuidado, notó que á la sazón podia favorecerles el viento; i soltó prontamente la vela. Tendida esta, é hinchada por el propio viento, contribuyó juntamente con el vigor de sus brazos, á sacar de la corriente la navecilla para entrar en un mar bonancible. Saltaba *Domingo* de contento, i levantandose con ánimo de abrazar á su amo, le rogó este moderase por entonces sus extremos, pues todavia les quedaba mucho que vencer antes que pudiesen juzgarse enteramente seguros. En efecto, se hallaban tan engolfados en anchamar, que solo divisaban su Isla como un punto obscuro en lo mas lejano del



horizonte.

*Nicolas.* ¿Horizonte? ¿I que es horizonte?

*El Padre.* Quando te hallas en campo raso ¿no te parece que el cielo, acia qualquier lado que mires en contorno, toca la tierra, formando como una bóveda grande que arranca desde la tierra misma?

*Nicolas.* Eso me parece en efecto.

*El Padre.* Pues bien: el círculo que en tal conformidad sirve de término á nuestra vista por todas partes, i donde parece acaba la tierra i empieza el cielo, ese es el que se llama horizonte. Con el tiempo sabrás mas acerca de esto.

Remaron con tanto empeño i perseverancia nuestros dos intrépidos marineros; i tan felizmente los impelía el favorable viento acia la costa oriental de la isla adonde se dirigían, que no tardaron en volver á ver algunas montañas. Vamos, compañero, (dixo *Robinson* á *Domingo*, que, sentado en la delantera ó proa del barco, daba la espalda á la isla:) vamos amigo mio, que ya llegamos al término de nuestras penalidades. No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, quando la canóa dió en un baxío, i to-



có en él tan violentamente que los dos remeros fueron derribados del asiento, i cayeron tendidos, quedando inmóvil la barquilla, i cubriéndola instantaneamente las olas que venian á estrellarse en ella.

*La Madre.* Ahora bien, hijos míos: de buena gana perdonaría yo la cena; como creo la perdonaríais vosotros, si con eso pudiesemos salvar á nuestro pobre amigo; pero basta por hoi: vamos. Todo está pronto: i *Melchora* nos ha avisado ya dos veces.

*Todos.* ¡Oh — ¡Qué lástima! — ¡Í se ha de quedar así pendiente la historia?



## TARDE VIGÉSIMA-SEGUNDA.

*Juan.* ¡**A**í Papá! Díganos Vm. luego que ha sido del pobre *Robinson*.

*El Padre.* Ya sabeis que en el momento mismo en que creia haberse libertado del peligro, dió en un nuevo riesgo, el qual podía llegar á ser mayor que el pasado. Paróse, pues, de repente la canoa; i entraban las olas en ellas. Mas si ha encajado en alguna punta del peñasco, no hai remedio: no contemos mas con nuestros amigos.

Sondó prontamente *Robinson* con su remo al rededor de la canoa, i no hallando mas que dos pies de agua en un fondo bastante firme, no se detuvo un punto en saltar al mar. Lo propio hizo *Domingo*, i ambos se consolaron descubriendo que habian barado en un banco de arena, i no en un peñasco.

Reunieron sus esfuerzos para sacar de alli el barco, empuxándole acia donde habia mas agua, i habiendo logrado el intento, volvieron á embarcarse en la canoa quando vieron que ya nadaba.

*Luisita.* ¡Eh! El pobre *Robinson* cogerá



ahora un resfriado por haberse mojado los pies.

**El Padre.** No, niña: quando con una vida natural i laboriosa se ha llegado á adquirir, como *Robinson*, una complexión robusta, nadie se resfria por tan poca cosa; i asi no estes con cuidado.

**Juan.** Tampoco nos resfriamos nosotros quando nos sucede lo mismo. ¡Quántas veces nos hemos mojado los pies el invierno pasado sin que nos resultase la menor novedad!

**El Padre.** Prueba evidente de que el género de vida que seguimos ha empezado á fortificarnos algun tanto.

Despues de haber sacado el agua que había entrado en la canoa, valiéndose para ello, lo menos mal que pudieron, así de las palas de los remos, como de sus propias manos unidas en figura cóncava, determinaron proceder con mayor circunspeccion, i navegar unicamente á remo i sin vela para ser dueños de dirigir el barco como mejor les pareciese. Remaron, pues, adelantando lo posible, i costeando el banco de arena, confiados de que presto llegarían adonde termina-



ba; pero no lo consiguieron hasta cuatro horas despues: de que puede colegirse qual sería la extension del banco, que corria de Norte á Sur. Notó *Robinson* que se prolongaba hasta el parage donde nueve años antes habia él naufragado, i que efectivamente era el mismo en que habia encallado el navio.

*Juan.* ¿Qué es encallar?

*Ramon.* Siempre interrumpes la relacion.

*El Padre.* Tiene razon en querer instruirse; i tu haces mal, querido *Ramon*, en enfadarte. Procura no te vuelva á suceder.—Un navio *encalla*, *Juanito*, quando da en un baxío, ó banco de arena, ó en algunas rocas de donde no puede salir; i debias haberme preguntado antes la significacion de este vocablo, que ya en otra ocasion he usado, i aun le expliqué, si mal no me acuerdo. No hai inconveniente en preguntar lo que se ignora, ó no se tiene presente.

*Juan.* Viva *Vin.* mil años por la explicacion i por la advertencia.

*El Padre.* En suma, como el parage en que se hallaban estaba desembarazado, i era navegable, hicieron fuerza de remo



para arribar á la isla que avistaban ya mui cercana. Llegaron á ella quando, despidiéndose el sol, heria escasamente con sus rayos la cumbre de los montes; i desembarcaron rendidos de cansancio; pero con suma satisfaccion de haber aportado á salvamento.

Ni uno ni otro habia tomado alimento en todo el dia; i no pudiendo ya diferir el socorro de tan urgente necesidad para quando llegasen á la habitacion, se sentaron en la ribera, i con buen apetito comieron de las provisiones de boca que habian embarcado. Hecha esta diligencia, guiaron su canoa á un estero.... Sin duda sabeis lo que es.

*Basilio.* Sí: es una corta porcion de agua que hace remanso, ocupando algun seno, ú recodo formado por la tierra. Casi viene á ser lo mismo que una bahía, ó un golfo.

*El Padre.* Pero con la diferencia de que las bahias i con mas razon los golfos son mucho mayores. En mejor ocasion os explicaré esto, i os diré lo que es *ensenada, cala, caleta, ancon, abra, rada*, i otros parages del mar contiguos á la tierra, don-



de se acogen i abrigan los baxeles. — Conduxeron, pues, como iba diciendo, la canoa á un estero, i se encaminaron á su morada, llevando acuestas lo que habian embarcado.

*Nicolas.* ¡Quanto me alegro de que no se haya acabado aun la historia!

*El Padre.* Acostaronse *Robinson* i *Domingo*, i este se entregó luego á un sueño profundo, habiendose puesto aquel á dar gracias á Dios por los nuevos beneficios que le habia dispensado, aunque tampoco tardará en dormirse. Bien pudieramos nosotros hacer lo mismo; pero, como es temprano, os referiré antes lo que sucedió al siguiente dia.

Despues de haber dispuesto *Robinson* el almuerzo, habló á su compañero en esta substancia. Ahora bien: ¿te hallarias tú en disposicion de hacer conmigo otra tentativa como la de ayer?

*Domingo.* Dios me libre de ello.

*Robinson.* ¿Con qué estas bien determinado á pasar conmigo la vida en esta Isla?

*Domingo.* Como se hallase aquí mi Padre...

*Robinson.* ¿Con que tienes Padre?

*Domingo.* Le tengo, si por desgracia no ha



muerto desde que me separé de él.

Al decir esto, enternecido *Domingo*, dexó caer la patata que tenia en la mano, é iba á comer: i quedandose inmóvil i como pasmado, prorrumpió en copiosas lágrimas. No pudo reprimir las suyas *Robinson*, acordandose de sus Padres; i entrambos, anudada la voz á la garganta, guardaron profundo silencio.—  
*Robinson*. Consuelate, *Domingo*: que tu Padre vivirá todavía. No tardaremos en ir á verle; i le traeremos aquí.

¡Qué ademanes, qué extremos de alegría no hizo *Domingo* al oír esto! Fuera de sí se echa á los pies de *Robinson*; cíñele con los brazos: i sin permitirle desprenderse de ellos, tampoco le permiten á él sus sollozos articular siquiera una leve exclamacion.

*La madre*. ¡Ah, queridos míos! ¡Quan admirable exemplo de amor filial nos da un salvage, que no debió á su Padre educacion ni enseñanza alguna, sino tan solo una vida realmente miserable!

*El Padre*. Prueba innegable de que Dios ha grabado en el corazon de todos los hombres los afectos del amor i gratitud



á los Padres. Si entre gente civilizada como nosotros fuese dable encontrar alguno que desconociese esta primitiva i natural propension, alguno que se mostrase indiferente ó tibio para con sus Padres, i que voluntariamente les diese justos motivos de tristeza i de pesar ¿os parece podria dexar de considerarsele como una horrible fiera? Tened siempre por un monstruo, hijos míos, á qualquier hombre de semejante especie: nunca habiteis con él baxo un mismo techo: huid de su trato: miradle como peste contagiosa de la sociedad, como dispuesto á cometer los delitos mas atroces; i creed que no tardará en experimentar los efectos de la venganza divina.

Quando notó *Robinson* que los raptos de júbilo que habian sacado de sí á *Domingo* se iban calmando, le preguntó si se creia bastante práctico en la travesía entre aquella Isla i la que habitaba su Padre, i si estaba seguro de que, en caso de intentar el viage, no se verian expuestos á otros peligros como los que habian corrido el dia antecedente. Afirmóle *Domingo* que aquella navegacion era



para él tan fácil, que la emprenderia con toda confianza, aunque fuese de noche; pues la habia hecho varias veces con sus paisanos para venir á celebrar en la Isla las fiestas de sus frecuentes victorias.

*Robinson.* ¿De suerte que tambien tú asistirias quando se degollaban hombres i los comerias?

*Domingo.* Sin duda.

*Robinson.* ¿I tomabas tu racion?

*Domingo.* ¡Ai de mí! Entonces estaba yo ignorante de lo mal que hacia en ello.

*Robinson.* ¿Acia qué parage de la Isla soliais aportar?

*Domingo.* Siempre desembarcábamos en la costa del medio-dia, por ser la mas inmediata á la Isla de donde veniamos, i tambien por que alli se encuentran cocos.

Esto acabó de convencer á *Robinson* de la justa causa que tenia de alabar á Dios por haber dispuesto naufragase en la costa del Norte, i no en la meridional; pues si hubiese acaecido lo último, poco hubiera tardado en servir de pasto á los salvages. Ratificó entonces á *Domingo* la palabra de emprender juntamente con él



la travesía para ir á buscar á su Padre; bien que insinuándole no podría esto efectuarse tan pronto, por que, siendo cabalmente aquella la estacion adecuada para cultivar la huerta, no convenia ausentarse por entonces.

Pusieron, pues, sin tardanza manos á la labor, esmerandose á porfia en cavar la tierra, i dedicando los ratos de descanso á ver si conseguian perfeccionar sus aperos de labranza. Acertó *Robinson* (cuya paciencia é ingenio eran inagotables) á formar un rastrillo, aunque solo tenia una piedra puntiaguda con que abrir los agujeros donde entrasen los dientes de él, pudiendo inferirse por la hechura de este instrumento el tiempo que gastaria en trabajarle. Logró *Domingo* por su parte hacer con una piedra cortante dos azadas de una madera tan dura que casi le sirvieron como si fuesen de hierro.

No se limitó ya *Robinson* á remediar únicamente las mas urgentes necesidades, pues pensó en ir adornando poco á poco su morada. Esta ha sido siempre, hijos míos, la serie natural de los progre-



sos que han hecho las artes. Mientras los  
 hombres se vieron obligados á inventar  
 solo medios de acudir á su indispensa-  
 ble subsistencia i seguridad, ni aun les  
 ocurrió el pensamiento de cultivar las ar-  
 tes que meramente conducian al ornato de  
 los objetos que los rodeaban, ó á pro-  
 porcionarles deleites mas exquisitos que  
 aquellos de que participaban como qual-  
 quiera de los demas animales. Mas ape-  
 nas afianzaron los dos expresados bienes de  
 subsistencia i seguridad, procuraron unir  
 lo agradable á lo necesario, i lo hermo-  
 so á lo útil. De aquí nacieron, i despues  
 se fueron perfeccionando poco á poco  
 la arquitectura, la pintura, i todos los  
 demas inventos conocidos baxo la deno-  
 minacion genérica de *bellas artes*.

Empezó *Robinson* hermosteando su huer-  
 ta con transformar un pedazo de ella en  
 jardin. Distribuyóle en diferentes quadros  
 conforme á un plan arreglado: dividiólos  
 con plantas que formasen calles bastante  
 espaciosas i tiradas á cordel: levantó ce-  
 nadores ó glorietas rústicas con ramas  
 entretexidas; i destinó una llanura para  
 flores i quadros de labores diversas, i un



el distrito para plantío de frutales. Pobló este último de limones escogidos de los que encontró esparcidos por la Isla, i al asimismo de otros árboles nuevos que fué transplantando, en alguno de los cuales se inxertó puas del árbol del pan.— (Se me habia olvidado decir que en uno de sus paseos habia descubierto otro árbol de esta especie.)—

Al ver *Domingo* la operacion de inxertar, se mostró mui admirado, sin comprender á que se dirigia, i hubiera dudado del éxito de ella, á no ser *Robinson* quien se le aseguraba.

Sembraron patatas i gran porcion de maiz; i como verosimilmente habia permanecido erial el terreno desde la creacion del mundo, quanto allí plantaron prevaleció á medida de su deseo, rindiéndoles abundante cosecha.

Iban de tiempo en tiempo á pescar con redes, que *Domingo* habia hecho durante la estacion lluviosa; i siempre cogian mas peces de los que podian consumir en su mesa, por lo qual daban libertad á los restantes, soltándolos en su elemento. Tomar mas de lo preciso para satisfacer



nuestras necesidades (decía el cuerdo *Robinson*) es abusar de los dones del cielo; i crueldad abominable quitar la vida á animales no dañinos, siempre que no los destinemos á nuestro propio alimento.

Regularmente se bañaban despues de haber pescado, admirándose mucho *Robinson* de la destreza con que nadaba i se zambullía *Domingo*. Solia este subir á algun elevado peñasco donde se estrellaban las olas; i se divertía en arrojar-se desde allí al mar, i en mantenerse algunos minutos debaxo del agua, mientras *Robinson* lo observaba sobresaltado. Al fin le veia salir quando menos pensaba, i nadar en mil diversas posturas; pues ya boca arriba se dexaba mecer por las olas, qual si estuviese en una cuna; ya incorporándose.... Pero si os refiriese todo lo que hacía, os parecería increíble. Lo cierto es que esto daba frecuente motivo á *Robinson* para maravillarse, i reflexionar sobre la variedad de la disposicion natural del hombre á hacer de un modo ú de otro todo aquello en que desde su infancia se le exercita.



A veces se ocupaban en la diversion de la caza, no distinguiéndose menos *Domingo* en el arte de manejar el arco i las flechas que en el de fabricar estas armas. Tiraban á los páxaros i á los llamas pequeños; pero nunca excedian de lo que necesitaban para su consumo, mirando siempre *Robinson*, segun he dicho, como una culpable ferocidad el odioso capricho de matar qualquier animal por mero entretenimiento, i sin alguna mira de utilidad.

Por mas ventajas que en capacidad é industria llevase *Robinson* á *Domingo*, sabia éste por su parte muchas habilidades desconocidas hasta entonces de su amo, á quien sirvieron de grande auxilio. Poseia el arte de hacer con huesos, con piedras, con conchas, &c. toda especie de herramientas, de que usaba diestramente para labrar la madera, i executar ciertas obras casi tan bien rematadas como si se hubiesen cortado i labrado con hierro. Por exemplo, habiéndolo encontrado casualmente el hueso de un brazo, hizo de él unas tixereras; de un gajo de coral, una escofina; de una concha, un



cuchillo; i de la piel de un pez, una lima. Con ayuda de estos instrumentos se ingenió i esmeró en acrecentar su axuar surtiéndose de diferentes mueblecillos que contribuyeron no poco á la comodidad de ambos compañeros.

El arte, que enseñó á su amo, de reducir á masa la fruta del árbol del pan fué uno de los mas importantes. Esta masa, tan nutritiva como nuestro pan de trigo, tenia casi el mismo gusto que él; i aunque los salvages la usan sin preparacion alguna, *Robinson* la cocia sobre una piedra delgada como una tabla, caldeándola primero; de suerte que desde entonces ya no echaba menos el verdadero pan.

Supo tambien por *Domingo* el uso de los granos del cacáo que antes habia hallado en una de sus expediciones, i de que habia traído una corta provision por si de algo le servia; pues arrimándolos á la lumbre para tostarlos, produxeron un manjar grato al gusto; i no menos sano que substancioso.

Como *Robinson* era inclinado á hacer experimentos, quebrantó entre dos pie-



dras unos quantos puñados de estos granos de cacáo; i despues de haberlos reducido á polvo, los hizo hervir con leche. ¡Qué hallazgo tan feliz! Apenas probó aquella bebida; conoció que era chocolate.

*Teodora.* ¿Chocolate? eh?

*El Padre.* Sí: chocolate, excepto el azucar i la canela, que no tenían. Así iba *Robinson* descubriendo cada dia nuevos medios de socorrer sus necesidades, i satisfacer el apetito. Pero en su elogio debo deciros que no por eso desistió de su resolucion i hábito de vivir sóbriamente, i de reducirse á alimentos sencillos.

Ya emprendieron caminatas mas largas i freqüentes por toda la isla, en especial quando notaban que el viento contrario para los salvages no les permitia venir á ella; i de resultas hicieron varios descubrimientos de que se aprovecharon en utilidad propia.

Concluidos los trabajos del jardin i de la huerta, se determinó el dia en que debian ir á traer al padre de *Domingo*; pero al paso que se acercaba este dia,



iba creciendo el sobresalto de *Robinson*. — ¿Si te tratarán como á enemigo aquellos salvages? ¿Si serán despreciadas por ellos las razones é instancias de *Domingo*? ¿Si vendras á ser pasto de su depravada gula? — No pudo disimular á su amigo estos temores; mas protestole una i mil veces *Domingo* quan imaginarios eran, manifestándole conocia bastante á sus paisanos para poder asegurarle eran incapaces de maltratar á quien no fuese su enemigo: i *Robinson* quedó bien persuadido de que *Domingo* no se atrevería á hablarle tan afirmativamente si le quedase la mas remota duda. Así desechó rezelos i aprehensiones; i confiando en la buena fé de su amigo, resolvió hacerse á la vela al dia siguiente.

Á este fin volvieron á echar al agua, i amarraron á una estaca clavada en la tierra, la canóa que antes habian dexado en seco á la misma orilla del mar. Asaron patatas aquella noche, i aprontaron otros víveres á lo menos para ocho dias, habiendo *Domingo* acreditado en esta ocasion no ser tan ignorante en el arte de cocina, pues enseñó á su amo un



modo de asar entero un llamita que acababa de matar, i cuya carne le aseguró saldría así mas tierna i xugosa; i se asaría en menos tiempo que con asador. La operacion que usó *Domingo* fué la misma que usan los habitantes de la isla de Otahiti quando con brasa de leña i con piedras hechas ascua dentro de un hoyo asan los perros de que se alimentan.

*Luisita.* ¡Qué asco!

*El Padre.* Aquellos perros no son como los nuestros, pues se alimentan de fruta i no de carne; por lo qual no solo se pueden comer sin repugnancia, sino que son mui sabrosos, como lo aseguran los viajeros ingleses que allí los probaron.

En fin, queridos mios, todo está ya pronto para el viage. Dexemos ahora descansar al amo i al criado; i mañana por la tarde veremos que ha sucedido.



## TARDE VIGÉSIMA-TERCERA.

*El Padre.* **H**abria una hora que *Robinson* i *Domingo* dormian, quando el primero despertó de improviso á causa de una violenta borrasca que se excitó en un momento. El bramido de la tempestad era espantoso; i el reiterado estallido de los truenos hacia retemblar la tierra. — ¿No lo oyes? (dixo *Robinson* á *Domingo*, llamándole: ) i *Domingo* respondió: ¿Qué habria sido de nosotros si semejante huracan nos hubiese cogido en el mar! — En esto oyeron un cañonazo á lo léjos.

Crejó *Domingo* fuese algun trueno sorondo; pero *Robinson* no tuvo la menor duda de que era cañonazo; i entre turbado i gozoso se levanta prontamente, corre al hogar, manda á su compañero le siga, toma un tizon encendido, i sube por la escala de cuerda. *Domingo*, sin penetrar qué intencion llevaba su Amo, le obedece.

Diose prisa *Robinson* á encender una hoguera en lo alto de la colina para que sirviese de aviso á los que peligraban en el mar, de que en aquella Isla hallarian



acogida, pues se persuadió á que no podía dexar de haber en las cercanias algun navio en riesgo de zozobrar, i á que el tiro de artilleria, que habia oido, era señal cierta de pedir socorro. Pero apenas se levantó la llama, sobrevino tal aguacero que el fuego se apagó todo. Vieronse *Robinson* i *Domingo* precisados á acogerse á la gruta, por que la avenida no se los llevase. Crece el zumbido de la tempestad, el ruido del mar, el estruendo de los truenos, i sin embargo de aquella terrible conmocion de los elementos, entreoia *Robinson* de quando en quando algunos que le parecian cañonazos; pero al fin se inclinó á que estos pudiesen no ser otra cosa que truenos que sonaban á lo léjos. Con todo, pasó la noche lisonjeandose de que quiza hubiese en las inmediaciones algun navio, cuyo Capitan, logrando salvar de la espantosa tormenta su embarcacion, admitiria á bordo á él i al fiel *Domingo* para conducirlos á Europa. Varias veces intentó volver á encender la hoguera; i siempre se la apagó la lluvia. Hizo quanto le quedaba que hacer por aquellos infelices náufragos, que



acaso bregaban con las olas i la muerte, — i fué rogar fervorosamente á Dios por ellos.

**Nicolas.** ¿Con que ya no tenía tanto miedo como antes á las tempestades?

**El Padre.** Bien puedes discurrir que entonces estaria curado de aquel temor, contribuyendo mucho á ello la persuasion íntima de que Dios es todo bondad, i de que consiguientemente á los que se hallan dotados de piedad i de virtud nada sucede que al cabo no venga á redundar en su mayor beneficio. — Duró la borrasca hasta el amanecer; i al punto, acompañado *Robinson de Domingo*, i vacilante entre la esperanza i el temor, se dirigió á la orilla del mar con el fin de apurar la realidad del caso. Pero lo que desde luego advirtió fué para *Robinson* motivo de tristeza, i para *Domingo* causa de la mayor desesperacion; pues la tempestad se habia llevado mar adentro la canoa. ¿Quién no se condoleria i prorrumpiria en tierno llanto al advertir el desconsuelo de *Domingo* quando vió frustrada la dulce esperanza de volver á unirse con su Padre tan presto como ya se lo



tenía consentido? Trocóse su natural color  
 en una palidez mortal, i ni acertaba á ar-  
 ticular una sola palabra, ni á levantar del  
 suelo los amortiguados ojos, sintiendo en  
 todo su cuerpo tal agitación, que pa-  
 recía iba á exalar el último aliento. Ex-  
 plícose de repente su congoxa con un tor-  
 rente de lágrimas i con repetidos sollo-  
 zos, dándose el infeliz fuertes golpes en  
 el pecho, i repelandose violentamente los  
 cabellos. Los infortunios propios habian  
 enseñado á Robinson á sentir los ajenos,  
 i no solo á respetar el dolor de los afli-  
 gidos, sino á procurar calmarle con blan-  
 dura. i Compadecido de la situación de  
 Domingo, i acompañándole en su pena,  
 acudió á templarla con patéticos i juicio-  
 sos razonamientos. ¿Quién sabe ( le di-  
 xo entre otras cosas ) si acaso se conver-  
 tirá en provecho nuestro la pérdida de  
 la canoa? ¿Quién sabe las favorables con-  
 secuencias, la utilidad i impensada que la  
 misma tormenta que nos ha privado del  
 barco podrá tal vez producir, bien sea  
 para nosotros mismos, ó bien para otros?  
 — ¿Qué utilidad puede seguirse? ( repli-  
 có Domingo con aspereza: ) ello es que



nos hemos quedado sin canoa.

I por que tú i yo (añadió *Robinson*) tengamos tan limitados el entendimiento i tan corta la vista que no advirtamos mas efecto de la tempestad que la pérdida de nuestra canoa ¿has de creer que Dios, cuya sabiduria es infinita, no habrá tenido otra razon para disponer sobreviniéndose semejante borrasca (¿Cómo se atreve tu débil comprehension á calificar i apocar los inmensos designios del Omnipotente? Todo eso es cierto (dixo *Domingo*;) pero ¿de qué beneficio puede la tempestad servirnos en particular á nosotros dos? —¿I me lo preguntas á mí? (replicó *Robinson*.) Sola la eterna sabiduria puede abrazar los altos fines de quien gobierna el vasto universo. Por mas que yo me explaye en conjeturas ¿quién me asegurará que sean bien fundadas? ¿Quién sabe si sobre nuestra Isla se habrá llegado á levantar i reunir tal porcion de exálaciones malignas, que hubiese sido necesaria una borrasca tan desecha para disiparlas, i preservarnos ó de alguna enfermedad grave, ó de la muerte? Tal vez, si tuvieramos esa canoa, que tanto



echamos ménos, nos serviria únicamente para conducirnos á nuestra perdicion. Tal vez.... — mas ¿para qué nos cansamos? ¿No nos basta saber que es Dios quien excita i serena las tempestades segun su voluntad, i que en él tenemos todas las criaturas un Padre sabio i cariñoso?

Volvió sobre sí *Domingo*, i se avergonzó de su error, arrepintiendose de las quejas en que habia prorrumpido, i sometiendo á lo decretado por la divina Providencia. Entretanto recorria con la vista *Robinson* quanto podia descubrir de la espaciosa superficie del mar, observando si se divisaba algun navio; pero por mas que atalayaba, no alcanzó á ver cosa que tuviese ni aun remota apariencia de baxel. Esto le induxo á creer se habria engañado, i que serian truenos los que se le figuraron cañonazos. Sentido de tener que renunciar á tan halagüeña esperanza, se volvió á su habitacion.

Sin encontrar en ella sosiego, le parecia estar siempre viendo un navio anclado cerca de su Isla. Subió, pues, otra vez á la colina, desde donde se dominaba la costa occidental; pero no descubrió



objeto alguno capaz de lisonjear su agradable ilusión. Disgustado é inquieto se encaminó acia una encumbrada montaña, desde cuya cima podia registrar la costa oriental; i luego que, llegando á lo mas empinado de ella, dió una ojeada á todo el mar... (¡Cielos! ¡Qué delicioso raptó de alegría!) vió que no se habia engañado.

*Todos.* ¡Oh! —

*El Padre.* Vió un navio, i á pesar de la distancia le distinguió tan claramente, que no le quedó la menor duda de que en efecto lo era, i mui grande. Seria ocioso, hijos míos, hacer aqui la pintura de su extremado regocijo. Toma una veloz carrera; llega sin aliento á su habitacion; echa mano á las armas, sin las quales jamas se alejaba; i no acierta á decir á *Domingo*, confuso de verle tan agitado, mas palabras que estas: *Allí estan: presto! presto!* Vuelve luego á subir la escala, i parte como una exálacion.

Por la turbacion, por la prisa, i por las palabras sueltas de su amo comprendió *Domingo* que los salvages estaban cerca de allí; i tomando tambien sus



armas, le siguió con la mayor celeridad. Quatro leguas habrian andado antes de llegar á la orilla mas cercana al parage donde parecia estar el navio al ancla; i hasta entonces no supo *Domingo* el motivo de tanta precipitacion. Mostróle *Robinson* el navio á lo lejos; i no podia *Domingo* echar de sí su admiracion; pues, sin embargo de la distancia, le parecia el baxel cien veces á lo menos mayor que quantas embarcaciones habia visto.

Manifestaba *Robinson* su júbilo de mil modos, ya saltando, ya con festivas aclamaciones, ya abrazando á *Domingo* i haciendole tiernas instancias para que le acompañase en su extraordinario alborozo. Ahora sí que partirán á Europa, que llegarán á Hamburgo, que verá *Domingo* como se vive en aquella ciudad, que casas se fabrican, como se pasa allí tranquila i cómodamente el tiempo, disfrutando todas las satisfacciones de la vida. —

Hablaba *Robinson* sin cesar; i estaria hablando hasta el siguiente dia, sino hubiese reflexionado que era desacierto gastar momentos tan preciosos en palabras



i inútiles; i que sobre todo debía acudir  
 á los medios posibles de llamar la aten-  
 cion de los que venian en el navio, pa-  
 ra que conociesen habia alli habitante s.  
 Pero ¿ como se ingeniarian para ello? Es-  
 ta era la dificultad.

Probó á ver si oian su voz; pero fue  
 vana diligencia, no obstante que habia  
 cambiado el viento durante la tempestad  
 i entonces soplabá desde la isla al baxel.  
 Rogó á su amigo encendiese prontamente  
 una hoguera, de modo que pudiese ver-  
 la la tripulacion del buque. Executose  
 así; i levantaron una llama que subia has-  
 ta la copa de los árboles. No apartaban  
 del navio los ojos, esperando que de un  
 momento á otro se echase al agua al-  
 gun bote ó esquife que se acercase á tier-  
 ra; pero se desvaneció esta esperanza.

Finalmente, como ya habia mas de me-  
 dia hora que ardía la hoguera sin que  
 pareciese tal bote, se ofreció Domingo á  
 ir á nado hasta la embarcacion, por mas  
 distante que estuviese, i á convidar á  
 los navegantes á que viniesen á tierra.  
 Abrazóle Robinson, conviniendo en ello,  
 baxo la condicion de que habia de cui-



dar de no exponerse temerariamente, i de que nada omitiria para conservar su vida. Despójase al punto *Domingo* del vestido de estera, corta una rama, cógela en la boca; i arrojase alegremente á las olas, siguiendole *Robinson* con la vista, i deseando con los mas fervorosos votos la fortuna de ambos.

*Carlitos.* ¿I para que era la rama?

*El Padre.* Una rama verde es señal de paz entre los salvages, i quien se acerca á ellos llevando en la mano semejante señal, no tiene por que temerlos. Tomó, pues, *Domingo* esta precaucion para su propia seguridad.

Llegó felizmente cerca del navio i dió vueltas mas de una vez nadando al rededor de él, i gritando por si alguien le oia; pero nadie le respondió, i como advirtiese estaba colgada la escala á uno de los costados, subió por ella con la rama en la mano.

Quando llegó á competente altura para registrar la cubierta, se espantó al ver un animal que no conocia. Cubrianle unas lanas negras i rizadas; i apenas vió á *Domingo*, empezó á dar aullidos



extraordinarios quales nunca los habia oido el indio. No tardó en callar, i en manifestarse tan suave i agasajador, que *Domingo* dexó de temerle. Acercóse el animal con la mayor humildad; arrastrábase, meneando la cola; i ahullaba tan lastimosamente, que comprehendió el isleño imploraba su auxilio. Quando, despues de arrastrarse, se paró cerca de *Domingo*, se atrevió éste á acariciarle; i el pobre animal se deshacía á fiestas i demostraciones de alegría. Habiendo *Domingo* subido á la cubierta, anduvo por toda ella, siempre llamando á la gente; pero nadie salió.

Mientras absorto miraba la mayor parte de los extraños objetos que se ofrecian á su vista en la nave, estando de espaldas á la escotilla, le dieron de improviso por detras un golpe tan recio, que cayó quan largo era. Levántase despavorido; mira á todos lados; quédase atónito i consternado al ver un animal, bastante corpulento, con hastas mai retorcidas, i una barba larga i poblada el qual, puesto en dos pies, amagaba á segundar la arremetida. Aquí *Domingo*



dió un agudo grito; i se arrojó al mar.

El primero de aquellos animales, que era negro i lanudo, i que habréis discurrido que especie de animal era, segun la descripcion que de él he hecho....

*Juan.* ¡Ah! Sería algun perro de aguas.

*El Padre.* Cabalmente. Este perro de aguas como he dicho, á imitacion de *Domingo* se echó al mar, i le siguió á nado. Oyó el buen indio detras de sí el ruido que al caer hizo el perro en el agua, i discurrendo era el monstruo de los cuernos que le perseguía, fué tal el terror que le sobrecogió, que se halló casi sin poder nadar, i expuesto á sumergirse. Nuevo exemplo que nos acredita quanto perjudica el miedo, pues nos pone en peligros que no correríamos si no nos dexásemos dominar de él.

Ní aun se atrevió á mirar atrás; pero despues de haber vuelto un poco en sí, nadó con tal velocidad, que apenas pudo seguirle el perro. Salió á la orilla; i antes de decir una palabra cayó desmayado á los pies de su amo. Poco despues llegó el perro de aguas.

No omitió *Robinson* diligencia alguna



para hacer volver del desmayo al fiel compañero de su vida solitaria. Bésale repetidas veces, dale friegas, menéale fuertemente, llámale á voces por su nombre; pero se pasaron algunos minutos antes que abriese *Domingo* los ojos, i diese señales de vida. Quando ya se halló en estado de hablar, contó la terrible aventura que le acababa de suceder: como el navio le había parecido una gran montaña de madera, sobre la qual se levantaban tres árboles grandes (hablaba de los mástiles ó palos;) como el animal negro le había hecho mil caricias; i como el monstruo de la barba i de los cuernos había querido matarle; añadiendo, por fin, que le parecía que este monstruo era el dueño de aquella fluctuante montaña de madera; pues no había alcanzado á ver allí hombre alguno.

Escuchábale *Robinson* mui atento; i coligió que el monstruo de las hastas sería algun chivo ú macho de cabrio, ó tal vez alguna cabra; que el baxel habria encallado, i que la tripulacion le habria abandonado en aquel parage, salvándose en las lanchas ú botes; pero no acababa



de entender que habria sido de aquella gente. Si ésta hubiese aportado á la isla de *Robinson*, era verosímil que hubiese arribado á la parte en que él se hallaba á la sazón con *Domingo*; pero no se descubría el menor vestigio de tal cosa. Si hubiesen perecido los náufragos al intentar ponerse en salvo, habrían salido á la orilla, encontrándose en las playas arrojados por la resaca ó los cadáveres, ó las lanchas.

Ocurrióle entonces que durante la tempestad había mudado el viento: pues corriendo al Oeste ó Poniente; se había cambiado repentinamente al Este ó Levante: circunstancia que le dió luz para entender lo que al principio se le hacía incomprehensible.

Ciertamente (decía él entre sí) embarcadas aquellas gentes en sus lanchas, se habrán visto azotadas del viento Leste, que no las habrá permitido arribar á nuestras costas. La borrasca las habrá llevado al Oeste, i así habrán perecido en tan incierta derrota. Quizá alguna corriente se las habrá llevado. — Tal vez habrán ido ácia qualquiera de las islas si-



tuadas á Occidente. ¡Dios quiera salga cierta esta última conjetura! (añadió suspirando.)—Comunicó su modo de opinar á *Domingo*, á quien también pareció verosímil.

Mas ¿qué partido hemos de tomar? (dixo *Robinson*.) Bien sea que la tripulación haya perecido, ó bien que se haya alejado á causa de los vientos, lo mas acertado en qualquiera de los dos casos creo será sacar de la embarcacion todos los efectos que podamos. ¡¿ cómo lo executaremos ahora que no tenemos canoa?—En este lance la echó ménos casi en tanto grado como algunas horas antes *Domingo*; i empezó á discurrir medios de substituir otra canoa, ó de suplir su falta. Mucho tiempo estuvo escogitando arbitrios, sin que se le ofreciese ninguno adecuado. Seria obra larga ponerse á construir otra canoa; tampoco se atrevia ir á nado hasta el navio, supuesta la distancia: i bien reflexionado ¿quan poco seria lo que de este modo hubiera podido sacar i conducir del navio á tierra?

*Basilio*. Una cosa hubiera yo hecho.



*El Padre.* Veamos qual.

*Basilio.* Hubiera hecho una balsa.

*El Padre.* Esa fué cabalmente la idea que por último ocurrió á *Robinson*. Una balsa (dixo) es lo que puede hacerse en ménos tiempo.

*Carlitos.* ¿Qué es una balsa?

*Basilio.* ¿No reparaste el otro dia quantas habia en el rio *Albis*?

*Carlitos.* ¡Ah; sí! Que no son barcos, sino muchas vigas ó maderos trabados unos con otros, de suerte que se puede ir sobre ellos por el agua como en un barco.

*El Padre.* Efectivamente. Una balsa en esa propia forma era lo que *Robinson* queria construir para pasar al navio, i poner en salvo todo quanto pudiese sacar de él. Quedó resuelto que uno de los dos iria á la habitacion, i traeria víveres para un dia, como tambien las sogas é instrumentos que allí tenian; i *Domingo*, como mas robusto i ágil, tomó este encargo. Mientras le desempeñaba; cortó *Robinson* algunos árboles para formar la balsa.

No pudo *Domingo* estar de vuelta hasta la caida de la tarde; i entretanto se divirtió mucho *Robinson* con el perro de aguas,



mirandole en cierto modo como paisano suyo por ser europeo.

Mostrabase el animalito, al parecer, mui alegre de tan feliz encuentro; i para agradecer á *Robinson* hizo en su presencia todas las habilidades que le habian enseñado. Asi que volvió *Domingo*, dió *Robinson* de comer al perro, ante todas cosas, no obstante que ni siquiera se habia él desayunado en aquel dia. Quiso la suerte que alumbrase mui clara la luna; i aprovechandose de tan buena proporcion, trabajaron sin cesar hasta cerca de media noche, á cuya hora se sintieron tan rendidos del sueño, que no les fué posible resistir mas.

*Nicolas.* Yo lo creo, por que no habian dormido en toda la noche pasada.

*Ramon.* I se habian agitado muchísimo en todo el dia, especialmente *Domingo*.

*El Padre.* Recostaronse sobre la yerba dexando de centinela al perro de aguas para que los guardase. Echose el animal á sus pies; i con el descanso de un suave i profundo sueño, que les duró hasta la madrugada, recuperaron las perdidas fuerzas.



## TARDE VIGÉSIMA-QUARTA.

*El Padre.* No bien empezaba la aurora á arrebolarse el horizonte por la parte oriental, quando vigilante *Robinson* despertó á su compañero para proseguir la obra emprendida desde la víspera; i trabajaron todo el dia con tanto empeño, que ántes de anocheecer quedó la balsa concluida.

Habian unido en tal conformidad con cuerdas, mimbres i juncos dos órdenes ó hileras de troncos de árboles, que vino á resultar un enmaderado de cerca de veinte pies de largo, i casi otro tanto de ancho, á proposito para navegar; i á fin de poder echar mas fácilmente, i sin pérdida de tiempo, al agua esta balsa, habian tomado la precaucion de construirla sobre unos rolillos cerca de la playa.

Por fortuna el refluxo empezó al amanecer; i ni un instante difirieron botar al mar su balsa para aprovechar el tiempo de la retirada de las aguas, que á modo de corriente los conduciria á la embarcacion encallada. Parten, pues; navegan i en media hora no cabal llegan cerca



del navio.

¡Qué conmocion tan grata experimentaba *Robinson* al aproximarse á aquel buque europeo! Dabanle impulsos de abrazarle, de estampar en él los labios, obligandole á tales extremos las circunstancias de haber venido de Europa, de haber sido construido, tripulado, i conducido por europeos. Mas ai! que estos amados europeos habian sido arrebatados por las olas del mar! Triste conjetura para *Robinson*, que hubiera renunciado gustoso la mitad de los infelices dias que aun podia vivir á trueque de encontrar aquella gente de la tripulacion, i navegar con ella á Europa. Pero desesperanzado de esto, bien á pesar suyo, solo debia atender á sacar del navio todos los efectos que pudiese para aprovecharse de ellos en lo succesivo.

*Nicolas.* ¿Acaso ¿le era lícito apoderarse de lo ajeno?

*El Padre.* ¿Qué te parece á tí, Juan? ¿Crees le fuese esto permitido?

*Juan.* Creo no habia inconveniente en que sacase i llevase á tierra lo que hallase á bordo; pero si se descubrian los dueños,



estaria obligado á restituírselo.

*El Padre.* Así lo pide la justicia. De no recoger aquellos efectos, se habrían perdido poco á poco en el agua: i por consiguiente tenia *Robinson* algun derecho á usar de ellos, pudiendo desde luego apropiarse sin escrúpulo lo que mas necesitase, i aun retenerlo, i mirarlo como una gratificacion que nunca podrian los dueños negarle, en caso de parecer algun dia; pues seria debido premio de la molestia que se habia tomado para poner en salvo los restos de la carga.

Por lo que mira á los naufragios os diré lo que se ha establecido en algunos Estados cultos. Acostumbrase dividir en tres partes los géneros que han naufragado: la primera es para los dueños, si viven todavia; ó bien para sus herederos, si los primeros han perecido: la segunda se adjudica á las personas que han salvado los efectos: i la tercera pertenece al Soberano.

*Nicolas.* ¡Al Soberano! I ¿por qué le toca esa porcion?

*El Padre.* Pregunta es esa á que no podré yo ahora daros respuesta satisfactoria. Bas-



tará deciros por mayor lo que no excede de vuestros alcances. Suelen algunos Príncipes mantener en las costas de sus dominios gente obligada por oficio á recoger los efectos que naufraguen, para que nada se extravie, i para que se deposite en parage seguro todo quanto se pueda libertar. Sin tales precauciones, ú otras equivalentes tomadas por las Potencias marítimas, poco ú nada recobraría el negociante á quien pertenciesen las mercancías; pues todas se malograrian, ó serian saqueadas; i parece justo que los mismos interesados resarzan ó indemnizen los gastos á quien zela i cuida de la conservacion de su hacienda. De aquí, pues, proviene la práctica observada en ciertos países, de aplicar parte de los efectos que naufragan al Soberano, al modo que este posee el derecho de apropiarse todos los ganados, tierras i alhajas que no tienen dueño conocido, i se denominan bienes mostrencos.

Por consiguiente, *Robinson* se hallaba autorizado para adjudicarse las dos terceras partes de lo que rescatase del navio encallado, i para destinarlo al fin



que mas le acomodase, como cosa que legítimamente le tocaba.

*Juan.* ¿Las dos terceras partes?

*El Padre.* Sí: la una por su trabajo, i la otra como único i legítimo Señor de la isla i cerca de la qual había zozobrado el navio.

Más preguntareis ¿quien le habia dado la investidura de Soberano de aquella isla? — La recta razon; por que un pais deshabitado, i sin dueño ú Señor conocido, pertenece naturalmente al primero que toma posesion de él; i en este caso se hallaba *Robinson*.

Quando se lo permitió el extremado gozo de que se sintió enajenado al ver una nave europea, fué su primer deseo que estuviese sin lesion, i se la pudiese desencallar. En tal caso, habia resuelto embarcarse en ella con *Domingo*, i hacerse á la vela, ya que no para Europa, á lo ménos para alguna Colonia de América dependiente de europeos, atropellando por el riesgo de exponerse en alta mar á bordo de un navio sin tripulacion, i sin la inteligencia que requiere la náutica. Dió vuelta al rededor del baxel con su balsa,



i sondó el fondo del mar en las inmediaciones; pero le quedó el desconsuelo de asegurarse de la imposibilidad de volver á poner *flotante* el navio.

La tempestad le habia arrojado entre dos peñascos, donde estaba tan sugeto que ni adelante ni atras podia salir, y donde era indispensable permaneciese hasta que el continuado embate de las olas le hubiese hecho pedazos. Destituido de toda esperanza sobre este particular, se dió prisa *Robinson* á subir á bordo para exâminar qual era el cargamento, i si acaso estaba averiado. Tenía *Domingo* tan presente el susto de la antevíspera, que con dificultad se determinó á acompañar á su Amo. Púsolo en execucion, no sin estremecerse; pues aquel terrible monstruo de las hastas fué el primer objeto que se ofreció á la vista.

Mas ya no se mostraba tan arisco: antes bien, echado i débil, parecia no poder levantarse, como que en tres dias nadie le había dado alimento. Rezelándolo asi al instante *Robinson*, buscó ante todas cosas con que satisfacer el hambre de aquel animal desfallecido; i co-



mo no ignoraba la distribución interior del navio, encontró sin dificultad pasto que dar á la cabra (pues era cabra en efecto;) i tubo el gusto de ver con que ansia comia, ó por mejor decir devoraba. Domingo, entretanto, no se saciaba de contemplar la extraordinaria figura del cuadrúpedo, que le era desconocido.

Empieza, por fin, *Robinson* á reconocer el navio; pasa de un camarote á otro: recorre los entre-puentes, encontrando en todas partes mil cosas de que apenas se hace caso en Europa, i que para él eran de infinito aprecio. Aquí hallaba provisiones de vizcocho, de arroz, de arina, de trigo, de vino, de pólvora, de balas, de metralla; allí, cañones de artilleria, fusiles, pistolas, espadas, sables, cuchillos de monte; acá hachas, sierras, barrenas, escofinas, cepillos de carpintero, martillos, barras de hierro, clavos, cuchillos, tixeras, agujas, alfileres; mas allá ve pucheros, escudillas, platos, cucharas, fuelles, paletas, tenazas, y otros utensilios de cocina, así de madera como de hierro, estaño y cobre. Por último encuentra caxones llenos



de vestidos, de ropa blanca, de medias, zapatos, botas, y otras muchas cosas por qualquiera de las quales, si hubiera habido quien se las vendiese, habria dado *Robinson* su pedazo de oro que hacia tanto tiempo tenia olvidado.

Estaba *Domingo* atónito á vista de tantos objetos, todos nuevos para él, y cuyo uso ni remotamente podia haber imaginado. *Robinson*, por otra parte, estaba como fuera de si, y aturdido con la misma alegria, todo lo tentaba y lo cogia para dexarlo apenas advertia otras cosa que parecia preferible. Al fin, quiso baxar á la bodega; pero la halló inundada: señal de que en el casco habria alguna grande abertura.

Empezó á discurrir que llevaría en su primer viage; i no acertaba á resolverse. Ya esto, ya lo otro le parece mas importante i necesario; i repetidas veces desecha lo mismo que ha elegido; toma en su lugar otra cosa, i luego la desecha igualmente por otra que cree de mas valor. Al cabo fixa la eleccion en los efectos siguientes, como que le merecian mayor aprecio entre quanto podia



llevarse.

1.º Dos barriles: uno de pólvora, i otro de municion.

2.º Dos fusiles; dos pares de pistolas; dos espadas, i dos cuchillos de monte.

3.º Dos vestidos completos: uno para él, i otro para *Domingo*.

4.º Dos docenas de camisas.

5.º Dos hachas, dos sierras, dos cepillos de carpintero, i un par de barras de hierro.

6.º Algunos libros, papel; tinta i plumas.

7.º Un eslabon, con pedernal, yesca i pajuela.

8.º Un tonel de vizcocho.

9.º Algunas piezas de lona para velas.

10.º La cabra.

*Nicolas.* ¿La cabra? ¿De que le servia?

*El Padre.* Es cierto que de nada; pero él la servia de mucho á ella. Era *Robinson* mui compasivo para dexar aquel animalito expuesto á perecer con el navio, que podria acaso sumergirse antes que el mismo *Robinson* volviese. Fuera de es-



-to, quedaba aun bastante cabida para ella  
 -en la balsa despues de colocado todo lo  
 que le pareció mas útil é indispensable;  
 por lo qual, lejos de dexarla olvidada,  
 -se la llevó consigo. Pero tubo á menos  
 -embarcar cosas que en Europa hubietan  
 sido preferidas i tomadas con ansia, qua-  
 -les eran un barril de polvos de oro, i una  
 caxita llena de preciosos diamantes, que  
 encontró en el camarote del capitan. Ni  
 -aun le ocurrió apoderarse de tesoro se-  
 mejante, porque para nada podia servirle.  
 Tanto se detuvo en registrar el navio,  
 -en abrir i vaciar los cajones, quedán-  
 -dose absorto, eligiendo i colocando en la  
 balsa lo que queria llevarse, que quan-  
 do concluyó la operacion solo faltaba una  
 hora para que empezase á subir la ma-  
 -rea. Quisieron aprovechar este tiempo  
 hasta que llegase el fluxa, sin el qual  
 no les hubiera sido dable volver á tier-  
 -ra; i *Robinson* dedicó aquella hora á co-  
 -mer á la européa, cosa en que no se ha-  
 -bia visto muchos años hacia. Fué, pues,  
 á buscar un trozo de baca ahumada, al-  
 -gunos arenques, vizcocho, manteca, que-  
 -so i una botella de vino; i lo sirvió lo-



do en una mesa de la cámara del capitán. Sentaronse él i *Domingo* en dos sillas; i sola esta circunstancia de comer en mesa, i sentado en silla, de tener platos, de usar cuchillo i tenedor, i lograr la mayor parte de las conveniencias de los europeos, causó tal gusto á *Robinson*, que no se como explicaroslo.

Ademas, con los manjares mismos, i sobre todo con el pan, que tanto i tan en vano habia deseado, no podeis figuraros el delicioso recreo que sintió su paladar. Era menester haber estado privado, como él, durante nueve años consecutivos, de todos estos alimentos i comodidades para comprehender qual seria aquel deleite.

*Domingo*, que de ninguna manera conocía el modo de comer de los europeos, se veia mui atado, sin saber manejar el cuchillo, i mucho menos el tenedor. Enseñole *Robinson* como debia servirse de él; pero queriendo imitarle *Domingo*, i llevar á la boca un pedazo de carne, acercó á ella la mano con el cabo del tenedor; i el bocado de carne fué á parar á la oreja. Habiéndole hecho *Robinson* probar el



vino, se negó absolutamente á beberle; pues acostumbrado al agua clara, no podia resistir su paladar lo picante de un licor fermentado. Al contrario le gustó mucho el vizcocho.

Subía ya la maréa; i saltando ambos en la balsa, desamarran, i se dexan llevar suavemente por el flujo acia la isla. Llegaron en breve á la orilla, donde se dieron prisa á desembarcar los efectos de que iba cargada la balsa.

Tubo *Domingo* gran curiosidad de saber lo que eran todas aquellas cosas, i que provecho se podia sacar de ellas. Para empezar á satisfacer esta curiosidad, se retiró *Robinson* detras de unas matas con el fin de ponerse camisa, medias, zapatos, uniforme de oficial, i sombrero de galon; i ceñéndose la espada, se presentó de repente á *Domingo*. Sorprehendido éste, dió algunos pasos atras, dudando á primera vista si realmente era aquel su amo, ó algun ente de especie superior á la humana. No pudo menos *Robinson* de reirse al verle tan admirado; i le alargó amistosamente la mano, asegurándole que siempre era el mismo *Ro-*



*binson*, siempre su amigo aunque hubiese mudado de trage, i (digamoslo asi) de fortuna. Diole un vestido completo de marinero; explicándole el uso de cada pieza de él, i previniéndole fuese tambien detras del matorral á mudar de vestido.

Obedeció *Domingo*: i no puede ponderarse quan larga fué esta operacion, pues todo se lo ponia al reves. ¡Qué pruebas no hizo! Por exemplo, metió las piernas en las mangas de la camisa, i los brazos en los calzones, viniendo á cubrirse con ellos el colodrillo. Quería abotonarse la chupa á la espalda. ¡Qué tentativas! ¡Qué deshacer lo hecho! Primero no se amañaba; despues asi asi; luego mejor; i al fin acertó del todo.

Empezó á saltar de alegria como un niño quando se vió vestido de aquella manera; i especialmente quando notó lo acomodado de la nueva vestimenta, i como preservaba de las picaduras de los mosquitos. Solo le desagradaron los zapatos, pareciéndole incómodos i excusados, por lo qual pidió se le permitiese quitárselos; i su amo le dexó en liber-



tad de hacer en esto lo que mas le acomodase.

Habiéndole enseñado *Robinson* el destino i manejo de las hachas; i de otras varias herramientas, al instante se valieron de ellas para hacer un mástil destinado á la balsa, con el fin de ponerle una vela, i continuar sus viages al navio sin tener que esperar el tiempo de la baxa-mar: i tomando *Robinson* á su cargo esta incumbencia, envió á *Domingo* á la habitacion á ordeñar las llamas, de cuya diligencia se habían descuidado dos dias seguidos.

Durante la ausencia de *Domingo* cargó *Robinson* un fusil, pensando divertirse en sorprehenderle con el maravilloso efecto de la pólvora. Ya de vuelta *Domingo*, se mostraba admirado de la prontitud con que *Robinson* había concluido su taréa; i como éste viese un halcon marino, que volaba llevando en el pico un pescado que acababa de coger, tomó prontamente su fusil, i dixo á *Domingo*. ¿No ves aquel halcon? Pues ahora va á caer. Apunta; toca al gatillo; sale el tiro; i cae el páxaro.



Figuraos la novedad i espanto de *Domingo*. Trastornose como si le hubiese herido el mismo tiro; i al punto se le excitó la antigua supersticion respecto al *Tupán*. Levántase, bien que quedándose de rodillas, i extiende acia *Robinson* las manos trémulas en acto de suplicar, i sin acertar á proferir una sola palabra.

Bien léjos estaba *Robinson* de chancarse sobre la menor cosa que tocase á opiniones de religion, aun quando fuesen erróneas: i así, luego que presumió quales eran los supersticiosos pensamientos de *Domingo*, sintió en el alma no haberle hecho alguna advertencia antes de disparar, i se apresuró á enmendar su desacierto. Alzole del suelo con afabilidad; abrazole tiernamente; i despues de exhórtarle á que se sosegase i no temiese, añadió iba á industriarle en producir el mismo relámpago, el mismo trueno, i el rayo mismo, asegurándole que quanto había visto i oido era cosa natural.

Explicole la composicion i efectos de la pólvora, i la estructura de la escopeta, cargándola en su presencia, i dán-



dosela para que la disparase. Pero todavía estaba *Domingo* demasiado amedrentado, i únicamente se reduxo á pedir á su amo repitiese él mismo tal experiencia. Colocó *Robinson* á cosa de cien pasos de distancia un madero por blanco, é hizo fuego, teniendo á *Domingo* á su lado.

Poco faltó para que este no diese otra vez en tierra, pareciéndole sobrenatural quanto veia i oia. Estaba el blanco señalado con varios perdigones que se habian introducido bastante en la madera; i habiéndole hecho mostrar *Robinson* esta circunstancia, le dexó inferir por si propio quan seguros estarian en adelante de los insultos de los salvages, teniendo, como tenian, en su poder aquel trueno manejable, i aquel rayo artificial. Así esto, de que habia sido testigo, como todo quanto habia visto en el baxel, le causó tan profunda veneracion á los Europeos en general, i á *Robinson* en particular, que durante muchos dias no le fué posible volver á tratar á su amigo en el tono familiar á que estaba acostumbrado.



Habiendo llegado la noche, finalizaron por entonces las agradables tareas de este venturoso día.

## TARDE VIGESIMA-QUINTA.

*El Padre.* Sin duda, hijos míos, os servirá de complacencia prosiga hablandoos inmediatamente i sin preámbulos de vuestro amigo *Robinson*.

Desde que se hallaba en la Isla jamas habia tenido sueño tan suave i tranquilo como el que logró aquella noche, por que tampoco se habia visto jamas en tanta felicidad como entonces. ¡Quántas veces tributaba gracias en la postura mas respetuosa al celestial dispensador de todos los beneficios que acababa de recibir! No satisfecho con experimentar estos afectos de gratitud, quiso todavia hacer partícipe de ellos á *Domingo*, i con esta mira le enseñó antes de acostarse un cántico de accion de gracias, que ambos entonaron tierna i afectuosamente en alabanza del Altísimo.



A la mañana siguiente se levantaron mui temprano, i conduxeron todos sus efectos á un bosquecillo, donde los cubrieron de ramas para preservarlos de la lluvia que acaso pudiese sobrevenir. Despues desamarraron, al empezar el reflujo, para volver al navio, i se me olvidaba decirlos que tambien se habian provisto de algunos remos. Hízose, pues este viage en menos tiempo i con igual felicidad que el primero. Cuidaron ante todas cosas de embarcar en su balsa todas las tablas que hallaron en el navio para añadirle una cubierta, con el fin de que los efectos que pensaban llevar estuviesen mas en seco que los que habian conducido el dia antecedente.

Hizo *Robinson* nuevo reconocimiento de la carga para escoger lo mas útil entre tantos géneros que le era imposible transportar de una vez. Ya entonces se hallaba menos perplexo, por que tenia puestas en cobro las cosas mas necesarias; pero á ninguna dió la preferencia sin atento exâmen i discernimiento.

Entre otras resolvió llevar á tierra uno de los cañoncitos, ó pedreros de que



no venia armado el navio.

*Juan.* Me parece que hubiera podido llevarse cosas mas útiles que una pieza de artilleria.

*El Padre.* Asi nos parecerá á nosotros, por que lo vemos de lejos; pero él que consideraba bien de cerca su situacion, contempló que aquel pedrero le serviria de mucho, aun quando meramente fuese para su propia tranquilidad.

*Juan.* ¿En qué forma?

*El Padre.* En un sitio de la orilla del mar en donde se veia precisado á depositar por el pronto los efectos que sacaba del navio, estaba desamparado por todas partes; i la mayor desgracia era que distaba mui poco del parage en que los salváges acostumbraban desembarcar. Verdad es que podia confiar mucho en los auxilios que en caso de insulto le proporcionarian sus fusiles i pistolas; pero la idea de que entonces se veria nuevamente reducido á la cruel necesidad de dar la muerte á alguno de aquellos infelices indios le estremecia cada vez que se le representaba á la imaginacion. Juzgó, pues, que colocando un cañon á la



lengua del agua, podria, siempre que los salvages se acercasen á la Isla en sus piraguas, dispararles por alto un cañonazo con bala, de manera que esta pasase por encima de ellos, y bastase á espantarlos, i obligarlos verosimilmente á retroceder.

Con esto comprenderas ahora, querido mio, quan expuestos estamos á equivocarnos quando nos inxerimos en decidir sobre la conducta ajena. Rara vez alcanzamos los motivos que determinan las acciones de otro hombre; i sin embargo, tan pagados de nuestros dictámenes vivimos, que nos constituimos jueces de las operaciones de todos. El hombre cuerdo jamas cree pecar por demasiada circunspeccion en los juicios que forma de los procedimientos de otros; i se abstiene de decidir, exepcto quando no puede eximirse de ello. Conoce que tiene bastante que hacer en pensar en si mismo, i en exâminar sus propios negocios. Esto hemos de observar, hijos mios, en todas ocasiones.

Ademas de la pieza de artilleria, pasaron á la balsa las provisiones siguientes.



1. ° Tres costalillos: uno de centeno, otro de cebada, i el último de guisantes.

2. ° Un caxon de clavos i tornillos.

3. ° Una docena de hachas.

4. ° Un barril de pólvora, i una porcion de balas i municion menuda como la que llaman *mostacilla*.

5. ° Una vela de embarcacion.

6. ° Una piedra de amolar.

**Teodora.** ¿I para qué queria esa piedra?

**El Padre.** Para afilar los cuchillos, hachas i demas instrumentos, quando se les hubiese embotado el corte.

**Teodora.** ¿Pues qué? ¿No habia piedras en la isla?

**El Padre.** En grande abundancia; pero no piedras de amolar. ¿No has reparado que las que sirven para este fin son de una especie particular, i menos duras que la mayor parte de las demas piedras?

**Teodora.** Si, señor.

**El Padre.** Ahora bien: *Robinson* no habia encontrado todavia en su isla piedras de aquella naturaleza compuestas de granos de arena con el gluten natural que los une entre si; i es bien sabido que una piedra de amolar se considera para to-



dos los que deben usar instrumentos cortantes, no sólo utilísima, sino absolutamente indispensable. Así, pues, *Robinson*, sin dudar ni un punto, la juzgó preferible á los polvos de oro y á los diamantes, que habia desestimado en su primer viage.

Antes de desamarrar la balsa reconoció el actual estado del navio, i halló que el agua se iba aumentando, i que las olas i el choque contra las peñas, habian separado ya muchas tablas de los dos costados de la embarcacion; de lo qual coligió que qualquiera tempestad que sobreviniese acabaria de desbaratar el casco, concluyendo debia apresurarse á poner en salvo todo lo que pudiese de la carga.

Como á la sazón corria el viento acia la isla, pudieron partir ayudados de la vela i de los remos, aunque les era contrario el refluxo, que estaba en la mitad de su curso. No dexó *Robinson* de hacerse á sí propio entonces una reconvençion que nos acredita su delicada integridad.

*Ramon*. Pues ¿qué tenia que echarse en cara?



*El Padre.* Haber omitido llevarse el oro i los diamantes.

*Ramon.* ¿I qué habia de hacer de ellos?

*El Padre.* No era su intencion por cierto solo aprovecharlos en beneficio suyo; pero me decia: no me parece del todo imposible que aun esté vivo el dueño de este tesoro, i que acaso vuelva algun dia á procurar poner en cobro algo de la carga. Si sobreviniese una ráfaga de viento que hiciese pedazos el navio ántes que pueda yo volver á él, i se perdiese el oro i los diamantes, ¿cómo podria yo justificarme para con Dios, para con el dueño, i en el tribunal de mi propia conciencia, de haber pensado en salvar únicamente lo que sirve para mi uso personal, sin haber cuidado de los efectos mas preciosos para el dueño de todo el cargamento? Quizá su bien estar i el de otras muchas personas dependerá de este leve cuidado que no he tenido. *Robinson! Robinson!* (exclamó, pesaroso de tal indiferencia) ¡quánto distas todavia de ser tan justo como debes!

Estuvo casi tentado á retroceder para volver al navio, en vez de dirigirse



á tierra, estimulado de los remordimientos de su conciencia por haber faltado á una obligacion que con sobrado fundamento miraba como sagrada.

Ya se iban acercando á la playa, quando estubieron mui á pique de ver sepultado en las ondas quanto conducian; porque, como todavia duraba el refluxo, i quanto mas se aproximaban á la orilla, tanto menos profundidad tenian las aguas, se halló de repente en seco sobre la arena la proa de la balsa, i por consiguiente quedó mas alta que la popa, la qual sostenian las olas que baxaban por instantes. Quiso la suerte que *Robinson* i *Domingo* fuesen á popa, i pudiesen contener la carga que se deslizaba, é impedir cayese al mar.

Después que la aseguraron fué menester para desembarcarla determinarse á caminar con el agua i cieno hasta las rodillas; i tales fueron las precauciones i la diligencia con que se dedicaron á la conduccion, que nada se perdió ni averió, i se hallaron en estado de volver á hacerse al mar antes que creciese la marea.



No bien<sup>o</sup> había llegado *Robinson* á bordo del navio; quando se dió prisa á cargar en su balsa el barril lleno de polvos de oro, i el cofrecito que contenía los diamantes; i despues de haber aliviado su conciencia de aquel grave peso, creyó debía pensar en sí propio. Aprovechó este viage para traer á tierra algunas carretillas que, no sé para que fin, venian en el navio; muchos vestidos i ropa blanca, porcion de instrumentos i muebles, una linterna, i todos los papeles que encontró en la cámara del capitan. Notando que ya subía la marea, se hicieron á la vela; i llevados por el agua, i al mismo tiempo impelidos del viento, llegaron en breve á la ribera.

Dedicó *Robinson* lo restante del dia en tomar una precaución que le pareció indispensable, temeroso de que, si acaso sobrevenia alguna fuerte lluvia, se viese imposibilitado de valerse de lo mas precioso; esto es de su pólvora. Para evitar este accidente, resolvió en aquel mismo dia hacer de una vela grande que había trahido, una tienda, debaxo de la qual quedaria su tesoro resguardado de la lluvia.



Como ya se hallaba provisto de tixer-  
ras, de agujas i de hilo, executó pron-  
tamente aquella obra; i no tardó *Domin-*  
*go* en aprender lo bastante para ayudar-  
le. No acababa éste de admirar la ines-  
timable invencion de la aguja i de las  
tixer-  
ras, repitiendo que en comparacion  
de los industri-  
osos europeos, él i sus  
paisanos eran unos pobres idiotas.

Concluyeron aquella taréa antes de po-  
nerse el sol; i todavía sobró tiempo á  
*Robinson* para divertirse en manifestar i  
explicar á *Domingo* el prodigioso efecto  
del cañon de artilleria. Apuntó acia el  
mar el pedrero que habia cargado con  
bala, procurando que ésta fuese casi to-  
cando la superficie del mar, á fin de que  
pudiese *Domingo* ver claramente á que  
distancia llegaba. Dió fuego *Robinson*; i  
por mas que *Domingo* estuviese prepara-  
do de antemano con haber oido dos fu-  
silazos, la esplosion i estruendo harto mas  
fuerte del cañon le asustó de tal modo,  
que le temblaba todo el cuerpo. Seguía  
la bala su rápido curso, saltando sobre  
la superficie del agua, hasta que le per-  
dieron de vista; i afirmó *Domingo* que



solo un tiro como aquel bastaría para poner súbitamente en fuga á todos sus paisanos, aun quando viniesen á millaradas; pues creerían firmemente que quien tenía á su disposicion trueno semejante, no podia dexar de ser verdaderamente el *Tupan*.

Llegada que fué la noche encendió *Robinson* su linterna para reconocer los papeles que había libertado, á ver si descubría á quien pertenecía el navio; i á donde se dirigía; mas por desgracia todos aquellos papeles i aun los libros, estaban escritos en una lengua que él no entendía. Tubo, pues, asi nuevo motivo de sentimiento, lastimándose de no haberse aplicado al estudio de las lenguas extrangeras en tiempo que pudo aprenderlas; pero sentimientos tan tardios eran ya superfluos.

Con todo, dos particularidades que observó, le dieron luz tocante á la derrota i al objeto del viage del navio; pues entre varias cartas encontró algunas para la *Barbada*, que es una isla de América donde se hace gran comercio de esclavos.



*Ramon.* ¿Comercio de esclavos?

*El Padre.* Voi á explicártelo. En África....

— Sin duda te acordarás á que lado esta situada esta parte del mundo.

*Ramon.* Sí: está al medio-día, allí — Acia el *Puente verde*: mucho mas allá de aquel parage donde se ven paciendo tantos ganosos. — No cortemos por esto el hilo de la narracion.

*El Padre.* En África, pues, en las regiones habitadas de negros, parece que los hombres por su estupidez i rudeza se diferencian poco de los brutos. Sus caudillos ó reyes, que no están mas civilizados que ellos, los tratan como es consiguiente. Sucede que llegan europeos á sus costas; i al punto les proponen de venta gran multitud de negros, al modo que aquí se vende el ganado en el mercado. Los mismos padres llevan á sus hijos para trocarlos por buxerías; i los europeos compran así todos los años gran número de ellos que conducen á América, donde los obligan por fuerza á ocuparse en los trabajos mas violentos, tratándolos de todos modos con excesivo rigor. La suerte de semejantes esclavos



(pues así llaman á estos desdichados) es tan lastimosa, que la mayor parte de ellos preferiría la muerte.

*Ramon.* Es cosa mui mal hecha tratar así á hombres.

*El Padre.* Ciertamente que es gravísima injusticia: i debe esperarse que con el tiempo cesará este iniquo tráfico de esclavos.

Tambien encontró *Robinson* entre los papeles una nota ó factura; por la qual comprehendió poco mas ó menos que venian en el buque unos cien esclavos destinados para la *Barbada*: i despues de haber comunicado esta circunstancia á *Domingo*, añadió: ¿Quién sabe si aquellos desventurados habrán debido su libertad á la tempestad que hizo encallar el navio? ¿Quién sabe si se habrán salvado en sus lanchas? ¿Si por dicha suya habrán arribado á alguna isla donde no les alcance el imperio de sus tiranos, hallándose ahora felices i contentos á su modo? — Convino *Domingo* en que esta conjetura parecía bien fundada. Pues dime, amigo mio, (le replicó *Robinson* con vehemencia:) ¿tendrás valor para repetir ahora la pregunta que no ha



mucho me hacías?

*Domingo.* ¿Qué pregunta?

*Robinson.* Me preguntaste ¿qué utilidad podía producir la tempestad que se llevó nuestra canóa? — Corrido i confuso *Domingo* baxó inmediatamente los ojos.

¡Ó compañero! (exclamó *Robinson* inflamado de piadoso zelo.) reconoce la mano de Dios omnipotente i sabio, que se ha manifestado patentemente en este acaecimiento. Considera todo lo que la tormenta nos ha dado en cambio de lo que nos quitó. Mira ese cúmulo de diversas provisiones para hacer la vida acomodada i feliz. ¿Cómo las hubiéramos logrado, sino se hubiese levantado la tempestad? Es triste cosa, por cierto, deber uno su dicha á la desgracia ajená; pero consolémonos con que actualmente el mayor número de los que venían en el navio será quiza despues del naufragio mas feliz que ántes; i dando por verosímil tal suposicion, dime tú ¿qué piensas ahora del divino poder que gobierna el mundo?

Pienso (respondió *Domingo*) que á este poder acompaña una sabiduría i bon-



dad inexplicables; que yo era un ignorante, un insensato. Al mismo tiempo levantó los ojos i las manos al cielo, i pidió perdon del error en que había incurrido por tosquedad.

Guardó *Robinson* con tanto cuidado como el oro i los diamantes los papeles que acababa de exâminar, no desconfiando de que por medio de éstos tal vez podría, si algun dia se veía de vuelta en Europa, descubrir á quien debía restituir el tesoro que había sacado del navio.

Durante seis dias consecutivos hicieron en cada uno de ellos dos ó tres viages á la embarcacion, trayendo á tierra quanto pudieron transportar. Mil cosillas que ni aun nos ocurriria recoger si las viesemos en el suelo, porque nunca hemos experimentado la incomodidad de carecer de ellas, eran de sumo valor para nuestros desterrados; i asi no se descuidaron en llevárselas. Parte de la carga consistía en dientes de elefante, á que no tocaron, como que de nada les habían de servir; i asimismo dexaron muchos barriles de café, que *Robinson* despreció, porque estaba resuelto



-uá no volver á acostumbrarse á superflui-  
 -dades nocivas, aunque gratas. De lo que  
 -sí cuidaron fué de desclavar i condu-  
 -cir á tierra quantas tablas pudieron, por-  
 -que las consideraron de grande utilidad  
 i aprecio: i por fin se llevaron los cinco  
 cañones de artillería restantes, como asi-  
 mismo todo el hierro que encontraron i  
 que les fué posible arrancar.

Despues de haber hecho diez i ocho  
 viages, á qual mas feliz, notaron, en  
 ocasion que se hallaban á bordo, que se  
 preparaba una tempestad; i se apresu-  
 raron á cargar la balsa, i á desamarrar,  
 esperanzados de llegar á tierra á fuerza  
 de remo antes que empezase la borras-  
 ca. Pero todo fué en vano: pues no ha-  
 bían llegado á la mitad del camino, quan-  
 do un impetuoso viento, acompañado de  
 relámpagos, truenos i lluvia, agitó i en-  
 fureció en tal manera el mar, que las  
 olas, anegando enteramente la balsa, arre-  
 bataron quanto en ella había. Harto hi-  
 cieron por lo tocante á sus personas, en  
 mantenerse algun tiempo fuertemente asi-  
 dos al mástil para que no se los lleva-  
 sen las oleadas que les pasaban por en-



cima de las cabezas, i aun le sobrepujaban en mucho.

Al fin no pudo la debilísima balsa resistir mas el ímpetu de las embravecidas ondas; i habiéndose aflojado los miembros i juncos que trababan unos maderos con otros, se deshizo todo el armazon de ellos, esparciéndose cada uno por su lado.

*Luisita.* ¡Ai Dios mio! ¿Qué será del pobre *Robinson*?

*Todos.* Poco á poco. — Esperemos á ver. —

*Calla.* —

*El Padre.* *Domingo* procuró salvarse á nado; y *Robinson* se asió á un madero, con el qual tan presto se hundia hasta el abismo, como subia á la cima de las encrespadas olas. Mas largo tiempo estaba sumergido debaxo del agua que sobre ella; hallábase atolondrado sin ver ni oír. Ya pierde las fuerzas; ya se queda totalmente privado; da un fuerte grito, i le sepulta una ola enorme, que se lleva el madero con que se habia abrazado.

Por fortuna el fiel *Domingo* se habia mantenido siempre á su lado; aunque,



si hubiese querido, no le hubiera sido difícil ponerse en salvo, llegando antes á la orilla, i al ver que su amo se iba al fondo, se zambulle, i cogiéndole con la mano izquierda, trabaja con la derecha, braceando para volver á salir sobre el agua. Echa luego el resto á sus esfuerzos, i con tan buen éxito, que al cabo de algunos minutos llegó á tierra con el cadaver del triste *Robinson*.

*Todos.* ¡Ai, ai! — Con el cadaver, eh!

*El Padre.* Vaya; todos estais ya sobresaltados. — He usado de la voz cadaver, por que no daba señal de vida — Afligido *Domingo*, habiéndole llevado mas tierra adentro, se echó sobre él; empezó á llamarle á gritos; le meneó; le dió repetidas friegas por todo el cuerpo; i acercó sus labios á la boca de su amo para comunicarle i restituirle la respiracion. Por último tubo el inexplicable consuelo de advertir algunos indicios de vida; i mediante su asistencia recobró *Robinson* el uso de los sentidos.

Al abrir los ojos, pregunta con débil i trémula voz: ¿donde estoi? — En mis brazos, amo querido (le replica *Do*)



*domingo*, vertiendo lágrimas.) — Aquí hubo entre los dos el mas tierno coloquio. Daba *Robinson* gracias á *Domingo*, hándole su libertador; i este por su parte fuera de sí con el regocijo de verle vivo, tenia como embargadas las potencias. No es posible, hijos míos, concluir la narracion de los lances de aquel dia con otro mas capaz de excitar vuestra afectuosa sensibilidad, i así me parece que basta por esta tarde.

### TARDE VIGESIMA-SEXTA.

Sobrevinieron algunos impedimentos para que el padre continuase la relacion de su historia, i en este intervalo se acrecentó el número de los niños i jóvenes oyentes con la llegada de otros quatro, cuyos nombres eran *Mateo*, *Fernando*, *Casimiro* i *Cristobal*.

Con qué porfia se empeñaban los antiguos condiscípulos en referir á los recién llegados quanto habian oido de las aventuras de *Robinson*! Uno contaba un suceso; otro citaba una sentencia ó maxî-



ma moral; este omitia una circunstancia; aquel transtornaba el orden de los acontecimientos; el otro acudia á suplir los que se habian quedado olvidados. Todos hablaban á un tiempo, i en medio de tal bullicio i charla no se oian ni entendian unos á otros.

Para contener semejante alboroto se vió precisado el padre á tomar la narracion de la historia desde el principio, i repetirla toda, repartida en varios dias, hasta el último acontecimiento en que la habia dexado pendiente; i luego, con gran satisfaccion del auditorio, prosiguió de esta manera.

*El Padre.* Con que, hijos míos, ya tenemos otra vez vivo á nuestro Robinson. El reposado sueño que logró aquella noche en su tienda, i en una cama libertada del naufragio, le restableció de tal modo, que al amanecer ya estaba levantado, i sintiéndose con sus fuerzas regulares, dió gracias á Dios de haberle conservado la vida i la salud. Habia durado la tempestad toda la noche; i él con la mayor impaciencia esperaba aclarase bien el dia para saber qué habria sido del navio.



Mostrose el sol en el orizonte, i entonces vió *Robinson* con gran dolor suyo que el baxel habia desaparecido. Maderos esparcidos por acá i allá en la playa le daban claro testimonio de que la tormenta le habia desbaratado. A vista de ello tuvo motivo de celebrar su acierto en no haber dexado de poner en salvo todo lo que pudo de la carga. ¡Dichoso el hombre que gobernándose por reglas de sabiduria i de prudencia, puede, siempre que un fatal accidente le priva de algunas conveniencias, decirse con fundamento á sí propio, como en este lance lo podia decir *Robinson*, que no habia culpa de su parte! ¡De quanto consuelo sirve en las adversidades este interior convencimiento! I sin él ¡quan amargas serian!

Tubieron sumo cuidado *Robinson* i *Domingo* de recoger por la costa todas las reliquias del navio, previendo que cada tabla, cada astilla podria hacerles mucho al caso en lo succesivo.

No quedándoles ya diligencia alguna que praticar, por lo tocante al navio, formaron un plan para proceder con or-



den i método en sus ocupaciones posteriores.

Tratábase á la sazón de transportar á su morada todos los efectos desembarcados; pero les pareció que durante la conduccion de cada porcion de ellos seria peligroso alejarse demasiado de la restante. Dispuso, pues, *Robinson* que alternativamente acarrearían i estarían de guardia, uno por la mañana i otro por la tarde. Cargó los cañones; dispuso su bateria en la ribera con la punteria acia el mar, i encendieron lumbre, de que deberia cuidar para que no se apagase aquel á quien tocase estar de guardia, dexando al mismo tiempo una mecha encendida cerca de los cañones para estar prontos á disparar quando el caso lo pidiese.

*Robinson* fué quien hizo el primer viaje. Deseando conservar sus mejores vestidos, se habia puesto uno de marinero; i en vez de sus antiguas armas trahia ya á la cinta un sable i dos pistolas cargadas. Dió principio conduciendo en su carretilla algunos barriles de pólvora, i otras cosas de las mas expuestas á echar-



se á perder con la humedad.

El perro de aguas que nunca se separaba de él, fué en esta ocasion un compañero de viage sumamente útil. Habiale puesto *Robinson* á la carretilla, i tirando el animal, ayudaba á su amo á llevarla; pues como semejantes perros son mui atinados, i aprenden con facilidad lo que se les enseña, tardó este mui poco en adestrarse i desempeñar el nuevo oficio, como si fuese un animal de tiro. Ademas llebaba un lio en la boca, á lo qual se hallaba acostumbrado de antemano.

Traxo *Robinson* á su vuelta todos los llamas ya enseñados á llevar carga, con el fin de ocuparlos; i como tenia siete que aguantaban hasta ciento i cinquenta libras, podreis sacar la cuenta del peso á que llegaría la carga de todos ellos en cada viage.

No cabiendo en el sótano tantos muebles i efectos; se dieron prisa á formar en el patio otro pavellon espacioso que sirviese de almacen mientras se tomaban otras medidas. En ocho dias se conduxo todo, excepto una porcion de tablas que



entre la maleza se dexaron encubiertas i resguardadas en la mejor forma posible.

*Luisita.* Pero no ha vuelto Papá á hablar de la cabra.

*El Padre.* Casi se me olvidaba ya. Pues bien: la cabra (como es fácil discurrirlo) fué tambien conducida á la habitacion; allí la dexaron en el establo de los llamas domesticados, con los quales se encariñó prontamente.

¡Quántas i quan gratas ocupaciones tenían entonces *Robinson* i *Domingo*! Apenas sabían por donde empezar; pero como *Robinson* por inclinacion i por costumbre gustaba de proceder con órden i método, distinguió inmediatamente los trabajos mas precisos de los que no lo eran tanto, i no dudó en acudir á los primeros con preferencia. Lo que mas urgía era fabricar una especie de almacén para depositar con máyor seguridad que en la tienda los efectos que no se podían colocar en la cueva. Les era entonces preciso dedicarse á la carpintería, oficio que ciertamente ni uno ni otro habían aprendido. Pero ¿qué cosa podía haber difícil para el industrioso i aplica-



do *Robinson*, ya provisto de toda suerte de herramientas? Los trabajos mas penosos, i de que menos práctica tenía, eran un juguete para quien había sabido llevar al cabo tantas obras sin auxilio de instrumentos proporcionados. Cortar i desbaratar árboles, quadrar pilares i vigas, sentarlas i acoplarlas, levantar paredes de ladrillo; hacer un techo de tablas, i cubrirle con otro de ojas de coco, todo se executó con admirable presteza.

Parecía este edificio despues de acabado una de las caserías de nuestra gente del campo; i como *Robinson* había tomado la providencia de quitar i traerse las ventanas de la cámara del navío, le sirvieron en su nuevo edificio, sin dexar en él abertura por donde entrase el viento. Gran maravilla causó á *Domingo* el vidrio, como que nunca había visto semejante composicion; i por experiencia fué luego conociendo el uso ventajoso que de él se hacía en Europa.

Quando ya estuvo todo colocado i puesto á cubierto, ideó *Robinson* dar á su fortaleza una entrada cómoda sin perju-



cio de la defensa i seguridad de ella. Parecióle el medio mas oportuno abrir una puerta regular con un puente levadizo; i hallándose abundantemente provisto de todo quanto se requerría para aquella obra, como clavos, cadenas, goznes, bisagras, cerraduras, &c. emprendió sin dilacion la obra. Primero trabajaron ambos en disponer la puerta i el puente levadizo: despues hicieron en la muralla i en la empalizada una abertura proporcionada á la puerta que allí pusieron, i luego colocaron el puente de tal modo, que estando levantado, quedase pegado á la puerta i la ocultase. Por último subieron á la muralla los seis cañones, de manera que dos defendian el flanco derecho, dos el izquierdo, i dos el frente del fortin. Resguardados asi de las invasiones de los salvages, i con la conveniencia de tener fácil entrada i salida en su fortificacion, podian ya vivir con mucho menos rezelo.

Luego que llegó el tiempo de la cosecha, valiéndose Robinson de un alfanje viejo, á falta de hoz, segó con él el maiz, i despues con una horquilla de tres



puntas fué desenterrando las patatas.  
 ¡Con quanta facilidad logró, ayudado de estos instrumentos, concluir su tarea!  
 ¡Qué gusto hubiera sido para nosotros ver á los dos afanados en recoger su cosecha, i ayudarlos en algo!

*Cristobal.* ¡Ah, si hubiera estado yo allí! De buena gana trabajaría con ellos.

*Juan.* Para eso no es necesario que vayas á una isla desierta. Aqui mismo podemos todos trabajar. Ya verás como Papá nos da ocupacion en las horas de recreo. Unas veces aserramos madera ó la partimos ó la acarreamos: otras veces mullimos la tierra de alguna era de la huerta, ó sacamos agua para regar, ó nos entretenemos en arrancar las malas yerbas. Anda; qué no faltará que hacer.

*El Padre.* Pero dí á Cristobal para que os exercito yo en estas faenas.

*Juan.* Para acostumbrarnos á no estar jamas ociosos, i robustecernos con el exercicio, que aprovecha mucho á la salud.

*Cristobal.* ¿Í trabajaremos tambien nosotros?

*El Padre.* Seguramente; porque os quiero tanto como á los demas compañeros vuestros, i cuidaré de que os ocupéis como



ellos en todos los ejercicios saludables.

*Casimiro.* Me alegro: i nos aplicaremos lo mismo que *Robinson*.

*El Padre.* Sea en hora-buena: i ya que á él le iba tan perfectamente con este género de vida activa, lo propio nos sucederá á nosotros.

Acabada la cosecha, *Robinson* i *Domingo*, ingeniándose cada uno con una mazorca de maiz ya desgranada, fueron estregando las demas para desprender los granos, i recogieron asi dos costales, que contendrían hasta unas quatro fanegas. Tenían provision de vizcocho para algunos meses; pero antes que esta se consumiese, quiso *Robinson* probar á hacer pan, que supliese la falta de aquel alimento.

Había sacado del navio un molino de mano, i solo le faltaba un cedazo para cerner la harina, i un horno para cocer el pan; mas pudo remediar ambas necesidades, pues formó un cedazo con muselina fina, de que había hallado una pieza entera entre los géneros libertados del naufragio; i la fábrica del horno era lo que menos cuidado le daba. Al fin to-



do quedó concluido antes del tiempo de las lluvias.

Para experimentar hizo dos especies de pan, uno de arina de centeno, i otro de arina de maiz. Declaróse por el de centeno, que le pareció mucho mas sabroso; i así determinó sembrar de esta simiente la mayor parte de su campo; porque nunca le faltase suficiente grano que panadear, cosa que no tubo por superior á sus fuerzas (ayudadas de las de *Domingo*) supuesto que el terreno de aquella isla podía rendirles dos cosechas al año.

Lo que no habían encontrado en el navio, i á la verdad les hubiera sido mui útil, era alguna azada de hierro. Una había hecho *Domingo* de madera mui dura, i que podía servir; pero con todo, siempre hubieran querido otra mejor, pues con nada se remueve tan bien i tan pronto la tierra como con azada de hierro. *Robinson*, resuelto ya á dedicar su principal esmero á la agricultura, como que es el mas provechoso i agradable de todos los oficios, pensó en establecer una fragua en que fabricar, no solo azadas,



sino otras muchas herramientas.

No era este proyecto tan extravagante como acaso os lo figurais, porque tenía en su almacén quanto se requería para disponer la fragua: un yunque, aunque pequeño, algunas tenazas, un mediano fuelle, i buena provision de hierro así labrado como en barras, con la qual tendría, al parecer, lo bastante para forjar quantos instrumentos pudiese necesitar en lo restante de su vida. Puso, pues, en execucion su pensamiento sin mas demora.

Cubriendo la cocina con un gran techo de tablas, les quedó debaxo espacio sobradamente capaz i bien defendido para plantificar la fragua i trabajar, aun durante la estacion lluviosa. Pasaron gran parte de ella ocupados en el oficio de herrero; i á fuerza de tentativas, primero infructuosas, i despues mas felices, consiguieron por fin el acierto.

Hechas ya las azadas, quiso *Robinson* adelantar en su arte, ideando fabricar un arado proporcionado á sus fuerzas. Logró en efecto su nueva empresa con imponderable satisfaccion de ambos. Com-



poníase este arado de una gruesa rama de árbol, que servía de *timon*, cuyo extremo encorvado sentaba en la tierra con un hierro cortante fixado en él, que es lo que se llama la *reja*, i un mango que se nombra *esteva*, con el qual dirige el labrador el arado como quiere. Al otro extremo se hubiera podido uncir una yunta de bueyes ó caballos; pero no teniéndola, era preciso que *Robinson* i su compañero supliesen esta falta con sus brazos. En una palabra, era aquel arado de la misma figura que el que usaron los antiguos griegos quando empezaron á aplicarse á la labranza, i todavía usan casi generalmente los españoles. (\*)

*Casimiro.* ¿Í no tenía ruedas como los de por acá?

*El Padre.* No.— Todos los instrumentos

(\*) En algunos parages de *Asturias* i *Galicia* tambien se usa el arado de ruedas, que es el comun en casi toda la Europa, i el único que *Robinson* podía haber visto en *Hamburgo* su patria.



eran mui sencillos á los principios. Fueron descubriendo poco á poco los hombres nuevas máquinas: i mudándolas i perfeccionándolas, han llegado á facilitar sus labores con mas ventajas i comodidad.

*Robinson*, que jamas había visto en los países del norte arado semejante, debía estar mui ufano de su invencion; porque hemos de suponer que habrían pasado muchos siglos primero que los hombres hubiesen llegado á inventar una máquina tan sencilla como aquel arado. Asi es que los autores de ella fueron considerados por su posteridad como hombres de tan profunda sabiduría, que despues de su muerte los reverenciaron los gentiles como á dioses. ¿Te acuerdas, Juanito, como se llamaba aquel á quien los egipcios atribuían la invencion del arado?

*Juan.* *Oríris*, era el que por este descubrimiento llegó á merecer entre ellos la misma adoracion que una deidad.

*El Padre.* I los fenicios atribuían tan útil invencion á un tal *Dagon*, teniéndole por ente sobre-humano, i llamándole *hijo del*



cielo. (\*)  
*Nicolas.* Pero ¿no podía *Robinson* haber hecho que sus llamas tirasen del arado?

*El Padre.* Al principio dudó que sirviesen para un trabajo de esta naturaleza, pues le parecían animales mas de carga que de tiro. No obstante, hizo la experiencia; i le salió mucho mejor de lo que esperaba, porque los animalitos se fueron acostumbrando, i al fin se hacía la labor tan perfectamente como si *Robinson* i *Domingo* se hubiesen criado en el ejercicio de labradores, i los llamas hubieran nacido para bestias de tiro.

Luego que pasó el tiempo de las lluvias, sembró *Robinson* buena porcion de

(\*) *Se ha suprimido en esta traduccion lo que el autor dice aquí acerca de la grada que formó Robinson para deshacer los terrones. Este instrumento de la labor, comunísimo en los paises extranjeros, es tan poco usado en España, que ha parecido superflua la descripcion de él, ademas de que su figura i usos necesitarían una explicacion demasiado individual i prolixa para los niños.*



centeno, algo menos de cebada, i menos todavía de guisantes; i al cabo de cinco meses tubo la complacencia de recoger una abundante cosecha de doce por uno, que sobraba para el gasto de seis meses. Pero queriendo con prudente economía hallarse provisto de repuesto mas copioso, por si acaso sobrevenían años estériles, granizos, ú otros accidentes destructores de las mieses, determinó fabricar un granero, i llenarle cada medio año, para que siempre contuviese el acopio necesario en caso de salir fallida una cosecha.

Con esta mira, no bien se serenó el tiempo quando levantaron el techo del almacén á fin de añadirle segundo piso que les sirviese de pósito ú alhóndiga. Requería esta obra mas arte i mayor afan que la de un quarto baxo; pero su infatigable aplicacion superó todas las dificultades, i se concluyó felizmente la fábrica.

Tubieron la fortuna de que entretanto pariese la cabra dos chotos ó cabritillos, con lo qual podía mui bien multiplicarse i perpetuarse en la isla la casta. El perro de aguas servía de guarda i cen-



tinela por las noches: el papagayo los entretenía muchos ratos mientras comían ó trabajaban; i los llamas iban siendo cada vez mas útiles desde que, ademas de suministrarle leche, manteca i queso, los ayudaban á labrar la tierra. No necesitaba ya *Robinson* para ser del todo feliz sino una cosa. — Adivinadla.

*Ramon.* Estar en compañía de sus padres.

*El Padre.* Menos que eso: tener allí algunos compañeros. Ellos eran dos; i alguno había de morir primero, de suerte que el que sobreviviese se había de ver tarde ó temprano tristemente separado de toda sociedad humana como un anacoreta. *Robinson*, sin embargo, tenía por culpable flaqueza el estarse atormentando, i pasar los mas amargos dias con el temor de desgracias posibles, pero encubiertas en las tinieblas de lo futuro; i pensaba que el mismo benigno Dios que hasta entonces había deparado remedio para todo, le depararía tambien con igual benignidad en lo sucesivo.

Consolado con esto, vivía gozando inalterable alegría i tranquilidad de espíritu, i bien satisfecho de las precauciones



que había tomado para su seguridad. Dios conserve á *Robinson* en tan ventajoso estado; i nos conceda á quantos aquí estamos una paz interior como la que él lograba.

¡Así sea! (dixo la Madre:) i todos los circunstantes se retiraron.

## TARDE VIGÉSIMA-SÉPTIMA.

*El Padre.* **H**oy traigo, queridos míos, muchas cosas que contaros.

*Luisita.* Mejor.

*El Padre.* Todo está en que yo pueda...

*Nicolas.* ¿Í porqué no, Papá?

*Carlitos.* Estaremos con mucha atención.

*Juan.* No le interrumpiremos á Vm.

*El Padre.* Pues vamos allá; pero prevenios todos para oír unos lances horrorosísimos, que no sabemos en que vendrán á parar.—Por vuestros gestos i ademanes conozco, poco mas ó menos, lo que ya estais conjeturando. Puede ser que acertéis: ello dirá.—

Si ahora quisiera yo referir individual-



mente todo lo que iba trabajando Robinson cada día, ayudado de las herramientas de que se hallaba tan bien surtido, haría una relación muy pesada, que os divertiría muy poco.

*Juan.* Si nos divertiría; pero serán cosas que ya las podemos dar por supuestas.

*El Padre.* Me ceñiré á decirlos que los dos compañeros apenas dexaron arte ni oficio por experimentar, imitando al panadero, al herrero, al sastré, al zapatero, al carpintero, al carretero, al alfarero, al hortelano, al cazador, al pescador, i á otros muchos, con tan buen éxito, que se adestraron medianamente en hacer una porción de cosas para las cuales nosotros, europeos regalones, necesitamos otros tantos artesanos que se empleen en servirnos. Se les aumentaban las fuerzas corporales al paso que las iban ejercitando; i su espíritu siempre dedicado á objetos útiles adquiría con la continua aplicación cada vez mas vigor, mas rectitud i pureza. Acaso es esta una prueba de que hemos nacido destinados á la vida activa, pues que de ella dimanar la robustez, la virtud i la felicidad.



Seis meses habían corrido, empleados en tan agradables ocupaciones, sin que se hubiese atrevido *Domingo* á hacer mencion del proyectado viage á su patria; pero muchas veces, despues de haber concluido su taréa diaria, solía subirse á lo mas empinado del cerro, desde donde alcanzaba registrar el parage en que estaba situada la isla que había sido su primera cuna. Entregado allí á las mas profundas meditaciones, se lamentaba de su desgracia en verse tal vez para siempre apartado de su anciano padre. *Robinson* por su parte, tampoco había querido hablar del asunto, considerando era imposible satisfacer el anhelo de su amigo mientras no acabasen de practicar las indispensables operaciones á que su nuevo método de vida los precisaba.

Ahora que ya estaban finalizadas las mas urgentes, el mismo *Robinson* fué el primero que propuso la construccion de otro barco, en que navegase *Domingo* á buscar á su padre. Renovóse con esta noticia el indecible júbilo del indio, no menos que el tierno agradecimiento á la bondad de su amo; i empezada la obra



desde la mañana siguiente, se executó con el auxilio de buenas hachas mucho mejor i mas pronto que la primera vez, como ya podreis discurrirlo.

Una mañana, hallándose *Robinson* ocupado en algunos que-haceres domésticos, envió á *Domingo* á la playa por tortugas, manjar que en mucho tiempo no habían servido á su mesa. Á poco rato de haberse ausentado el jóven; volvió á todo correr; i sin poder echar el aliento, ya de cansancio, ya de pavor, solo dijo con balbuciente lengua: *Abí están; abí están.*

Asustado *Robinson*, le preguntaba con ansia: ¿*Quién?* —; *Amo mio! Amo de mi alma!* (respondió *Domingo*:) *una, dos, tres, seis canóas.* Tan aturdido estaba, que no acertaba de la primera vez á decir *seis.*

Subió acéleradamente *Robinson* á la colina; i no sin espanto reconoció que decía *Domingo* la verdad; pues distinguió seis canóas llenas de salvages i ya próximas á la orilla. Baxó sin dilacion; i confortando al trémulo *Domingo*, le preguntó si, en caso de que los enemigos



junse acercasen; tendría ardimiento para  
 ayudarle fielmente i con todas sus fuer-  
 -zas. — Con mi sangre, con mi vida (repli-  
 -có el compañero, que ya se iba recobrando  
 del temor, i sentía renacer su brio para la  
 peléa.) Pues bien (dixo *Robinson*;) acu-  
 -damos á impedir que esos carniceros mons-  
 -truos consigan su horrible intento. Por  
 el camino te iré explicando mis designios;  
 que ahora no es tiempo de hablar, si-  
 no de obrar.

En esto baxó de la cañonera uno de  
 los pedreros con su cureña de ruedas; i  
 tomó seis fusiles bien cargados, quatro  
 pistolas i dos sables. Cada uno se puso  
 á la cinta un par de pistolas i un sable;  
 i al hombro tres fusiles; i prevenidos de  
 bastantes balas, municion i pólvora, ti-  
 raron del cañoncillo, i encamináronse  
 valerosamente al campo con todo aquel  
 formidable tren militar.

Así que pasaron el puente levadizo,  
 hicieron alto. Volvió *Domingo* á la for-  
 taleza para levantar el puente i cerrar la  
 entrada; i descolgándose luego por la  
 escala de cuerda, que siempre tenían pen-  
 diente del peñasco, volvió á incorporar-



se con su General. Tubo éste por mui necesaria semejante precaucion, para que, si se malograba la empresa, no pudiesen los indios bravos apoderarse del castillo.

Entonces fué quando empezó *Robinson* á comunicar á *Domingo* el plan de operaciones que habia formado. Irémos (le dixo) por detrás de la colina, i marcharémos por lo mas espeso i enmarañado del bosque, de suerte que no pueda descubrirnos el enemigo. Caminando despues ocultos entre los matorrales que siguen hasta la ribera, nos acercaremos á los salvages; i quando los tengamos á tiro, dispararémos un cañonazo con tal direccion que la bala les pase por encima, para que amedrentados los bárbaros abandonen la presa, i tomen la fuga en sus canóas.

Todo estó pareció á *Domingo* mui factible i verosimil. Asi (continuó *Robinson*) tendremos la complacencia de libertar á las infelices victimas de su carnívora gula, tal vez sin que derramemos ni una gota de sangre. Pero si acaso (lo que no esperamos) confiados ellos en que



son muchos, no huyesen, entonces, *Domingo* mio, llegará el lance de acreditar que somos hombres de espíritu, despreciando animosamente el peligro á que con la mas loable intencion nos hemos aventurado. El Altísimo, que todo lo vé i conoce, sabe el justo motivo porque exponemos nuestras vidas; i nos la conservará, si nos conviene. Hágase en todo su voluntad.

Diciendo de esta manera, dió á su compañero la mano; i ambos se prometieron recíprocamente auxiliarse hasta perder el último aliento.

Llegado que hubieron con el mayor silencio adonde terminaban los matorrales, se detuvieron, i dixo *Robinson* por lo baxo á *Domingo* fuese agachado i con mucho tiento á ponerse detras de un corpulento árbol que le señaló, i volviese á informarle de si descubría desde allí á los enemigos. Traxo el indio noticia de que si, por señas de que los había visto colocados al rededor de una hoguera, royendo los huesos de un prisionero, á quien ya habían destrozado; i que á corta distancia tenían otro atado de pies



i manos, i echado en tierra, que parecía ser blanco i barbado, el qual tardaría poco en padecer igual muerte.

Alterose *Robinson* en extremo con tales nuevas, principalmente quando oyó lo del hombre blanco. Llevaba consigo un anteojo de larga vista que había recogido á bordo del navio; i con este auxilio, acercándose al árbol, se certificó por sí propio de la relacion de *Domingo*. Vió en efecto unos cinquenta salvages antropófagos sentados en torno de la hoguera; i advirtió clara i distintamente que el infeliz prisionero era un europeo.

No puede *Robinson* contenerse, el corazon le palpita; la sangre le hierve; i si se dexa llevar del primer rapto impetuoso; ya va á dar inconsideradamente sobre los bárbaros, i á verter arroyos de sangre. Pero sabiendo que el ciego instinto de las pasiones debe sujetarse á la razon, se vale del freno de esta para reprimir la violencia de aquel.

Había mas adelante otro sitio igualmente cubierto de inculta maleza; y pasó nuestro Heroe á ocupar allí el puesto mas cercano á los Salvages, en medio



del qual se percibía un claro tan pequeño que no podría divisarse sino á muy corta distancia. Asestó su cañon por aquella abertura, dirigiendo la puntería un poco alta, para que, pasando el tiro por encima de los enemigos, los espantase sin hacerles daño; y luego previno en sumisa voz á *Domingo* le imitase puntualmente en todo quanto le viese hacer.

Dexó en el suelo dos fusiles, quedándose con uno al hombro; i lo mismo executó su compañero. Aplica *Robinson* la mecha encendida al fogon del pedrero; prende el fuego, i sale el tiro.

Al repentino estruendo caen en tierra trastornados los salvages, como si todos á un tiempo hubiesen quedado mortalmente heridos. *Robinson* i *Domingo*, atentos á lo que pasaba, i en incierta expectativa de las resultas, se apercibían á la refriega, por si acaso venía á parar el lance en llegar á las manos. Cosa de un minuto despues, recobrándose los bárbaros de su aturdimiento, se levantan; i los mas tímidos se refugian á las cavernas, mientras los mas valientes empu-



ñan sus armas.

La desgracia fué que, no habiendo ellos advertido ni el fuego ni la bala, solo el estampido del cañonazo los había dexado atónitos, por lo qual no fué tanta su consternacion como se había esperado: i así, no bien tendieron la vista acia un lado i otro, sin echar de ver cosa que pudiese perturbarlos de nuevo, quando se tranquilizaron; i los cobardes fugitivos volvieron atras. Reunidos todos empezaron su danza guerrera, dando horribles ahullidos, i esgrimiendo sus armas con furiosos ademanes i extravagantes gestos.

Indeciso permaneció *Robinson* hasta el fin de aquel baile; pero sorprendido entonces al observar que no solamente había vuelto á sentarse la feroz catterva, sino que dos de los bárbaros se acercaban al miserable europeo, é iban á asirle, no pudo ya moderar los naturales impulsos; i mirando á *Domingo* le dixo en tono baxo. *Tú por la izquierda, i yo por la derecha; vamos allá con la ayuda de Dios.* Luego apunta i dispara; i lo mismo hace *Domingo*. El tiro de éste



fué mas feliz que el de su amo, pues á la derecha cayeron tres, i á la izquierda cinco. De estos ocho los tres eran muertos, i los demas heridos. No es posible pintar la turbacion i desórden con que huyeron los que quedaron ilesos. Estos echaron á correr por un lado, aquellos por otro, i todos levantaban tremendos alaridos. Ya *Robinson*, empuñado el sable, iba á salir á campo raso para acabar de ahuyentarlos, i libertar al infeliz agarrotado eúropéo, quando atónito reparó que algunos de los fugitivos se congregaban dispuestos á defenderse. Echó mano á otro fusil: imitole *Domingo*; i dispararon ambos á un tiempo.

Solo dos enemigos perecieron en esta descarga; pero otros varios, mas ó menos gravemente heridos, se dieron á la fuga, despidiendo lastimeros ayes; i tres de ellos cayeron postrados, aunque todavía con aliento vital.

Al dexar *Robinson* el segundo fusil para tomar el tercero, que aun estaba cargado, dixo en alta voz á *Domingo*. *Salgamos ahora*. Descubrésele repentinamente; i apresúrase *Robinson* á consolar la



desgraciada víctima. Apenas se acercó á ella, notó que unos quantos salvages de los que huían atemorizados, volvían sobre sí despues de haber visto á sus contrarios, i que se juntaban en disposicion de hacer resistencia. Llamó la atencion de *Domingo*, que advirtiéndolo aquel movimiento, i penetrando la intencion de su amo, se adelantó; volvió á disparar i dió muerte á uno de los indios.

*Robinson* entretanto cortó con una navaja los cordeles de junco que aprisionaban fuertemente los pies i las manos del Europeo. Preguntóle en Aleman i en Ingles quien era; i el desventurado le respondió en Latin. *Cristianus Hispanus* (esto es, *Cristiano Español*.) No le permitió decir mas su extrema debilidad. Por fortuna había tenido *Robinson* la advertencia de llevar consigo un frasquito de vino por si recibía alguna herida. Diósele á beber al Español, que con esto cobró fuerzas; alargóle el sable i una de las dos pistolas con que pudiese ayudarle á dar fin á la contienda; i mandó á *Domingo* traer á toda prisa los fusiles para cargarlos de nuevo.



Así que el Español se vió armado de sable i pistola, se abalanzó furioso á sus asesinos, i en un abrir i cerrar de ojos acabó con dos de ellos. Ayudóle Domingo con el sexto fusil que aun estaba por descargar, mientras Robinson, sin perder tiempo, cargaba los otro cinco. Encontraron al principio bastante resistencia los dos combatientes; i hubieron de alejarse uno de otro, por que entretanto que el Español peleaba por una parte con un valeroso salvage, se habia empeñado por otra Domingo, despues de haber disparado el último tiro, en perseguir con sable en mano á una quadrilla de fugitivos, de los quales unos quedaron en el sitio, otros se arrojaron al mar para llegar á nado á sus canóas, i otros corrieron á esconderse entre los espesos matorrales.

El Español era el que mas apremiado se veía, pues aunque, sacando fuerzas de flaqueza, había acometido al salvage tan impetuosamente que le había maltratado con dos tajos la cabeza, las mismas heridas irritaron en tal extremo al bárbaro, que acercandose con su pesado alfanje de piedra al Español, le puso en



la mayor consternacion. Con dificultad acertaba este á parar los golpes; i al cabo, no le fué posible evitar que su adversario le cogiese por mitad del cuerpo, le derribase en tierra, i habiendole quitado de las manos el sable, fuese ya á dogollarle, pero *Robinson*, viendo en tan inminente peligro al Europeo, levantó al salvaje la tapa de los sesos de un escopetazo.

El Español; apénas pudo ponerse en pie, tomó un fusil, i se unió con *Domingo* para seguir el alcance de los Indios que se habian emboscado. Como estos eran ya pocos, i heridos los mas tuvo por conveniente *Robinson* quedarse en el campo de batalla para observar los movimientos de los que se habian acogido á las canóas. No tardaron sus dos compañeros en volver á incorporarse con él, i á noticiarle que ya no dexaban enemigo alguno en el bosque.

Querían ambos embarcarse precipitadamente en las canóas que habian desamparado los salvages, i perseguir á los que á toda vela se iban alejando; pero los contuvo *Robinson*, diciendoles:



Basta, amigos míos; basta, que acaso el derramamiento de sangre ha sido ya mayor de lo que debía. Dexemos con vida á los que ya no pretenden ni pueden causarnos daño.

Pero si los dexamos escapar (replicó *Domingo*) tal vez volveran á acometernos con fuerzas superiores.— Vuelvan en-hora-buena le respondió *Robinson*, dándole amistosamente una palmada en el hombro.) ¿Pues qué? ¿No se ha aumentado una tercera parte nuestro ejército desde esta mañana acá? Ahora ya podemos medir las armas con una legion entera de esos viles enemigos, mayormente si los esperamos encastillados en nuestra fortaleza.

*Luisita*. Ese me parece un buen golpe de *Robinson*: haber perdonado la vida á los salvages que habían quedado.

*El Padre*. Procedió ciertamente con humanidad i cordura; por que tambien hubiera sido demasiado rigor dar muerte sin necesidad á qualquiera de aquellos miserables que, lejos de presumir lo mal que obraban, estaban de buena fé en la deplorable i errada creencia de que era



acción meritoria matar i devorar á quantos enemigos suyos pudiesen.

*Cristobal.* Pero bien podian conocer que eso no era bien hecho.

*El Padre.* ¿Y cómo lo habian de conocer, Amiguito mio?

*Cristobal.* ¡Bueno! Hasta los niños saben que es una maldad de matar á uno i luego comérsele.

*El Padre.* Y esos niños ¿cómo lo saben, sino porque se lo han dicho desde sus mas tiernos años?

*Cristobal.* Es verdad.

*El Padre.* ¿Y si no se les hubiera dado instruccion alguna sobre este punto; si sus Padres i Madres, i las demas personas á quienes debían obedecer i reverenciar, les hubiesen dicho siempre que era obra loable matar á su enemigo para alimentarse de su carne?....

*Cristobal.* ¡Ah!... Entónces....

*El Padre.* ¡Ah!... Entónces el niño nunca discurria lo contrario; antes bien, luego que entrase en edad, se haría participante de aquella matanza i convite. En este caso se hallaban los pobres salvajes; i demos gracias á Dios de no ha-



bernos hecho nacer entre ellos, i de habernos dado Padres mas racionales i humanos, que nos han enseñado desde la infancia la diferencia que va del bien al mal i de lo justo á lo injusto.

Nuestro Heroe, amante de sus próximos, lloraba de compasion al reconocer todo el campo de batalla para dar algun socorro á los heridos que todavia alentaban; pero ya los mas habian espirado, i los restantes murieron en sus brazos, mientras el les bañaba con vino las heridas, i procuraba animarlos. La pérdida de los salvages fué de veinte i un hombres; i el ejército vencedor, lejos de haber perdido hombre alguno, ni si quiera tuvo un herido. Solo el Español había recibido una contusion quando uno de los enemigos le hechó en tierra.

*Mateo.* Pero ¿como habia ido ese Español à parar en manos de los salvages?

*El Padre.* Todavía no ha tenido tiempo *Robinson* para informarse de ello. Reprimamos esa curiosidad hasta mañana.

*Fernanda.* ¿Y ha de quedarse aqui la historia?



*Todos.* ¡Paciencia!

## TARDE VIGESIMA-OCTAVA.

*Matéo.* Con que díganos Vm. Señor: aquel español, ¿porqué casualidad había ido á parar entre los salvages?

*El Padre.* Vamos despacio, que ya lo sabrás. Primero es menester contar otros lances que allí sucedieron.

*Juan.* ¿Otros lances, eh?

*El Padre.* Movido *Robinson* de la curiosidad de registrar una de las canóas que habían abandonado los salvages, se acercó á ella; i con la mayor admiracion encontró alli otro infeliz, atado (como lo había estado el español) de pies i manos, i que parecía mas muerto que vivo.

Apresurose *Robinson* á soltarle las prisiones i ayudarle á levantarse; pero el desdichado no se hallaba con fuerzas para tenerse en pie, ni tampoco para hablar: i lo único que hacía era gemir, sin duda porque se persuadía que ya le conducían á la muerte.

Como no era europeo, sino indio, lla-



mó *Robinson á Domingo*, que estaba ócu-  
 pado en recoger i acinar los cadáveres,  
 para que le hablase en su lengua nati-  
 va. Apenas este puso los ojos en el pri-  
 sionero, quando vieron *Robinson* i el es-  
 pañol empezar una escena que no pudie-  
 ron presenciar sin lágrimas. Arrebatado  
 súbitamente *Domingo*, i fuera de sí, cor-  
 re al cautivo, le estrecha en sus brazos,  
 grita, rie, salta, baila, llorá, se mal-  
 trata rostro i pecho, i en una palabra,  
 parecía en sus ademanes un delirante. Pa-  
 só largo rato antes que á fuerza de pre-  
 guntas é instancias pudiese *Robinson* sa-  
 car de él esta breve respuesta. *Es mi*  
*Padre.*

No es fácil explicar las demostracio-  
 nes de entrañable i filial cariño que en  
 semejante ocasion hizo aquel buen jóben.  
 Veinte veces saltó de la canóá á tierra,  
 i de tierra en la canóá. Ya se sentaba  
 i desabrochándose el chaleco, se arrimaba  
 al seno la cabeza del padre para que  
 entrase en calor; ya le daba friegas  
 en las coyuntuaas de brazos i piernas, que  
 se habían entumecido con las recias li-  
 gaduras; ya volvía á abrazarle, i no



cesaba de acariciarle con los mas tiernos óscules. Alargóle *Robinson* el frasco, en que aun quedaba algun poco de vino, para que con éste fortificase los hinchados i doloridos miembros del anciano; i se apartó de allí á fin de que con menos sujecion pudiese *Domingo* entregarse enteramente á su extremada alegría. Mas volviendo al cabo de un rato, le preguntó si había dado algun alimento á su padre. ¡Ah! (respondió *Domingo*;) todo me lo he comido yo solo: ¡mal haya mi glotonería! Diole *Robinson* entonces su almuerzo, que aun no había probado; i el indio se le llevó á su desfallecido padre. Así que le presentó este desayuno, salió de la canóa el hijo, i echó á correr con tal velocidad, que antes que *Robinson* pudiese acabar de decirle ¿adonde vas? ya se había perdido de vista.

No tardó en volver; bien que no venía tan acelerado: i vieron que traía en una mano un cantarillo de agua, i en la otra algunos comestibles. Estos entregó á su amo en cambio del almuerzo de que se había privado; i el agua al padre,



que con la fresca bebida se recobró visiblemente quando ya la ardiente sed le tenía tan postrado que sin duda parecía iba por instantes á desmayarse.

Volviéndose entonces *Robinson* acia al español, que igualmente rendido se había recostado sobre la yerba, ordenó á *Domingo* que le subministrase tambien algun refrigerio; i el pobre europeo procuraba explicar con los ojos su agradecimiento. Esforzábbase para incorporarse; pero se lo impedían absolutamente los dolores que sentía en las coyunturas de pies i manos, hinchadas de resultas de las fuertes ligaduras; i así dispuso *Robinson* que *Domingo*, sentándose junto al español, le bañase con vino brazos i piernas, asistiéndole i cuidándole del mismo modo que al anciano salvaje.

Tierno espectáculo era por cierto el que ofrecía aquel afectuoso hijo, que mientras estaba socorriendo al español, volvía á cada momento los ojos acia su padre para observar como le iba. Habiéndose éste reclinado por un breve instante para descansar mejor, inmediatamente se fué *Domingo* á él con gran si-



lencio; pero apenas conoció que no se habia recostado sino para mayor comodidad, volvió á continuar su asistencia al español.

Intentaba *Robinson* trasladar al desgraciado europeo á la canoa con ayuda de *Domingo*; pero éste, como jóven i robusto, cargó con él á hombros, i le llevó él solo á bordo con toda prontitud. El fin que *Robinson* se proponía era transportar por mar á los dos huéspedes hasta las inmediaciones de la vivienda, por ser imposible que hiciesen aquella marcha á pie; i para esto, luego que embarcaron en la segunda canoa el pedrero, los fusiles, i ademas todas las armas de los indios vencidos, se pasó *Domingo* á la otra barquilla. Aunque empezó á levantarse viento fresco, i no mui favorable, remaba con tal esfuerzo, que *Robinson*, andando bien de prisa por la misma orilla, no pudo ménos de quedarse atras; i aun estaba á mitad de camino quando vió que *Domingo* ya venia de vuelta, i pasaba junto á él para conducir la otra canoa. Al mismo tiempo que llegó *Robinson* á la primera, en que estaban los enfermos, llegó



tambien *Domingo* con la segunda: tal era la rapidez con que bogaba.

Ya los tenemos enfrente de la cueva. No tardó *Robinson* en disponer unas angarillas, ó parihuelas, en que él i *Domingo* llevaron desde la playa al Español i al Salvage, uno despues de otro. ¡ Feliz hallazgo! ¡ Precioso tesoro para *Robinson*, que ninguna dicha anhelaba tanto como la de acrecentar la poblacion de su Isla! Le palpitaba de júbilo el corazón solo al pensar que de allí en adelante ya no tenia que temer el infortunio de verse por segunda vez reducido á la vida solitaria. Era superior á todo encarecimiento su regocijo.

Parecía que lo mas que necesitaban los dos enfermos recién-llegados era el descanso; i asi mientras *Robinson* calentaba un poco de vino para volver á bañarles los acardenalados miembros, dispuso *Domingo* unas camas, en que luego se acostaron.

Ocupáronse amo i criado en adelantar una buena cena, yendo este á desquartizar y traer un tierno llama, i encargandose aquel de lo demas. No podia



*Robinson* dexar de sonreirse de quando en quando al figurarse que se iba asemejando cada vez mas á un Monarca. Toda la Isla era su Reino: sus Vasallos todos le debian la vida, reconocian su voluntad como lei suprema, i estaban obligados á exponerse por él á los mayores peligros siempre que el caso lo requiriese.

Ya había vuelto *Domingo*, ya se iba preparando la cena, quando *Robinson* le dixo: Dos festividades, amigo mio, tenemos que celebrar hoi: una por haber libertado á dos próximos nuestros de la voracidad de unos tigres con figura humana; i otra porque has redimido á tu padre. Sirvamos á nuestra mesa en el convite de este dia lo mejor que tenemos.

No necesitaba *Domingo* de que le excitasen á estar alegre, porque jamas había sentido su pecho placer semejante, i asi lo demostraba ya cantando, ya bailando, ya riendo i executando quanto se le mandaba con una diligencia i puntualidad sin igual. Lejos de ser culpable la alegría, ¡oh que loable es, quando, en vez de distrahernos de nuestra obli-



gacion, nos infunde aliento para desempeñarla!

En esto despertaron los dos huéspedes; i aunque todavía los molestaban algunos dolores, se hallaron bastante aliviados i en disposicion de levantarse para sentarse á cenar. El indio anciano se manifestaba tan pasmado de todo lo que veia, como lo había estado *Domingo* la vez primera que observó las mas comunes invenciones de la industria européa.

Sirvió *Domingo* de intérprete en la conversacion que tubo su amo con el viejo i con el español.

*Fernando.* ¿Pues qué? ¿Sabia *Domingo* la lengua española?

*El Padre.* No; pero el español, que había estado mas de seis meses entre los salvages, hablaba medianamente el idioma de la tierra de *Domingo*; i por consiguiente se podía explicar con él. Esta fué la substancia de la relacion que hizo de sus aventuras.

„ Nuestro navio era de los que se emplean en el comercio de negros. Veniamos de la costa de África, en donde habiamos vendido diferentes mercaderias de



Europa, á cambio de oro en polvo, dientes de elefante, i negros. Unos ciento de estos teniamos á bordo para conducirlos de venta á la isla *Barbada*. Ya se nos habían muerto veinte por haberlos apiñando demasiado unos sobre otros en sitio mui estrecho. Un recio viento, que duró bastantes dias, nos alejó de nuestra derrota, echándonos acia las costas del *Brasil*; i porque la embarcacion hacía agua, no nos atrevimos á alargarnos á mar, i fuimos costeando la tierra-firme. De repente nos acometió otra tempestad de la parte del Poniente: nos extravió de la costa; i naufragamos de noche en unas rocas no mui distantes de una isla. Disparamos muchos cañonazos, haciendo todas las demas señales de pedir socorro, con ánimo de no abandonar el baxel hasta el último trance. Tubimos que quitar las prisiones á los esclavos negros para que nos ayudasen á dar á la bomba, pues el navio se nos iba llenando de agua; pero ellos apenas se vieron sueltos, se conjuraron contra nosotros, i apoderándose de las lanchas, acudieron á salvar sus vidas i recobrar al mismo



tiempo su libertad.

¿Qué recurso nos quedaba entonces? No podíamos valernos de la fuerza, supuesto que solo éramos quince contra ochenta, i muchos de ellos se habian hecho dueños de nuestras armas. Quedarnos sin lancha alguna en un navio que zozobraba era exponernos á perecer evidentemente. Recurrimos á exórtaciones, i aun á súplicas, procurando persuadir con ellas á los que poco antes eran nuestros esclavos á que se quedasen en nuestra compañía, ó nos llevasen en la suya. No puedo dexar de hacer aqui el justo elogio de la generosa humanidad de los negros, los quales, sin embargo de haber recibido de nosotros el mas duro trato, se movieron á compasion, i nos permitieron embarcarnos con ellos en las lanchas, bien que baxo la condición de que no llevasemos armas. Desarmados, en efecto, saltamos en las lanchas: i tan cargadas iban, que á cada momento consentiamos en ahogarnos. Con todo, forcejábamos por acercarnos á la isla; pero el viento cambio súbitamente, i nos engolfó en alta mar, á pesar del obs-



tinado esfuerzo de los remeros. Entonces sí que creímos perecer infaliblemente; mas por fortuna, las lanchas, aunque tan cargadas i tan combatidas de las furiosas olas, resistieron la tormenta, hasta que al fin, quando menos lo esperabamos, nos vimos sin haber perdido ni siquiera un hombre, mui cerca de una isla enteramente desconocida para nosotros; i los moradores de ella, humanos é inocentes, nos dieron acogida con suma beneficencia i agasajo.

Entre ellos hemos vivido desde entonces cada qual lo ménos mal que ha podido; pero siempre con bastante infelicidad, pues aquellos pobres salvages solo se mantienen de pesca i de algunas frutas silvestres que la Isla produce. Partían con nosotros sus escasos víveres de mui buena voluntad; i nos enseñaron su modo de pescar para que nos buscásemos por nuestras propias manos parte del sustento necesario. Los negros lo pasaban mejor que nosotros, no solamente por que estaban acostumbrados á la misma manera de vida, sino tambien por que habían recobrado su libertad.



Ha pocos días que una nacion vecina de bárbaros acometió á los de nuestra Isla. Todos tomaron las armas; i hubieramos creido faltar á la obligacion mas sagrada si no hubiesemos auxiliado á nuestros benignos hospedadores. He peleado al lado de este valeroso anciano, que como un leon enfurecido se metió en lo mas fuerte de la refriega. Le ví cercado de enemigos; quise libertarle, i tuve la desgracia de quedar hecho prisionero de guerra juntamente con él.

En este riguroso cautiverio hemos pasado dos dias con sus noches, atados de pies i manos, i sin provar alimento; por que despreciándonos como si fuesemos los mas viles animales; nos hechaban únicamente algunos peces podridos de los que el mar arroja á sus playas.

Hoi al amanecer nos conduxeron en canoas á ese lugar en que, segun costumbre de aquellos bárbaros debíamos ser pasto de su voracidad. La divina Providencia os traxo allí en favor nuestro, i generosos varones que nos habeis redimido; i así os debemos lo que jamas os podremos pagar. “



Calló el español; i confuso de agradecimiento, empezó á verter copiosas lágrimas. *Robinson* se alegraba de hallar plenamente confirmadas las conjeturas que desde luego le habían ocurrido; i *Domingo* le acompañaba en admirar la bondad del Omnipotente que todo lo dispone con impenetrable sabiduría.

Preguntado el español sobre quien era dueño de la carga del navío, respondió que la habían fletado dos negociantes de *Cádiz*, de los quales el uno había dado comision de comprar negros, i el otro que abominaba semejante comercio había mandado se tomase oro en polvo á cambio de sus mercaderías.

Cogió entonces *Robinson* de la mano al español; le llevó á la gruta i al almacén, i le mostró recogidos allí los mas preciosos efectos de la embarcacion perdida. Encargose *Domingo* de hacerle la relacion de todo i atónito el español, no acertaba á proferir una palabra.

Informándose igualmente *Robinson* de quien sería dueño de los diamantes i uniformes de oficial, supo que unos i otros eran parte de la herencia de un



oficial ingles, el qual despues de haber residido largo tiempo en la india oriental se restituía á Inglaterra; pero que por haber caido enfermo en el viage, había pedido le desembarcasen en la costa de Africa, donde había fallecido; i que el navío español llevaba aquellos bienes á la *Barbada*, para que desde allí los transportasen á Inglaterra.

Manifestóle asimismo *Robinson* todos los papeles que había sacado del navío i en ellos encontró el español el nombre del negociante á quien pertenecía el oro, i el de la viuda del oficial heredera de los diamantes i uniformes. Desde aquel punto miró *Robinson* oro, diamantes i papeles como inviolable depósito confiado á su fidelidad.

Acercabase ya la noche; i los afanes i peligros de aquel dia habían tendido de tal manera á los quatro compañeros, que todos tenían necesidad de descansar mas temprano de lo regular. Así lo hicieron para restaurar las debilitadas fuerzas con el benéfico alivio del sueño.



## TARDE VIGÉSIMA-NONA.

*El Padre.* **A**L siguiente dia juntó *Robinson* todas las fuerzas de su Imperio para practicar una diligencia que de todas ellas necesitaba, i no podía diferirse.

Era mui temible que los vapores fétidos de los cadáveres que yacían en el campo de batalla ocasionasen un contagio dañosísimo. Armáronse, pues, de hachas i pasaron á aquel horroroso teatro.

*Fernando.* ¿Con hachas?

*El Padre.* Si: pero no las llevaban para hacer los hoyos, por que en tal caso se hubieran valido de azadas picos i palas. Lo que intentaban era cortar leña, i disponer una hoguera en que reducir á ceniza los cadáveres.

*J. n.* Es verdad; que así lo hacían los Romanos.

*El Padre.* Y tambien otros pueblos de la antigüedad. No quería *Robinson* imitar á sus paisanos, que tienen la imprudencia de enterrar los muertos en medio de las ciudades, i aun dentro de las



iglesias, donde los vivos contraen por la respiracion enfermedades mortales.

*Matéo.* Pues eso es mui comun.

*El Padre.* Demasiado. Sirvaos este exemplo para conocer quan difícil es que los hombres renuncien á sus prácticas inveteradas, aunque se les demuestre que son perniciosas. Por esta razon os estoi siempre aconsejando que procureis adquirir desde ahora con vuestra aplicacion las posible luces i prudencia, por que despues, en llegando por vuestra desgracia á adoptar errores i vicios, i á familiarizaros con ellos, es arduo empeño el desarraigarlos, aun quando comprehendáis palpablemente el peligro.

Hoi nadie ignora que las exhalaciones de los cadáveres son venenosas para los vivientes; pero ¿dexan por eso de sepultar aquellos en cementerios situados en el centro de las ciudades, i aun en bóbedas de templos, donde siquiera suelen echarles tierra? Tal vez se pasará un siglo ántes que se piense eficazmente en abolir uso tan perjudicial.

*Ramon.* ¡Que no tuviera yo mando! Pron-



to lo arreglaría yo eso.

*El Padre.* He aquí uno de los principales motivos que os deben obligar á todos á adquirir quantas buenas prendas constituyen un verdadero mérito. Entonces sobresaldréis entre vuestros conciudadanos, grangearéis su confianza, i podréis obtener dignidades que os autoricen para reformar abusos nocivos, é introducir usos saludables. Quizá tiene destinado el cielo á alguno de vosotros para entrar en el número de aquellos á quienes se confía la facultad de hacer felices á sus compatriotas; pues os ha concedido próvidamente las principales circunstancias que para tal elevacion se requieren. Os ha dado padres virtuosos é ilustrados, bien-quistos i acreditados en el público; os ha dotado de las mas aventajadas disposiciones corporales i espirituales, que todavia no han empezado á viciarse; i últimamente ( si me permitís que sin vanidad lo diga ) os ha facilitado una educacion que pocos hombres pueden preciarse de haber logrado.

Vergüenza sería que alguno de voso-



tros dexase de corresponder á los favores de la Providencia, que os ha proporcionado para llegar á ser personas de superior capacidad, i coadyuvar á cosas de importancia. Si, como lo espero de vuestra buena índole i conducta, os tocaren tan honroso destino que os veais algun dia colocados donde podais influir en la fortuna de millares de hombres, emplead la autoridad que se os confie en disminuir el mal, i fomentar el bien entre vuestros semejantes, derramando quantos beneficios contribuyan á la prosperidad i alegría pública. Acordáos entonces de lo que ahora ha dado motivo á esta paternal exórtacion, i procurad, si es posible, que vuestros conciudadanos se desprendan de la costumbre de enterrar los muertos donde sus infectos hálitos sean perniciosos á los vivos. (\*)

---

(\*) Pocas semanas despues de haberse publicado la primera ediccion alemana de la presente obra, tubo su Autor la inesperada complacencia de saber que este lugar de su libro habia producido un efecto bastante notable;



Después que, como iba diciendo, quemaron Robinson i sus compañeros los cadáveres, se restituyeron á su albergue. Fué instruyendo Domingo á su padre acerca del justo horror con que miran las naciones cultas la costumbre de comer carne humana. Extrañolo mucho el anciano; pero consiguió el jóven retraherle de semejante barbarie á fuerza de repetir lo que su amo le había dicho so-

---

*i fué que un estimable sugeto, amante de la humanidad, algunos dias antes de su muerte, originada de una consuncion, hacía le leyesen esta obra, i llegando á oír el razonamiento arriba inserto, le causó tal impresion, que pidió á sus deudos que, en caso de fallecer, le enterrasen fuera de poblado: tan de veras había adoptado las idéas del autor. La preocupacion general opuso grandes obstáculos al cumplimiento de este buen deseo; mas prevaleciendo al fin en el ánimo de los parientes la voluntad del difunto contra el dictamen de la muchedumbre de insensatos, se llevó á efecto la dispocision testamentaria.*



bre el asunto.

Así como *Robinson* había puesto al hijo el nombre de *Domingo*, porque en un *Domingo* le libertó de sus verdugos, así también quiso distinguir por entonces al padre con el nombre de *Joviano*, porque en un *Jueves* le había también redimido, i así le llamaremos de aquí en adelante.

Convocó *Robinson* á todos para una junta, en que *Domingo* hizo de intérprete; i nuestro heroe, como presidente de ella, abrió la sesion, pronunciando este breve discurso.

„ Aunque es cierto, amigos carísimos, que los que aquí nos hallamos congregados poseemos ya lo necesario para pasar quieta i cómodamente la vida, siento yo que, en medio de los bienes que disfrutamos, no se dará mi corazon por satisfecho mientras me conste hai hombres que, teniendo tanto derecho como yo mismo á participar de otras conveniencias, viven privados de ellas, i padeciendo toda especie de penalidades. De tus paisanos hablo, amado europeo; de los españoles que se han quedado entre los



salvages. Deseo, pues, con vivas ansias que cada uno de vosotros me exponga su parecer acerca del medio mas oportuno para lograr que alcance alguna parte de nuestra fortuna á aquellos infelices desterrados. «

Dixo: i cada qual fué votando por su turno. Ofreció desde luego el español ir él solo á buscarlos, embarcándose en una de las canoas que habian desamparado los enemigos. Declaró *Joviano* que estaba pronto á emprender la misma expedicion. *Domingo* opinó que su padre, en consideracion á la avanzada edad, permaneciese en la isla; i que él, como mas apto para el desempeño de tal encargo, acompañaría al español. Suscitóse entre hijo i padre una generosa competencia sobre quien de los dos había de aventurar la vida; i hubo de terciar *Robinson* i dar una sentencia á que debian conformarse obedeciendo sin réplica. Falló, pues, que *Joviano* i el español emprendiesen el viage, i que *Domingo* se quedase en su compañía.

*Carlitos*: ¿Í porqué no enviaba á *Domingo* en lugar del pobrecito viejo?



*El Padre.* La tierna i verdadera amistad que profesaba á su mas antiguo compañero no le permitía exponerle á un peligro en que él mismo no tuviese parte. Ademas de esto el padre era mejor mareante que el hijo; i por lo que mira al español, era indispensable que hiciese aquella travesía; pues, no yendo él, no era verosímil que sus paisanos se reduxesen á aceptar el convite de *Robinson*.

Determinóse por consiguiente que ambos partiesen, luego que dexasen aradas i sembradas unas tierras diez tantos á lo menos mas extensas que las que antes cultivaban, en atencion á que el acrecentamiento de la colonia exígia necesariamente mayor consumo diario de víveres.

Aplicaronse todos á la labranza por espacio de algunos dias; i como trabajaban con alma, remataron tan feliz i prontamente la obra, que al cabo de dos semanas se hallaron en estado de tomar disposiciones para el premeditado viage.

Pero antes de la partida dió el español una prueba no solo de su honradez i gratitud á *Robinson*, sino tam-



bien de su sagacidad i prudencia; pues le representó que, siendo los demas españoles unos marineros como él i por consiguiente gente sin crianza, no los tenía intimamente conocidos para atreverse á salir por fiador de sus genios: en cuyo supuesto era de dictamen que *Robinson*, como señor de la isla, formase una escritura ó contrata, en que se expresasen las condiciones con que los había de admitir, previniendo no se daría partido al que anticipadamente no aceptase dichas condiciones.

Contentísimo *Robinson* del testimonio de fidelidad que le daba su nuevo súbdito, siguió el acertado consejo, i extendió la contrata concebida en estos términos.

„ El que quiera establecerse en la isla de *Robinson* para gozar en ella las conveniencias de la vida con que desde ahora se le brinda, debe obligarse á observar los pactos ó artículos siguientes:

- 1.º Conformarse en todo con la voluntad del señor legítimo de la isla, sometiéndose voluntariamente á quantas leyes i estatutos tenga dicho señor por conducentes al bien del estado.
- 2.º Ser ac-



tivo, sobrio i virtuoso; pues ningun ocioso, dado á la gula, ó disoluto será tolerado en la mencionada isla. 3.º Abstenerse de toda altercacion, i de hacerse juez en causa propia, qualquiera que sea la ofensa que haya recibido, debiendo sí querrellarse ante el señor de la isla ó ante la persona en quien éste haya subdelegado el oficio de juez. 4.º Allanarse con toda sumision á desempeñar las tareas que exija el bien de la sociedad, i ayudar, siempre que el caso lo requiera, al señor de la isla, aunque sea á costa de su sangre i de su vida. 5.º Si alguno osase rebelarse contra qualquiera de estas justas leyes, todos los demas individuos de la república estarán obligados á coligarse contra él, ya para sujetarle á cumplir con lo que debe, ya para extrañarle perpétuamente de la isla.

I se exôrta á todos i á cada uno á que reflexionen con la mas seria atencion la substancia de estos artículos, i á que, antes de firmarlos (lo qual equivaldrá á una promesa jurada) hagan firme resolucion de guardar inviolablemente las condiciones que en ellos se contienen.

== Robinson ==



Quedó concertado que el español traduciría esta escritura en su lengua, i que llevaría consigo pluma i tinta para hacer que la firmasen sus compañeros antes de embarcarse.

*Casimiro.* Pero ¿en una canóa sola había bastante cabimiento para todos aquellos españoles?

*El Padre.* No: la canóa podía servir únicamente para la travesía; mas para la vuelta debían valerse de las lanchas que habían sido del navio que naufragó, las quales, segun aseguraba el español, se mantenian todavia mui servibles.

Embarcados ya los víveres i pertrechos necesarios, i corriendo viento favorable, se hicieron á la vela nuestros dos diputados, despues de haberse despedido afectuosamente de *Robinson* i de *Domingo*. Sintió éste con tales veras la triste separacion, que desde la víspera de ella se llevó las horas enteras llorando, i perdió totalmente el apetito. Pero nunca se manifestó tan inconsolable como en el momento de la partida. Entonces fué quando, abrazándose del padre una i mil veces, le anegaba con sus lágrimas. Por fuerza se des-



prendió el anciano de los brazos del hijo para pasar á bordo de la canóa; i aun despues de desamarrada ésta, se echó *Domingo* al mar, i se fué nadando hasta acercarse á uno de los costados de la barquilla, i abrazar otra vez á su padre, impiéndole ya los profundos sollozos pronunciar el último *á Dios*. Luego que volvió á tierra, subió á sentarse en lo mas alto de una loma, desde donde, despidiendo tiernos suspiros, miraba de hito en hito la canóa, que navegaba viento en popa, hasta perderla enteramente de vista.

*Robinson*, para divertir á su amigo, pasó con él casi todo el resto del dia cazando i recorriendo los montes. Poco habian andado todavía, quando el perro de aguas que los acompañaba se paró al pie de unas peñas cubiertas de maleza, i no cesaba de ladrar. Acercáronse; i descubrieron en las mismas peñas un boqueron por donde no se podía entrar sino á gatas.

Gustaba tanto *Robinson* de exâminar todo lo que le excitaba curiosidad, que dixo á *Domingo* probase á penetrar por



aquella abertura; i el indio le obedeció. Pero no bien había introducido la cabeza, quando la retiró, dando un tremendo grito, i huyó á todo correr, fuera de sí, i sordo á las voces con que su amo le llamaba. Siguióle éste hasta alcanzarle; i en tono de admiracion le preguntó porqué huía. ¡Ah! (respondió *Domingo* casi sin poder hablar:) escapemos amo mio; libertémonos quanto antes. En aquella cueva hai un monstruo horroroso con unos ojos encarnizados i encendidos i una boca grandísima que sería capaz de tragarnos vivos á los dos juntos.

Esa espantosa boca quisiera yo ver (dixo *Robinson*;) ¡Ai, señor! (replicó *Domingo* arrodillandose:) no hagais tal cosa, por amor Dios. Infaliblemente os devoraría aquel monstruo, i el pobre *Domingo* se quedaba sin amo.— ¿Pues que? le preguntó su patron, sonriéndose: ¿te ha devorado á tí?

Quedóse el indio sin saber que responder. *Robinson* le envió á la posada para que traxese la linterna, i entretanto se apostó de centinela á la boca de la cueva con el fusil al hombro, dicien-



do allá entre sí: ¿ que cosa tan horrenda será esta que ha visto *Domingo*? ¿ Alguna bestia feroz? ¿ un leon? ¿ un tigre? una pantera ú otro animal semejante? Entónces sería temeridad mia entrar en la caverna. Pero, si hubiese tales fieras en esta isla, ya lo sabría yo á la hora presente.— Además de que, si fuera animal de esta especie, no se hubiera libertado *Domingo* de sus garras.—Nó, nó es increíble que sea eso. Su misma cobardía le habrá alucinado, haciéndole ver lo que no hai. Salgamos de la duda aunque no sea mas que para curar á este sencillo mancebo de su pueril facilidad en asustarse.

Llega entretento *Domingo* trayendo la linterna encendida i con lágrimas en los ojos vuelve á empeñarse en disuadir á su amo del intento de exponerse á un riesgo en que se le figuraba había de perecer indefectiblemente. Pero *Robinson* estaba ya, por una parte, acostumbrado á no dexarse sobrecoger del miedo, i por otra, era constante en sus resoluciones quando las había premeditado con madurez. Procuró, pues, ani-



mar con varias exhortaciones á *Domingo*, i tomando en una mano la linterna, i en otra una pistola, se encaminó intrépidamente á la cueva.

Apénas introduxo la cabeza por el boqueron, divisó á la escasá luz, un objeto que al pronto no dexó de conmovérle; mas no por eso retrocedió: i acercando mas la linterna para descubrir mejor el desconocido monstruo, vió patentemente que era un llama que iba á espirar consumido de vejez. Despues que registrando por todos lados, se aseguró de que no había por allí mas animal que aquel llama tan poco temible se internó mas en la gruta, é instó á *Domingo* para que le siguiese.

Este, aunque temblando, no pudo resolverse á abandonar á su protector; i haciendo esfuerzos para vencer su natural timidez, se alentó por fin á acompañarle entrando en la caverna detras de él. No tardó en reconocer con harta confusion suya quanto le había engañado el terror, agrandandole los ojos i la boca del animal.

Al tiempo de entrar le dixo *Robinson*



como burlándose: ahora bien, *Domingo*? ya ves que cosas hace creer el espanto. ¿Donde están aquellos ojos fulminantes? ¿Qué se ha hecho aquella boca enorme que discurrias haber visto? — Pues yo respondió el indio juraría que lo estaba viendo.—No dudo (le replicó el amo) que así te lo parecería; pero bien podías saber que el miedo es un impostor que aparenta lo que no existe. Persuádate que de él se originan todas las patrañas de duendes, fantasmas i otros espantajos del mismo jaez. Los autores de tales absurdos siempre han sido viejas asustadizas, i hombres no ménos apocados que ellas, los quales se han figurado como tú, i luego han afirmado con juramento, haber visto lo que ni habían visto, ni tal vez podían ver. Ya es tiempo, amigo de que empieces á ser hombre: de hoi en adelante mira primero bien las cosas; i destierra de tu corazón esa pusilanimidad que no es perdonable ni en una muchachuela. — Prometió *Domingo* hacer en ello quanto estuviese de su parte.

Mientras esto pasaba ya había muer-



tó el infeliz llama; i ambos le sacaron de la cueva para enterrarle inmediatamente. Observaron luego con mas atencion aquel lugar; i advirtieron que era la gruta una anchurosa i agradable estancia, que podría llegar á servirle de algun provecho. Parecía que de intento la habían labrado: era fresca sin la menor humedad, i las paredes, como de cristal, reflexaban la luz por todas partes, qual si fuese aquella una sala adornada de espejos.

Al momento determinó *Robinson* destinarla para gabinete de recreo, donde gozaría el fresco durante los ardores del sol, i para depósito de los comestibles que no pudiesen resistir el demasiado calor en otra parte; i no era poca fortuna que solo distaba de su principal morada un quarto de legua.

Partió *Domingo* á traer herramientas; i con ellas se dedicaron él i su amo á trabajar en ensanchar la entrada, con ánimo de ponerla una puerta. En esta divertida ocupacion emplearon el tiempo mientras estuvieron ausentes los dos compañeros comisionados.



## TARDE TRIGÉSIMA.

*Nicolas.* ¿Sabéis lo que me sucede ahora? — Que cada vez que Papá se pone á contarnos algo de *Robinson*, me entra un miedo....

*El Padre.* ¿De qué?

*Nicolas.* De que se acabe la historia.

*Teodora.* Si yo fuera Papá, la haría durar tanto, que nunca se acabase.

*El Padre.* En este mundo, hijos míos, todas las diversiones tienen su término. También la nuestra ha de fenecer, i haréis bien en estar prevenidos de antemano para ver el cabo i remate de las aventuras de *Robinson*. Sin embargo, se va disponiendo otra tempestad, como luego lo vereis: quiero decir, que aun ha de haber nuevos contratiempos; i no se en que vendrán á parar. — Estadme atentos.

Ocho días habían pasado, i aun no parecían los diputados *Joviano* i el español, de suerte que ya daba cuidado su tardanza. No cesaba *Domingo* de correr de la playa á la colina i de la colina á la playa, cansándose inutilmente la vis-



ra en procurar descubrirlos, hasta que un día, á tiempo que *Robinson* estaba ocupado dentro de su morada, vino muy apresurado el indio, cantando, dando brin-  
cos, i clamando con destemplados gritos luego que desde lejos vió á su amo:  
¡*Que vienen, qué vienen!*

Al oír tan feliz nueva, toma *Robinson* el anteojo de larga vista, i sube acelerado á la cima del cerro. Aun sin anteojo divisó efectivamente algo distante una lancha que venía acia la isla; pero así que la miró con él, dixo á su amigo, meneando la cabeza, i en ademan de poco satisfecho. Dudo mucho que aquello sea lo que estamos aguardando. — Aquí se le demudó á *Domingo* el semblante.

Volvió *Robinson* á observar la lancha; i lo que antes era duda, ya fué sobresalto. Cerciorado de que no venían allí sus compañeros, se lo comunicó á *Domingo*, añadiéndole que aquella lancha era inglesa, é ingleses los que en ella navegaban. Considerad como se sobrecogería el infeliz isleño.

Sígueme, le dixo *Robinson*, encaminándose á una eminencia, desde la qual



se podía descubrir mejor la costa del Norte. — No bien llegaron allí, é inclinaron la vista al mar, quando se quedaron absortos i como petrificados, advirtiendo un navio ingles de grueso porte anclado casi á dos leguas de distancia.

Excitáronse alternativamente en el ánimo de *Robinson* la alegría, la sorpresa i la inquietud: alegría, de ver un baxel que acaso le sacaria de su destierro; inquietud i sorpresa, de no acertar á concebir qué motivo hubiese traído á sus costas aquella nave. Ninguna tempestad podia haberla arrojado allí; pues durante unas quantas semanas constantemente habia reinado tiempo bonancible. Tampoco debía el buque haber venido con expreso destino á la isla. Luego ¿qué razon era capaz de haber obligado al capitán á navegar acia unos parages en que los ingleses no tienen establecimiento ni tráfico? Era de temer, por consiguiente, que fuesen piratas.

*Henrique.* ¿Í qué gentes son esas?

*El Padre.* En una parte ú otra siempre hai hombres tan mal educados en su juventud, que ó ignoran, ó apenas reflexio-



nan quan feo delito es el robo, i no escrupulizan de apropiarse la hacienda agena por medios violentos. En tierra los llaman *salteadores*, *bandidos* ó *bando-leros*, i en la mar *piratas*.

*Cristobal*. Pero aquellos eran ingleses.

*El Padre*. Verdad es que lo parecian; pero tambien podian ser facinerosos que, despues de apoderarse de algun navio ingles, se hubiesen vestido en trage propio de esta nacion: fuera de que en la misma Inglaterra ha habido siempre ladrones de todas clases, como en qualquier otro pais.

Hubiera tenido *Robinson* por gran felicidad en los primeros años de su solitaria mansion i absoluto desamparo en la isla haber caido en manos de piratas, i ser su cautivo ó esclavo para volver por este medio á la sociedad i trato de los hombres; pero hoi que su situacion es mas tolerable, se estremece solo de imaginar el peligro de verse sujeto á malhechores. Participó á *Domingo* sus rezelos; i ambos se retiraron á fin de observar desde lejos á los que se acercaban en la lancha, i procurar descubrir sus designios.



Apostados én un alto, poblado de árboles i matorrales, donde, manteniéndose ocultos, podian estar en acecho de quando pasaba, vieron que la lancha, á cuyo bordo venian once hombres, habia llegado á un parage llano de la playa, distante un quarto de legua escaso del puesto que ocupaban los dos amigos; i que allí la habian amarrado. Desembarcaron los forasteros, armados los ocho de ellos, i maniatados los tres restantes; pero desataron á estos luego que hubieron saltado todos en tierra. El exterior de uno de los presos daba claras i lastimosas señales de que imploraba la compasion de los armados; i mientras él se postraba humildemente á sus plantas, los otros dos infelices alzaban las manos al cielo como pidiendo á Dios los amparase en tal peligro.

No menos condolido que perturbado *Robinson* con semejante espectáculo, no sabia que discurrir, quando, acercándosele *Domingo*, le dixo en tono como de reconvencion i despique. ¡Ola! ¿Con qué tambien vosotros los europeos comeis vuestros prisioneros? — Anda (le replicó al-



go enfadado *Robinson*:) no hayas miedo que tal hagan; i continuó observándolos con el anteojo.

No pudo menos de estremecerse luego al notar que algunos de los armados amagaban repetidas veces con los sables al que estaba arrodillado; pero al fin tubo el consuelo de ver que los presos se habian quedado solos, i que los demas desviándose unos de otros, se iban internando en el bosque.

Quando advirtió *Robinson* que los tres pacientes, rendidos de la agitacion i del despecho, se tendían en la arena, traxo naturalmente á la memoria el deplorable estado á que el mismo se había visto reducido el día en que las olas le arrojaron á la isla; i esto le inspiró aliento para resolverse á no omitir diligencia, por arriesgada que fuese, en alivio de aquellos desventurados, si acaso lo merecian. Despachó, pues, á *Domingo* para que conduxese todos los fusiles, pistolas, sables i municiones que pudiera; i entretanto determinó quedarse allí á la mira de qualquier novedad que sobreviniese.



Volvió el indio con las armas; habiendo ya cargado las de fuego, repararon con suma complacencia que, dispersos acá i allá los marineros, se recostaban á la sombra para entregarse al sueño durante la calurosa siesta. *Robinson*, despues de haber dexado pasar mas de un quarto de hora, se encaminó con buen ánimo acia los tres perseguidos extrangeros, que vueltos de espalda acia él, aun permanecían en el mismo puesto. Asi que se acercó, i de repente les preguntó quienes eran, se quedaron como si los hubiese herido un rayo.

Al cabo se levantaron sobresaltados, é hicieron ademan de huir; pero les dixo *Robinson* en ingles que nada temiesen, i que venía á patrocinarlos.— El cielo es sin duda quien os envia (respondió uno de ellos, mirandole atónito, i quitándose con gran respeto el sombrero.)— Todo amparo viene del cielo (replicó *Robinson*;) pero decidme sin mas demora quales son vuestras cuitas, i como podré remediarlas.— A esto satisfizo uno de ellos diciendo: soi el capitan del navío; i se-



ñalando á sus compañeros añadió: este es mi piloto; i el señor un pasajero. Mis marineros se sublevaron para apoderarse del baxel: su primer intento fué darnos muerte á los tres que aqui estamos, por que reprehendíamos su iniqua accion; al fin se aplacaron, i nos han hecho merced de la vida; pero merced aun peor que la misma muerte, pues van á dexarnos confinados en esta isla casi deshabitada, i condenados á perecer de miseria.

Con dos condiciones (les dixo Robinson) os ofrezco derramar mi sangre i aventurar mi vida por salvaros de tal conflicto.— ¿Quales son, generoso mortal? (preguntó el capitan.) — Estas (respondió nuestro héroe:) que mientras habiteis en esta isla os habeis de sujetar á mi voluntad, i que si logro restituirros vuestro navío, me habeis de llevar en él á Európa como tambien á mi compañero.— Nosotros (exclamó el capitan) el navío, i todo quanto hai en él, estaremos absolutamente á vuestro mandado.

Mui bien (prosiguió Robinson:) os entrego á cada uno un fusil i un sable,



con tal que no hayáis de usar de ellos sino quando yo lo tenga por conveniente. Ahora que los agresores yacen dormidos, i separados unos de otros, vamos á rendirlos sin efusion de sangre.

Parten pues, i *Domingo* se lleva consigo los cordelès quitados á los tres presos. El primer marinero á quien se acercaron estaba tendido boca abaxo, i dormía tan profundamente, que quando despertó, ya le habían sujetado brazos i piernas i tapado la boca con un pañuelo. Atáronle las manos atras: i mandándole no se moviese del sitio, ni abriese los labios, so-pena de que inmediatamente le tirarían un balazo, le volvieron de cara al mar para que no pudiese observar lo que iba á suceder á sus compañeros.

Al segundo atáron, amenazáron i volvieron del mismo modo; i la fortuna, como vulgarmente decimos, ó (hablando como se debe) la Providencia divina, se mostró en aquella ocasion protectora de la inocencia i vengadora de la maldad. Seis de los reos estaban ya bien agarrotados; pero los dos que quedaban, despertaron



i corrieron despavoridos á tomar las armas.... ; Tenéos, infelices! (gritó *Robinson*;) ya veis á vuestros compañeros: reconoced nuestra superioridad, i rendid al instante las armas: la menor dilacion os costará la vida.

Soltáron las armas en efecto; i arrodillados pedian ya perdon á su capitan. Maniatáronlos como á los demas; i quitándoles para mayor precaucion hasta las navajas, los lleváron todos á la gruta recientemente descubierta, donde los encerráron, con prevencion de que la centinela que los habia de custodiar dispararia un fusilazo al primero que intentase violentar la puerta.

*Robinson* i *Domingo* con sus nuevos aliados (ménos el pasajero, que se quedó de guardia en la gruta) pasaron inmediatamente á la lancha, i habiéndola sacado á tierra con ayuda de palancas, la hicieron un agujero en el fondo para que sin una compostura no pudiese ya servir.

*Fernando.* ¿Y qué adelantaban con eso?

*El Padre.* Te diré. Habian previsto que, no volviendo la lancha á su navío, la



tripulacion de este enviaria otra lancha i por consiguiente era mui acertado inutilizar la primera para que no pudiesen llevarsela los que viniesen en la segunda.

Lo mismo que pensaron, sucedió puntualmente; porque á cosa de las tres de la tarde dispararon á bordo del navío un cañonazo para llamar á los marineros que estaban en tierra; i como nadie obedeció á la señal, sin embargo de que la repitieron hasta tres veces, echaron al agua otra lancha, que se vino acercando á la playa de la isla. Entonces *Robinson* i los suyos se retiraron á la cima del cerro para estar en expectativa, i obrar segun lo pidiesen las circunstancias.

Desembarcan los de esta segunda lancha, que eran diez bien armados: corren acia donde ven la primera; i se quedan pasmados de hallarla no solo barada en tierra, sino agujereada. Miran i registran por todas partes: llaman por sus nombres á los compañeros; pero nadie les responde.

Informado *Robinson* por el capitan de



que entre los que ya estaban presos se contaban tres que solo por temor de los amotinados habian entrado en la conjuracion, los embió á buscar al momento por medio de *Domingo* i del piloto. Compareciéron los tales: i el capitan á quien *Robinson* habia ya enterado mui despacio de todos sus designios, le hizo varios cargos i reconvenciones, i concluyó preguntandoles si, en caso de que los perdonase, le serian fieles.—Hasta la muerte (respondieron, temblando, i echándose á sus pies.) — Antes de la sublevacion (continuó el capitan) os habia tenido por hombres de bien: ahora me inclinó á creer que, á no haberos visto forzados no hubierais cooperado á ella i que reparareis la pasada culpa con dar desde este punto muestras de una lealtad invariable.

Arrepentidos mui de veras los tres marineros, lloraban de gozo, i agradecidos besaban la mano al capitan, el qual les restituyó sus armas, dándoles las órdenes mas severas sobre obedecer puntualmente á *Robinson*, caudillo de todos.

Entretanto los de la segunda lancha



no cesaban de gritar; i de quando en quando disparaban fusilazos, esperando viniesen á incorporarse con ellos sus extraviados compañeros; pero á la caída de la tarde, viendo que eran ya vanas todas sus diligencias, empezáron á rezelar alguna desgracia; desamarráron i pasaron á surgir como unos cien pasos de la orilla. Era mui de temer que pronto se volviesen al navío, i que se resolviesen todos á darse á la vela, i proseguir su viage sin detenerse mas en buscar á los marineros descaminados: presuncion que puso en gran cuidado á *Robinson* i al capitan.

Mas, por fortuna, discurrió este una extratagemas que prometía éxito mui favorable. Dispuso, pues, que *Domingo* i uno de los marineros fuesen inmediatamente á situarse detras de unas matas distante de la lancha un mediano trecho; que respondiesen á los que desde ella clamaban: que quando hubiesen notado que estos atendian á sus voces, se fuesen retirando poco á poco, i siempre emboscados, para llamarlos tras sí i obligarlos á venirse tierra adentro;



i. que luego se volviesen á toda prisa por distinto camino.

Probó mui bien esta industria; porque apenas oyeron los de la lancha una voz que les respondia quando sin dexar á bordo mas que dos hombres de guardia saltaron en tierra armados de fusiles, i acudieron acia el parage de donde la voz salia.

Desempeñaron excelentemente su comision *Domingo* i su compañero, trayendo á los marineros acia el matorral i haciéndolos caminar hasta alejarse de la lancha, casi una legua, despues de lo qual partieron acelerados á unirse con sus comandantes.

Ya habia explicado *Robinson* al capitán sus intenciones acerca del modo de sujetar á estos rebeldes como á los otros, sin derramar sangre. Entretanto iba creciendo por grados la obscuridad de la noche; i en el silencio de ella *Robinson* acompañado de sus subalternos, se fué acercando á la lancha, sin dexarse ver de los que la guardaban. A veinte pasos de ella, aparecen todos de repente i con voceria i estrépito de armas



amenazan á aquellos dos hombres, intimidandoles que pagará con la vida el primero que se atreva á hacer el menor movimiento. Con esto se dieron á partido los guardas i se dexaron maniatar.

Concluida esta expedicion, los vencedores bararon en tierra la lancha lo mas lejos que pudieron de la orilla, se llevaron los dos presos, i se mantuvieron ocultos entre la maleza mientras volvian los demas marineros. Fueron llegando estos uno tras otro, sumamente cansados de su inútil correría; i es inexplicable la estrañeza i pesar que les causó el no hallar su lancha.

Quando ya había juntos cinco de ellos, se les envió uno de los marineros ya perdonados con encargo de preguntarles si querían entregár las armas i rendirse pronta i voluntariamente, añadiéndoles que el gobernador de la isla, habia apostado á mui pocos pasos de allí una partida de cinquenta hombres, que dispararian contra ellos en caso de resistencia: que ya se habian apoderado de las lanchas; que los demas compañeros estaban presos; i que así nó les quedaba arbitrio sino para



3do.

escoger entre rendirse ó morir.

Al mismo tiempo hicieron ruido con las armas *Robinson* i su quadrilla para dar mas visos de verdad á la proposicion del marinero. —

¿Con que podremos esperar perdon i buen trato? (dixo uno de los sublevados.) El capitán, sin dexarse ver, le respondió. *Tomas Smith*, ya me conoces por la voz. Entregad las armas aquí mismo, i se os perdonará la vida á todos menos á *Atkins*. — (Este era uno de los principales autores del levantamiento.)

Al punto dexaron todos las armas i *Atkins* pidió perdon, implorando la clemencia del capitán, i haciéndole presente que tan culpado estaba él como los otros. Respondióle su patron que lo mas que podía hacer era interceder en favor suyo con el gobernador, i que era preciso esperar las resultas.

° Paso *Domingo* con los marineros de su faccion á maniatar á los cinco de la contraria que acababan de rendirse. Los tres que se habian quedado atras llegaron luego; i enterados de lo sucedido, hubieron de someterse i dexarse tambien atar



sin hacer la menor resistencia.

Entonces *Robinson*, acompañado del capitán, i aparentando ser un oficial que venia de parte del gobernador, se acercó á los presos, de los quales entresacó el capitán aquellos que creyó mas dispuestos á arrepentirse de veras. Estos fueron conducidos al patio de la habitacion; i los otros al encierro de la gruta. Entre los que ya estaban encarcelados en ella habia dos que conocia el capitán se hallaban igualmente propensos á rendirse á la razon, i proceder como hombres de bien; por lo qual mandó los traxesen á su presencia. —

Mañana, hijos míos, continuaremos la narracion de estos acaecimientos.

## TARDE TRIGÉSIMA-PRIMERA.

*El Padre.* **R.** A estamos mui cerca de ver el éxito de las aventuras de *Robinson*, i qual será su suerte. Dentro de pocas horas sabrá nuestro amigo si quedará condenado á permanecer en su isla sin esperanza de salir de ella, ó si logrará satisfacer el mas fervoroso de todos sus



deseos, volviendo á ver algun dia á sus padres.

Todo consiste en que el capitán tenga, ó no, la dicha de hacerse dueño del navio con auxilio de los marineros ya reducidos á la razon. Si lo consigue, se liberta el buen *Robinson* de trabajos; sino, se quedan las cosas en el mismo estado: i no hai que pensar en que salga jamas de su triste destierro.

Diez eran los ingleses que se hallaban junto á la habitacion, i que habian obtenido indulto de la pena de muerte. Notificoles *Robinson* de parte del supuesto gobernador de la isla que no les perdonaria enteramente el delito de rebelion, sino ayudaban al capitán su legítimo superior en la empresa de recobrar el mando i posesion de su navio.

Luego que todos protestaron se sujetarian á esta condicion con la mejor voluntad, añadió *Robinson* que, desempeñando ellos fielmente obligacion tan justa, no solo se eximirian de todo castigo, sino que tambien libertarian la vida á los demas compañeros suyos, los quales serian ahorcados al amanecer, si en aquella misma



noche no se restituía el navio á su dueño.

Intimose esta sentencia á los otros presos, i los dexaron á todos ellos juntos, i á su solas, para que en esta conferencia los reos amenazados de una cercana muerte fuesen los primeros que se empeñasen en confirmar la fidelidad de los que solo obedeciendo podian salvarles las vidas.

Mientras esto pasaba, se mandó al carpintero del navio que compusiese la lancha agujereada; i apenas lo executó, se botaron las dos al mar. Determinose que el capitan mandase una, i otra el piloto, repartiendo en ambas la tripulacion. Armáanse todos, i proveéense de municiones. Abraza *Robinson* al capitan, deseándole el mas feliz acierto; i parten las lanchas. *Nicolas*. Extraño mucho que *Robinson* no se embarcase con él.

*El Padre*. No fué por falta de valor; pero la prudencia no se lo permitia; pues en ausencia suya podian escaparse los presos i apoderarse de la vivienda; único asilo, i recurso tan importante, que hubiera sido gran ligereza dexarle expuesto á contingencia de perderse. De esta consideracion se hizo cargo el capitan, opi-



mando que *Domingo* i su amo debian quedarse á guardar la fortaleza.

Inquieto *Robinson* i agitado sobre manera en aquel punto en que iba á decidirse su buena ó mala ventura, no podia sosegár un instante. Ya meditaba sentado en lo interior de su morada; ya corria acia el parapeto ó antemural de ella; ya subia por la escala de cuerda, i trepando hasta lo mas empinado del cerro, se ponía á escuchar desde allí en el silencio de la noche, por si algo podia oír de acia aquella parte donde estaba surto el baxel; i aunque en todo el dia apenas se habia desayunado, no cuidaba de tomar alimento alguno, ni menos le apetecía; tal era el ansia con que por momentos aguardaba el aviso que debia dar el capitán desde á bordo; pues tenian concertado que tiraria tres cañonazos en señal i anuncio de haber acertado el golpe. Sin embargo ya era media noche; i tales cañonazos no se oían.

En la incertidumbre se inclinó á creer antes lo adverso que lo favorable, reflexionando que si sucedia lo primero, le cogeria preparado, i le seria menos sen-



sible, i si lo segundo, recibiria tanto mayor quanto menos esperada complacencia. Por consiguiente miró como induvitable el malogro de la tentativa; i para sobrellevar esta desgracia se armó de firmeza i de resignacion á la divina voluntad.

Apenas le queda ya esperanza, quando resuena á lo lejos el sordo i repentino estruendo del cañon. Quédase como si despertase sobresaltado de alguna pesadilla: — aplica el oido: — retumba otro cañonazo: — luego otro. No hai que dudar ya se han apoderado del navio: ya esta proxíma la partida á Europa.

Vuela *Robinson* alborozado; descuélgase por la escala; echa los brazos al cuello á *Domingo*, que estaba adormecido i medio recostado sobre la verde yerva; estrechale en su seno i báñale con sus lágrimas sin articular una palabra. — ¿Qué es esto, amo querido? (dixo *Domingo*, abriendo los ojos i espantado de aquellos impetuosos raptos i tiernos extremos.) — ¡Ai *Domingo* mio! — Esto fué lo único que pudo responderle *Robinson* segun lo enajenado que el excesivo goze le tenia.



• Mi amo ha perdido el juicio (exclamó el buen indio:) ; Dios le asista! — Señor (añadió:) ya es hora de acostarse: i le cogió de un brazo para llevarle á la cueva. Pero él con una especie de arrebatamiento le dixo. ; Acostarme, *Domingo*? ; Sosegar yo, quando ha llegado el feliz momento de ver cumplido el mayor, el único bien á que han aspirado por largo tiempo mis anelos? ; No has oido los tres cañonazos?

Celebró *Domingo* la noticia mas por su amo que por si propio; pues á la verdad, el sentimiento de dexar en breve su pais nativo le acibaraba el gusto de pasar con su padre i con su protector á una region de cuyas maravillas habia ya visto algunas muestras, i esperaba ver otras muchas mas singulares.

No cesó *Robinson* en lo restante de la noche de repetir las mismas demostraciones de regocijo i de extraordinaria conmocion i desasosiego, tan presto subiéndolo al cerro, postrándose en tierra, ó levantando las manos al estrellado cielo en hacimiento de gracias porque ya le proporcionaba la fortuna de salir de los



desiertos confines de su isla, tan presto volviéndose á baxar i abrazar á *Domingo* sin hablar de otra cosa que de *Hamburgo*, i empezando á empaquetar vestidos i trastos para el viage.

Apenas se divisaba el primer albor de la mañana, quando ya tenia fixa la vista en el surgidero de la nave, i aguardaba con impaciencia el momento de poder descubrir i contemplar mui á su sabor con la luz del dia aquel necesario instrumento de su libertad. Al fin tiende el sol sus rayos.—Pero ¡qué asombro!.... ¿Será posible?—Vé clara i distintamente que el baxel ha desaparecido.—Da un fuerte grito; i cae de su estado.

Acude prontamente *Domingo*; i en largo rato no comprehende qué ha sucedido á su amo, hasta que, señalando éste con la trémula mano acia el mar le dice con voz débil i oprimida: *mira*.—Así que volvió *Domingo* la cabeza, advirtió qual era la causa del abatimiento de su señor.—

Ahora mismo estoi notando, hijos mios, que os hallais vacilantes entre dos afectos: la alegría, i la compasion. Por una



parte celebráis el accidente que ha sobrevenido, esperando que con este motivo se alargue el cuento; mas, por otra, sirve de contrapeso á vuestro júbilo el sentimiento de saber el deplorable estado á que se ve reducido nuestro buen amigo.—Muy en silencio os habeis quedado.—Me aprovecharé de él para proseguir.

Demuéstranos aquí *Robinson* con su exemplo quanto deben cuidar los hombres (aun aquellos que menos imperfectos parecen) de no dexarse dominar de sus pasiones. Si antes no se hubiera entregado á un excesivo júbilo, no se rendiria ahora á la extremada melancolia que enteramente le ofusca la razon, i llevaria con mayor conformidad este reves, conservando bastante despejado el entendimiento para reflexionar que á la providencia del Omnipotente sobran mil medios de aliviar nuestras angustias quando se nos figura que ya ninguno resta.

Casi desesperado se manifestaba *Robinson*; i su vasallo apuraba todos los modos de consolarle. Pero he aquí que de repente oyen acia la espalda del cerro un



estrépito como de pasos de muchos hombres juntos. Levántanse precipitados; miran acia donde sentian el bullicio; i agradablemente sobrecogidos, ven al capitan, que, acompañado de algunos de los suyos, venia subiendo el repecho. De un brinco que dió *Robinson* ya estaba en los brazos del capitan; i volviendose al otro lado, descubre el navio anclado en un estero de la costa occidental de la isla. ¡Considerad quan pronto se les disiparia la tristeza!—Al instante se impuso en que el capitan mucho antes del amanecer habia mudado de fondeadero, eligiendo por mas cómoda i segura aquella ensenada.

No acertaba *Robinson* á desprenderse de los brazos de su libertador, siendo igual el regocijo de ambos, é iguales las enhorabuenas i gracias que recíprocamente se daban. Refirió el capitan de que modo habia logrado enseñorearse del baxel, sin que de ninguna de las dos partes hubiese habido muerto ni herido alguno. Como se habia acercado durante la obscuridad de la noche, no vieron los contrarios que venia él entre los marineros; i asi los admitieron á bordo sin el menor reparo.



Los mas revoltosos quisieron al pronto defenderse; pero fué vana su resistencia, porque no solo los prendieron, sino que los aseguraron con grillos.

No bien dió fin á su relacion el capitán, quando empezó á desahogarse con expresiones del mas tierno reconocimiento á su protector. Vos sois (le dixo, arrasándosele los ojos de lágrimas) vos sois generoso europeo, quien, no menos compasivo que prudente, me ha salvado, i me ha restituido mi buque. Vuestro es; i de él i de mi persona podeis disponer á vuestro alvedrio. Presentó despues varios comestibles i refrescos que habia traído de la embarcacion; i todos participaron de un almuerzo que, sazonado con la alegria, no podia ser mas sabroso.

Entretanto contó *Robinson* en breves razones lo principal de sus inauditas aventuras, que causaron singular admiracion al capitán. Luego le preguntó éste qué le mandaba hiciese en favor suyo; á lo qual respondió *Robinson*. Ademas de lo que hemos estipulado, tengo que pedir tres mercedes en pago de los auxilios que me habeis debido. La primera es



que aguardemos á que vengan los españoles i el padre de *Domingo*; la segunda, que recibais á bordo de vuestro navio no solo á mi i á mis compañeros, sino tambien á todos los españoles, con obligacion de dirigir el rumbo á Cádiz, i desembarcarlos en su patria; i la tercera, que perdoneis la vida á los marineros cabezas de la sedicion, sin imponerles otro castigo que el de quedarse en esta mi isla, pues será el medio mas eficaz para que se enmienden.

El capitan, despues de prometer que así se executaria todo puntualísimamente mandó traer los presos; separó los mas traidores, i les intimó la sentencia, que ellos oyeron con no poca satisfaccion, por que no ignoraban que, segun las leyes, eran reos de muerte. *Robinson*, siempre lleno de humanidad, les dió útiles instrucciones acerca del modo de buscar la necesaria subsistencia, á cuyo fin ofreció, dexarles su verdadero tesoro, que se reducía á las herramientas, los muebles i el ganado. Encargoles una i otra vez la confianza en Dios, la concordia i el amor al trabajo, asegurándoles que el ejercicio



de estas virtudes contribuiria mas que nada á hacerles grata la mansion de aquella isla.

Mientras esto les decia, llega *Domingo* tan acelerado que le faltaba el aliento con la plausible noticia de que ya venia su padre en compañía de los españoles, é iba á saltar en tierra inmediatamente. Por pronto que acudieron todos á recibirlos, ya estaba el indio abrazado de su padre quando llegaron ellos.

Extrañó *Robinson* que entre los recién-venidos hubiese dos mugeres; pero informándose del anciano, supo que eran naturales de la misma isla, de donde venian, i que estaban casadas con dos de los españoles. Apenas entendieron estos que, ausentándose *Robinson*, dexaba en su isla algunos marineros, le suplicaron les permitiese quedarse allí avecindados con sus consortes, respecto de que, segun las noticias que de aquel territorio les habian dado, no podian apetecer mejor establecimiento.

Aprobó *Robinson* su solicitud; i con mucho gusto les concedió lo que pedian, celebrando infinito se arraigasen en la



isla dos sujetos de quienes todos los compañeros daban los mejores informes, i que podian reducir aquella nueva colonia de gente revoltosa á vida pacífica i bien ordenada. Con esta mira resolvió hacerlos cabezas i directores de toda la poblacion.

Los que habian de quedarse domiciliados en la isla eran seis ingleses, i dos españoles con sus mugeres. Convocólos *Robinson*, i declaróles su voluntad en este razonamiento.

„Supongo que ninguno de vosotros me negará el derecho que tengo para disponer segun me parezca de esta isla i sus pertenencias, como que dependen de mi absoluto dominio. Deseo igual bienestar á cada uno de los que aquí dexo: mas como para establecer sólidamente su fortuna se requiere cierto órden i método, que á mí solo toca prefixar, declaro que substituyo en lugar mio á los dos españoles, á quienes de hoi en adelante habeis de reconocer como á legítimos señores de la isla. Todos les prestareis la mas completa obediencia: solo ellos tomarán posesion de la fortaleza, i ten-



drán allí su morada; solo ellos serán depositarios de todas las armas, pertrechos i municiones de guerra, i de todas las herramientas, que os prestarán siempre que las necesiteis; pero con condicion de que habeis de ser constantemente pacíficos i arreglados. En los peligros os unireis para vuestra comun defensa. Las labores, ya de sementera, ya de huerta, se han de hacer por todos; i entre todos se han de distribuir los frutos de cada cosecha por iguales partes.— Tal vez lograré algun dia proporcion de recibir noticias vuestras: tal vez podré tomar la determinacion de venirme á acabar mis dias en este retiro; pues ahora mismo estoi sintiendo quanta aficion le he cobrado. Entónces; pobre del que hubiese quebrantado mis leyes en la menor cosa! Se le encerraria al instante en una endeble cesta, i se le arrojaria, sin apelacion ni clemencia alguna, á las olas del mar embravecidas de la mas furiosa borrasca.”

Todos aceptáron gustosos los nuevos estatutos, prometiendo una subordinacion sin límite.



Formó *Robinson* un apuntamiento de los efectos, ó enseres que dexaba en la isla, i de unos quantos que había elegido para llevarselos consigo. Estos eran: 1.º Los vestidos de pieles, que el mismo se había hecho, el quitasol, i la máscara: 2.º La lanza, el arco, i el hacha de piedra; obras también de su industria: 3.º El papagayo *Pol*, el perro de aguas, i dos llamas; 4.º Varios mueblecillos trabajados mientras vivió allí solitario: 5.º El oro en polvo, los diamantes; i por último el grano de oro, que era enteramente suyo.

Embarcado ya todo esto, i corriendo viento favorable, se determinó la partida para el día inmediato. Dispusieron *Robinson* i *Domingo* un convite, á fin de dar antes de partir una especie de festin al capitán, á toda su comitiva, i á los individuos de la colonia. Sirviéron los mas regalados manjares que venian, i no sabía el capitán encarecer con palabras la admiración que le causaba la habilidad de *Robinson* en el arte de agasajar á sus huéspedes. Imitando aquella liberalidad, i deseoso de contribuir con



algo en beneficio de los nuevos habitantes, mandó traer del navío buena porción de víveres, pólvora, hierro i varios instrumentos, que regaló á la colonia.

Al caer de la tarde pidió *Robinson* le dexasen solo por espacio de una hora, pretextando tener que arreglar ántes de su partida algunos asuntos de importancia; i así que todos se retiraron, subió á la colina donde recorrió con la memoria la serie de los sucesos que durante su mansion en la isla, le habían acaecido, i se explayó su ánimo en tiernos afectos de filial gratitud al bienhechor supremo. No alcanzan mis voces á expresar lo que solo pueden comprender i sentir almas tan piadosas como la suya.

Llegada la hora del embarco, exhorta *Robinson* á sus colonos mui de veras al trabajo, i señaladamente á la virtud i religiosa conducta; i llevándolos á todos en su corazon, los recomienda como hermanos á la misma proteccion celestial cuyos benignos efectos habia experimentado siempre. Se complace en ten-



327

der la vista por aquellos contornos, i en repetir al Señor humildes gracias no solo de haberle conservado hasta entónces, sino tambien de que finalmente le sacase de allí por medio de prodigios dignos de su bondad i sabiduria inmensa. Con una voz comprimida se despide por última vez de los moradores que dexaba en su isla; i pasa á bordo en compañía de *Domingo*, de *Joviano* i de los españoles.

**Teodora.** ¡Eh! Ya se nos acabó la historia.

**Juan.** Espérate.— ¿Qué sabemos si todavía sucederá algun lance que no le dé lugar á partir?

**El Padre.** Refrescó el viento, i soplabá tan propicio que les parecia iba huyendo de ellos rápidamente la isla. Miéntas pudieron divisarla se mantuvo *Robinson* sobre la alcazar, sepultado en un melancólico silencio, sin apartar los ojos de aquella tierra que despues de una estancia de doce años, i de tantos trabajos en ella padecidos le merecia no menor afecto que su misma patria. Por fin, habiendo perdido de vista la isla i el mas



encumbrado picacho de sus montes, se retiró con *Domingo* i *Joviano* á la cámara del capitán para desahogar su oprimido corazón en agradables i amistosos coloquios.

Fué la navegacion de las mas felices por que al cabo de veinte i quatro dias dieron fondo en *Cádiz*, i echaron en tierra todos los pasajeros españoles.

Procuró *Robinson* informarse en aquella ciudad del paradero del negociante á quien pertenecia el tonel de polvos de oro salvado del naufragio, i tuvo el gusto no solo de dar con el dueño, sino tambien de saber que con recobrar el oro saldría de un estrecho conflicto en que se veia pues de resultas de la fatal pérdida del navío habian decaido de tal manera sus intereses, que se hallaba en visperas de quebrar.

*Henrique.* ¿I qué es quebrar?

*El Padre.* Quando un hombre debe mas de lo que puede pagar, se apoderan de lo que le queda en ser para repartirlo proporcionalmente entre sus acreedores, los quales pierden así mayor ó menor parte de lo que se les debia; i entónces se



dice que aquel sujeto ha quebrado, ó ha hecho banca-*rota*.

El tonel de oro en polvo era mas que suficiente para cubrir las deudas del comerciante i este, á impulsos del agradecimiento; queria presentar por dádiva á su bienhechor el importe de lo que sobraba; pero *Robinson*, lejos de aceptar la oferta, le declaró se daba por bastante recompensado solo con la satisfaccion de haber llegado á tiempo de precaver la quiebra de un honrado negociante.

Volvieron á hacerse á la vela para Inglaterra; i en este viage sobrevino la desgracia de haber caido *Foviano* gravemente enfermo, sin que alcanzasen á mejorarle quantos remedios se le subministraron. Ya podeis inferir qual sería el desconsuelo de *Domingo* quando recibió el triste golpe de la muerte de un padre á quien amaba entrañablemente. Los dos llamas perecieron tambien, por no haber podido resistir la navegacion i el aire del mar.

Llegó, por fin; el navío á *Portsmouth*, puerto mui nombrado de Inglaterra. Allí esperaba *Robinson* encontrar á



la viuda para quien trahia los diamantes i en efecto la halló, aunque en la situacion mas lastimosa: pues no habiendo recibido en dos años largos ni noticias de la india, ni socorro alguno de parte de su esposo, se veia reducida, en compañía de sus hijos, á la mayor miseria. Apenas les cubrian las carnes unos humildes andrajos, i la mortal palidez de sus rostros ofrecia bien manifiesta imagen de su rematada pobreza i continuas angustias. Tubo *Robinson* la mas deleitosa complacencia (como la tiene todo hombre benéfico) en ser entónces uno de aquellos instrumentos de que se vale la misericordiosa Providencia para aliviar los males de los desventurados, enxugando sus lágrimas. Entrególos diamantes; i qual planta marchita que mansamente regada con un fresco rocío recupera la perdida lozania i verdor del tronco i de las ramas, asi aquella lánguida familia empezó á revivir i descollar con el benigno influxo de la abundancia i alegría á que para siempre habia ya renunciado.

Hallábase por dicha en aquel puerto un navio pronto á salir con destino á



*Hamburgo*; i *Robinson*, que por su escrupuloso miramiento temia ser ya gravoso al capitan ingles, se despidió de éste, i se embarcó con *Domingo* en aquel baxel, que no tardó en levar anclas i darse á la vela.

Prosiguiendo felizmente su viage, llegó á la boca del *Albis*; i ya no le cabia el corazon en el pecho de verse tan cerca de su amada patria, quando una violenta borrasca, que se levantó inopinadamente, impelió el buque acia la costa. Valiéronse de todo el esfuerzo i destreza imaginables para virar de bordo i largarse á la mar; pero en vano, pues un furioso torbellino, superando las mas activas maniobras, arrojó la embarcacion á un baxío de arena con tal ímpetu, que se deshizo la quilla i asi mismo gran parte de la bodega.

Introdúcese considerable porcion de agua, que inunda el buque; i desesperanzada la gente de poder libertarle, apenas tiene tiempo de saltar en las lanchas para evitar la muerte.

Aportó *Robinson* con sus compañeros á *Kuxhave*, como un infeliz pasageo que



despues de haber naufragado, i no una vez sola, no había salvado de todas sus riquezas otra cosa que su fiel perro de aguas, el qual se habia echado al mar para seguirle; i *Pol* su papagayo, que al tiempo de pasar á la lancha se le habia posado en el hombro. Algunos dias despues, sabiendo que entre los efectos que se sacaron del navio habia parecido su quitasol i el vestido de pieles, los rescató; mas el pedazo ú grano de oro, se perdió para siempre.

*Juan.* ¡Pobre *Robinson*!

*El Padre.* Ahi le tereis ya tan rico como quando salió de *Hamburgo*; i quizá permitió Dios tal pérdida para escarmiento de otro qualquier jóven inconsiderado que, deslumbrado con el exemplo de *Robinson*, en caso de que hubiese traído caudal quisiese aventurarse tambien á correr fortuna por si tal vez se encontraba otro grano de oro. No por esto se affigió nuestro heroe; pues hallándose firmemente resuelto á pasar el resto de su vida con la misma sobriedad i laboriosa aplicacion á que se habia acostumbrado en su isla, no tenía cifrada su felicidad en la posesion



de aquel tesoro. Harto mas sensible le fué la noticia que le dieron en *Kuxhave* de haber fallecido su madre, aquella madre que tan tierna i amargamente le habia llorado. Embarcose alli á bordo de otro baxel que pasaba á *Hamburgo*, adonde llegó, por fin, á descansar de sus largos é increíbles trabajos. Saltó aceleradamente en tierra, palpitándole de alegría el corazon; i á no haber sido por la sujecion que la publicidad le daba, se hubiera postrado para besar el suelo de su pais nativo. Rompió por medio del gran concurso de curiosos, i fué á parar á la hosteria mas inmediata al muelle.

Desde allí envió una persona con encargo de ir preparando por grados el ánimo de su padre para recibir la noticia de la inesperada vuelta de un hijo, con tanto ya por perdido. Iba impuesto el mensajero en que empezaria no diciendo mas al anciano sino que un sujeto deseaba hablarle para darle algunas nuevas favorables de su hijo: despues añadiria que éste venia ya caminando acia *Hamburgo*; i por último le declararia que el portador de tan fausta noticia era su mismo hijo. No



tomando esta precaucion, tal vez el inmoderado alborozo podia sobrecoger al bueno del padre, de modo que le costase la vida.

Luego que anticipó *Robinson* este recado, como todavia se acordaba mui bien de las calles, parte volando á su casa. Llegó; i arrebatado de un inexplicable enajenamiento, se abraza estrechamente con su padre, que de puro gozo temblaba. — ¡Ai, padre! — ¡Ai, hijo mio! — Esto fué lo único que se pudieron decir. Enmudecidos, palpitantes, sin respiracion, se quedaron asidos el uno al otro, hasta que en un torrente de deliciosas lágrimas se deshaogaron aquellos corazones, oprimidos del regocijo.

*Domingo*, embelesado i absorto con la multitud de objetos desconocidos que se ofrecian á su vista, callaba sin pestañear i con la boca abierta, no saciándose de mirarlo todo, particularmente el primer dia, en que, segun estaba de confuso i desatentado, casi nada percibia de lo que tenia delante.

Voló entretanto por la ciudad la noticia de la llegada de *Robinson*, i de sus



maravillosas aventuras. Todo era hablar de *Robinson*: todos anhelaban verle i oírle contar su historia. La casa de su padre no se vió en muchos dias vacia de gente; i no podia excusarse el recién venido de repetir mañana i tarde la relacion de sus varios acontecimientos.

En medio de la narracion jamas se olvidaba de exôrtar á los padres i á las madres que le escuchaban diciéndoles: *Si amais á vuestros hijos, acostumbradlos con tiempo á la piedad, á la templanza i al trabajo.* I siempre que entre los oyentes habia jóvenes, añadia este saludable consejo: *Obedeced, amados míos, á vuestros padres i maestros, aprended con esmero quanto podais: temed á Dios; i precaveos, si, precaveos de la ociosidad, que es madre de todos los vicios.*

El padre de *Robinson*, que era corredor del comercio, deseaba que su hijo se adestrara en este manejo para que algun dia pudiese sucederle en el mismo destino; pero *Robinson*, habituado á pasar tantos años entretenido con el trabajo corporal, pidió permiso para dedicarse al oficio de ebanista. No habiénd-



dole forzado su padre esta inclinacion, entró de aprendiz juntamente con *Domingo*; i en el espacio de un año adelantaron de tal manera, que presto se les recibió en el gremio de maestros exâminados.

Pusieron ambos un taller, i pasaron su vida como amigos fieles i compañeros inseparables, despues de haber recibido *Domingo* el santo bautismo. La aplicacion i la sobriedad habian llegado ya á ser en ellos como segunda naturaleza, tanto que nunca les fué posible malgastar medio dia en el ocio ni en francachelas.

Para freqüente recuerdo de su anterior vida solitaria señalaron un dia de la semana, que habian de pasar, en quanto fuese dable, del propio modo que quando habitaban en la isla. La mutua concordia, la benignidad en perdonar las faltas ajenas, la beneficencia con sus conocidos, i la humanidad acia todos sus próximos eran virtudes con que se familiarizaron en tal conformidad, que no alcanzaban como habia quien sin ellas pudiese vivir tranquilo. Distinguianse especialmente por su acrisolada i activa



piedad, i así merecieron que la visible bendición del cielo prosperase todas sus útiles tareas; llegaron con salud y paz á una edad abanzada, i la mas remota posteridad respetará la memoria de dos hombres que con el exemplo han mostrado á sus semejantes como podemos todos procurar honradamente nuestro bien estar en la tierra, i grangear la eterna felicidad de la salvacion.—

Dixo el Padre: i se mantubieron sentados un breve rato los jóvenes, reflexionando entre sí que cada uno de ellos podria conseguir otro tanto con perseverar en el eficaz propósito de abrazar una vida igualmente virtuosa.

**FIN.**



1997

El presente informe tiene por objeto informar a la Comisión de la Verdad y Reconciliación sobre el avance de las actividades de la Unidad de Memoria Histórica y el cumplimiento de los compromisos asumidos en el marco del Plan de Trabajo 2007-2008.

En el presente informe se detallan las actividades realizadas durante el periodo comprendido entre el 1 de enero y el 31 de diciembre de 2007, así como los resultados obtenidos en cada una de ellas.

El informe está estructurado de la siguiente manera:

- 1. Introducción
- 2. Objetivos
- 3. Metodología
- 4. Resultados
- 5. Conclusiones
- 6. Anexos

El informe se elaboró a partir de los datos recopilados durante el periodo mencionado, así como de los documentos generados en el marco de las actividades de la Unidad de Memoria Histórica.

Se espera que este informe sea de utilidad para la Comisión de la Verdad y Reconciliación, así como para la sociedad en general, en el marco de la búsqueda de la verdad y la reconciliación.



























